



VANESSA GONZALEZ VILLAR

TODO ES POSIBLE EN NAVIDAD



POR VANESSA GONZALEZ VILLAR

TODO ES POSIBLE EN NAVIDAD

Textos: © Vanessa González Villar

Maquetación: © Mireia Giménez Higón

Corrección: © Vanessa González Villar

Diseño de portada: © Miguel Ángel Baltanás Lara ISBN:
9781720284093

1ª edición: Noviembre 2018

Dedicada a todas esas personas que tienen un sueño y luchan incansablemente hasta hacerlo realidad. Especialmente para mis sobrinos: Alejandro e Iris, porque ellos son mi inspiración. Cae la noche sobre la ciudad. Se encienden las luces navideñas, adueñándose de cada rincón, llenándolos de alegría visual. Todo es distinto cuando llega esta época y al entrar en cualquier establecimiento, se escuchan los primeros compases de algún alegre villancico. La gente parece más amable, incluso diría que más dichosa, aunque eso no sea del todo cierto. Tal vez, solo tal vez, la ilusión de los más pequeños por festejar se contagie a los adultos, creando una falsa estación de alegría, amor y paz; pero eso igual tampoco es del todo cierto, porque algunas personas la viven con tal intensidad, que de verdad sus corazones se alegran por ello. Quizás sea la razón por la que cada año los centros comerciales y pequeños establecimientos, incluso las calles de la ciudad, adelanten la decoración navideña, las luces, los villancicos, etc. Porque muy dentro de nosotros, deseamos que ese tiempo «mágico» llegue pronto y se quede más tiempo entre nosotros. Porque, aunque cada vez creamos en menos cosas, hayamos perdido la inocencia o el camino de nuestros sueños, es inevitable seguir deseando que algo mágico suceda y...
TODO ES POSIBLE EN NAVIDAD.

Uno de diciembre: deja que el espíritu de la navidad entre en tu hogar.

Dos de diciembre: canta villancicos y deja que la alegría inunde tu corazón.

Tres de diciembre: todo es posible en navidad.

Cuatro de diciembre: saborea la navidad. Cinco de diciembre: en estas navidades, hazle saber a las personas que quieres, lo que significan para ti.

Seis de diciembre: deja que la luz de la navidad te ilumine.

Siete de diciembre: en navidad sé el doble de generoso con los demás.

Ocho de diciembre: da gracias al señor por las bendiciones recibidas.

Nueve de diciembre: la navidad es tiempo de perdón y amor.

Diez de diciembre: cree en el milagro de la navidad.

Once de diciembre: el mejor adorno navideño es una sonrisa.

Doce de diciembre: que no te falte un deseo esta navidad.

Trece de diciembre: en navidad se abren nuevos caminos. Catorce de diciembre: la navidad es la ternura del pasado, el valor del presente y la esperanza del futuro.

Quince de diciembre: la navidad no se trata de abrir regalos, se trata de abrir nuestro corazón. Dieciséis de diciembre: disfruta de la magia de la navidad.

Diecisiete de diciembre: el amor es como la tos: no se puede ocultar.

Dieciocho de diciembre: los sueños también cambian; no te aferres al pasado.

Diecinueve de diciembre: la navidad es el nacimiento de nuevas oportunidades.

Veinte de diciembre: esta navidad brilla con luz propia.

Veintiuno de diciembre: en navidad todos los caminos llevan a casa.

Veintidós de diciembre: el mayor premio es compartirlo.

Veintitrés de diciembre: esta navidad te llevaré en mi corazón.

Veinticuatro de diciembre: si no sabes qué regalar, regala amor.

Pablo Mendoza era el mejor publicista que Art Invictus había tenido en los últimos diez años. Los clientes más importantes pasaban por sus manos, y por esa misma razón, Pablo trabajaba sin descanso. Hacía más de dos años que no se tomaba unas vacaciones; pero eso pronto iba a cambiar. En cuanto

acabara la odiosa campaña navideña, volaría hasta las islas Mauricio, lejos de toda aquella farsa navideña de amor y paz. No podía con la hipocresía de la gente, especialmente en esa época del año que se veía incrementada. Definitivamente, Pablo odiaba la Navidad.

Estaba de los nervios. Llevaba más de ocho horas escuchando el maldito «All I want for Christmas is you» de María Carey. Por lo visto habían contratado a la modelo más inepta de toda la agencia porque todavía no tenían ni una sola toma decente.

—Rubén —gritó Pablo como un energúmeno. El estilista apareció ante él ipso facto.

—Parece un putón salida de un «after». Quítale todo ese maquillaje. Quiero una mujer dulce, pero a la vez sensual. ¿Entiendes el concepto?

Un Pablo cabreadísimo ordenó diez minutos de descanso mientras retocaban a la modelo y se tomaba el cuarto café. Era lo único que había ingerido en todo el día y su estómago protestó por ello. Su cuerpo no iba a tardar en pasarle factura y lo sabía.

—Me va a reventar la cabeza —le dijo a Carla, su secretaria y mano derecha.

—¿Y si lo dejamos...? La pobre chica no llegó a terminar la frase porque Pablo bramó seguido de un aullido de dolor. Lo siguiente fue despertar en una cama de hospital. Pablo Mendoza, a punto de cumplir sus cuarenta años de edad, acababa de sobrevivir a un infarto de puro milagro.

Pablo todavía no tenía claro qué hacía en aquella consulta. Aún estaba a tiempo de huir de aquel sitio y evitar que una loquera lo psicoanalizara. No le gustaba hablar de su vida, pues a nadie le importaba y menos a una desconocida; pero los jefes habían sido muy claros al respecto: o esa mujer firmaba un informe positivo alegando que estaba capacitado para volver al trabajo o seguiría de baja indefinida. Tres semanas habían transcurrido desde que le diera el infarto. Él se encontraba estupendamente, pero según el informe médico, el paro cardíaco fue desencadenado por el ritmo de vida al que estaba sometido, el estrés continuo, la mala alimentación y un largo etc. Sin embargo, Pablo era muy consciente de que todo el tiempo que perdía estando de baja, ponía en riesgo su cartera de clientes; iba a perder a los más

importantes y con ello el tan deseado ascenso que lo catapultaría directamente a las oficinas de Nueva York: el sueño de su vida. Así que, definitivamente tendría que entrevistarse con la loquera y causarle una muy buena impresión para que firmara ese maldito informe. La secretaria, una chica joven de constitución grande y proporciones generosas, le invitó a pasar al despacho de la psicóloga. Pablo se quedó atónito al descubrir a la persona que lo recibía tras el escritorio.

—Siéntate, por favor.

—¿Tú quién eres?

Preguntó sorprendido en busca de una cámara oculta.

—Yo soy Julia.

La pequeña rubita de cabellos rizados le tendió la mano y Pablo, temeroso, recibió el amistoso saludo. —Esto será una broma, ¿no? —Tranquilo, yo no voy a psicoanalizarte; eso se lo dejo a mi tía que es la loquera. Yo solo estoy aquí castigada, haciendo los deberes.

En esos momentos se abrió la puerta y entró la magia en persona. Pablo, nada más verla, volvió a buscar una cámara oculta en el despacho, pues aquello no podía ser real.

—Gabriela Velasco; un placer.

La pequeña pelirroja le dio dos sonoros besos y Pablo no tuvo tiempo de reaccionar. Aquella arrolladora mujer era todo un personaje. Vestida con una alegre blusa verde, adornada con una estrella fugaz de lentejuelas, llevaba además unos cuernos de reno por diadema.

—¿Llevas cuernos... en la cabeza?

—¿Te gustan? —preguntó sonriente.

Pablo no contestó, más bien siguió contemplándola atónito. Era una cría, imposible que hubiera terminado la carrera de psicología. ¿Y ella lo tenía que tratar? Eso sí era de locos. Se quedó mirando sus zapatos más tiempo de lo normal y Gabriela se dio cuenta.

—«Follow the yellow brick road. Follow, follow, follow, follow. Follow the yellow brick road» —cantó Gabriela ante el asombro de Pablo.

—«Sigue el camino de baldosas amarillas». —¡Madre mía! —exclamó Pablo—. Estás como un cencerro.

—¡Hala lo que le ha dicho! —. Puntualizó la niña. —¡Eh! Has sido tú quien se ha quedado embobado mirando mis zapatos. Son una imitación de los de Dorothy en el «Mago de Oz».

—¡Esto es de locos! ¿Qué edad tienes? Porque no creo que hayas acabado la carrera... ¡Mírate! Si eres una cría. Enséñame tu documentación.

—Estás haciendo que se enfade y te va a castigar... —le advirtió la pequeña.

—Julia, cariño, recoge tus deberes y ve con Jeni. Dile que te prepare la merienda. ¡Ah! Y prohibido que ella toque el chocolate. No voy a permitir que se salte la dieta ni un día más. Ya es una cuestión de salud.

—Vale, tía.

La niña recogió sus cosas y salió del despacho no sin antes despedirse de Pablo.

—Adiós «Peter Pan» y suerte con tu loquera. Cuando Julia se marchó, Pablo se dirigió a Gabriela, pero ella ya no estaba tan jovial como al principio. —¿De dónde has sacado a esa niña? —La daban con la entrada al parque de atracciones —dijo muy seria—, en la promoción ponía que un niño gratis.

Aquello a Pablo le pilló por sorpresa y no pudo menos que reírse. La situación le pareció irreal, pero debía reconocer que se estaba divirtiendo.

—Siéntate, por favor. Vamos a hablar de ti que para eso has venido, ¿no?

Mientras Pablo tomaba asiento, ella sacó la cartera de su bolso y le mostró el documento de identidad. —Para que no tengas dudas al respecto. Y este es mi número de colegiado.

Le tendió otra tarjeta que Pablo tomó un poco avergonzado.

—¿Has hecho un pacto con el diablo? Es imposible que tengas treinta años.

—Bueno, ¡ya está bien!

Gabriela guardó sus tarjetas y se sentó en la mesa dando un sorbo a su taza de café.

—Por tu culpa se me ha enfriado. Bien... veamos tu expediente.

Abrió un dossier y Pablo pudo ver un post-it fucsia en el que se leía

claramente: «Peter Pan». —Tu problema está muy claro: fobia a las fiestas navideñas. —¿Qué? ¿Me has etiquetado como «Peter Pan»? Oye, guapa, serás todo lo profesional que tú quieras, pero lee bien el informe; sufrí un infarto causado por estrés laboral.

Gabriela lo ignoró y encendió la radio, inundando por completo el despacho con la voz angelical de Hillary Duff con su «Last Christmas».

—Te diré lo que vamos a hacer...

—¿Me estás escuchando? —protestó Pablo.

Gabriela sacó una caja de cartón de una de las cajoneras de su escritorio y la plantó con tal ímpetu sobre la mesa, que algunos papeles salieron volando. Un tintineo parecido al trineo de Papá Noel, resonó por la estancia.

—¿Llevas una pulsera de cascabeles?

—Ya sé que te encanta mi estilo.

Gabriela le regaló una sonrisa, cosa que no hacía desde que Julia salió del despacho.

—Pero estamos hablando de tu tratamiento. Este calendario de adviento es para ti. Debes hacer cada día lo que pone en el interior de las bolas navideñas.

—Espera, espera... —protestó Pablo— ¿Cómo que cada día? ¿No me vas a firmar el informe ya? ¡Y para esa maldita música, me crispa los nervios!

Gabriela quitó la música.

—¿Sabes lo que es un calendario de adviento?

En la tapa de la caja había un árbol de Navidad dibujado con veinticuatro bolas navideñas. Cada una de ellas se abría y en su interior se encontraba un mensaje y una chocolatina.

—Sé lo que es, pero no voy a hacer esa chorrada. —Claro que la harás si quieres que te firme el informe.

Gabriela volvió a regalarme una sonrisa cordial. —Mira «Jingle Bells»...

—Me llamo Gabriela.

—¡No pienso hacer esa chorrada!

—Como quieras...

Pablo se levantó cabreado y salió del despacho dando un portazo.

Gabriela subió los pies sobre la mesa y recostándose en la silla, volvió a encender la radio dispuesta a tomarse el café tranquilamente. A los pocos minutos Pablo volvió a entrar.

—¿No te han enseñado a llamar a las puertas antes de entrar?

Ignorando su comentario, fue al grano:

—¿Me prometes que solo serán veinticuatro días y después firmarás el informe positivamente? Gabriela sonrió triunfante y le hizo a Pablo entrega del calendario de adviento.

—Te prometo «Peter Pan», que éstas serán las mejores navidades de tu vida.

Pablo salió a correr como cada mañana. A la vuelta pasó por la cafetería de Anne y recogió su pedido: un café bien cargado, acompañado por un cruasán de mantequilla; que la misma dueña le había preparado. Estaba despidiéndose de Anne, cuando recibió un whatsApp de un número desconocido.

«¡Buenos díaaaaaas! ¿Has abierto ya la bolita del día uno?».

El resto eran un montón de emoticonos que le recordaban a ella. «¿De dónde has sacado mi número?».

«Eres de letras, ¿no?».

Pablo guardó el teléfono de su psicóloga en contactos, con el sobrenombre con el que la había bautizado «Jingle Bells».

«¡Vamos! Abre la bolita».

Un millón de icónicos aplausos llegaron a su móvil. «Cuando llegue a casa».

«OK».

Y lo acompañó con un montón de iconos besucones. Pablo todavía lo estaba asimilando, ¿su psicóloga le daba los buenos días y se despedía de él con iconos besucones? Esto era cuanto poco surrealista. Al llegar al piso se duchó y desayunó tranquilamente, mientras revisaba el periódico. Vio el calendario de adviento sobre la encimera de la cocina, donde lo había dejado el día anterior y se dijo a sí mismo que más tarde desvelaría el mensaje que contenía el dichoso numerito. Recibió un whatsApp y se le cayó el mundo encima cuando descubrió que se trataba nuevamente de su psicóloga

tocapelotas.

«¿Ya lo has abierto?».

Tardó en contestar pues como no tenía activado el doble check-in azul, era imposible que supiera que lo había leído. También recibió unos mensajes de Carla informándole sobre las novedades de la oficina y... nuevamente un whatsApp de la tocapelotas.

«Estás en línea... ¿no me contestas porque ya te estás arrepintiendo?».

—¡Bruja! —le dijo al teléfono. De muy mala gana, se levantó y fue en busca del calendario de adviento. Abrió la bolita número uno y se comió la chocolatina que había dentro. Con menos entusiasmo sacó el papelito que había debajo y leyó:

«Deja que el espíritu de la Navidad entre en tu hogar»

—¿Qué mierda es esto? —proclamó en voz alta. Luego, con fastidio, le remitió la misma cuestión a Gabriela. «Que decore tu casa. Verás qué divertido». Y volvió a despedirse con un montón de emoticonos besucones. El día transcurrió en un abrir y cerrar de ojos para Pablo. Pese a estar de baja, resolvía desde la comodidad de su portátil, todas las cuestiones que Carla le remitía; eso sí, sin que los jefes estuvieran al tanto de ello. Llamaron a la puerta. Le resultó extraño porque Amparo, la señora de la limpieza, venía los lunes y jueves; además tenía llaves. Abrió la puerta y casi al instante sintió el impulso de cerrarla.

—¡Oh, no!

—¡Sorpresa! —gritó Julia.

—Veníamos a echarte una mano con la decoración —añadió Gabriela.

Entraron al piso de Pablo sin esperar a ser invitadas.

—¡Caray! Sí que es grande, sí. Un poco impersonal...

—¡Es feo! —añadió la niña.

—Oye, si habéis venido a tocarme las pelotas, ya os podéis ir largando... —Modera tu lenguaje que está delante la niña. —¿No tenéis otra víctima a la que torturar? —Le pagan un pastón a mi tía para que te cure. —Yo no estoy enfermo.

—Lo que tú digas...

Esa niña podía llegar a resultar exasperante. —¿Qué edad tienes?

—Cinco años; en marzo cumpliré los seis. ¿Tienes galletas de chocolate? Tengo hambre y no he merendado todavía.

Entonces él se fijó detenidamente en el look que lucía Gabriela: unos leotardos rojos con topitos blancos, un vestido de lana también blanco y dos largas trenzas escondidas bajo un gorro de lana del mismo color.

—¿Por qué me miras así? —protestó Gabriela—. Me estás poniendo nerviosa.

—¿Y mis galletas?

—Ve a buscarlas a la cocina —le dijo a la niña sin apartar la mirada de su tía.

—Pareces salida de un anuncio de refrescos. —Y tú pareces sacado de un anuncio de laxantes contra el estreñimiento.

—¡Touché!

Pablo no pudo menos que sonreír; se la había devuelto con todas las de la ley. —Veo que no has decorado absolutamente nada. Mientras le das la merienda a Julia, voy al coche a por unas cosas. Ahora mismo vuelvo.

—¿No me irás a dejar a solas con la pequeña «Freud»?

El sonido de la puerta al cerrarse le dio la respuesta. Voló hasta la cocina antes de que la niña se la pusiera patas arriba.

—¿No tienes galletas de chocolate? Es la primera vez que veo una cocina en la que no hay nada de comida.

—La guardo en las estanterías de arriba.

Pablo sacó un paquete de galletas y crema de cacao. La niña se relamió al ver tan succulenta merienda.

—¿Dónde están tus padres?

—De viaje —contestó mientras se chupaba los dedos pringosos—. Mi madre tuvo la típica crisis de los cuarenta y se marchó de casa.

Pablo observaba embelesado a la niña, mientras narraba su historia.

—¿Me ayudas a untar galletas?

Él la obedeció de inmediato y hasta se permitió la licencia de llevarse alguna a la boca.

—Entonces mi tía le dijo a mi papi que se fueran de vacaciones y la reconquistara.

—¿No eres muy pequeña para que te suelten todo ese rollo?

—Soy su hija, tengo derecho a saber qué está pasando.

—A veces me asustas un poco. ¿Estás segura que solo tienes cinco años? Julia se rio por la ocurrencia.

—¿Tú cuántos años tienes?

—Dentro de poco cumpliré cuarenta.

—¡Arrea! Entonces lo que tienes es una crisis del cuarentón.

—Yo no...

Pablo iba a protestar, pero la niña sacó una tarjeta de su mochila y se la entregó, eso sí, con manchas de chocolate.

—Te puedo ayudar; tengo experiencia en crisis de este tipo.

Pablo observó la tarjeta que Julia le había entregado y le dio un ataque de risa. Era la típica invitación de cumpleaños, de las princesas Disney, en la que la niña había escrito con mala caligrafía: «Ditora Julia Hernández».

—Lo tendré en cuenta por si tu tía y yo no llegamos a entendernos.

Llamaron a la puerta y Pablo fue a abrir pues debía ser ya Gabriela. —
¿No pretenderás mudarte a mi piso?

—Muy gracioso. ¿Me quieres ayudar?

Gabriela traía un montón de cajas de varios tamaños; realmente parecía que estuvieran de mudanzas.

—¡Bien! Pues chicos, ¡manos a la obra! Que el espíritu de la Navidad inunde este hogar.

Gabriela buscó el equipo de sonido y puso un CD navideño, para consternación de Pablo. Luego abrió una de las cajas y sacó un árbol de Navidad desmontado.

—¡Venga! ¿Me vais a ayudar o no?

—Voy a permitir que decores mi casa con una condición. —Ya estamos... En esta vida no todo se negocia. —Eso lo dirás tú. Quitá los villancicos, por favor, a cambio te ayudaré a decorar el piso.

—¡Eres un rancio!

—Lo sé.

—Esta vez elijo yo la música.

Julia fue corriendo hasta el equipo de música y buscó entre los CD's el

que más le gustaba.

—¡Hala! Pero si tienes Frozen.

—Es de mi sobrina.

—¿Puedo ponerlo?

—Sí.

Julia encendió el equipo de música y se puso a cantar «Suéltalo» a pleno pulmón.

—Ahora «señorito» le toca ayudarme a montar el árbol.

Gabriela buscó tres ubicaciones distintas para el árbol, hasta que al final dio con el lugar perfecto. —¿Tienes una sobrina?

—Sí.

—¿Y qué edad tiene?

—Seis años.

—Háblame de ella.

—No hay mucho que contar... Hace casi un año que no nos vemos. Digamos que por diferencias irreconciliables con su madre. Me ha dicho Julia que sus padres están de viaje; por lo visto su madre está más pirada que tú.

—¡Eh! No te metas con mi hermana. Además, tú también estás teniendo una crisis de cuarentón.

—Pero qué manía os ha dado con decir lo mismo; que yo no tengo ningún problema.

Pablo le tiró a Gabriela una tira de espumillón y ella le lanzó una bola navideña, en defensa propia. —Pelirroja, acabas de declararme la guerra. Empezaron a pelearse y Julia no tardó en unirse al lanzamiento de adornos navideños, hasta que, por accidente, se rompió un jarrón y firmaron la tregua. Gabriela tenía clara cuál había sido la jugada de Pablo: no quería hablar de su vida personal, pero esa sobrina suya solo era la punta del iceberg del problema. Andaba por buen camino y no tardaría en descubrir la verdad: el verdadero motivo que tanto hacía sufrir a Pablo. Cuando acabaron de decorar toda la casa, metieron unas pizzas en el horno para cenar. Aunque la pobre Julia se había quedado dormida en el sofá. Carla llamó por teléfono a su jefe para que encendiera el televisor. Estaban televisando el último anuncio que rodó justo cuando le dio el infarto.

—¡Oh, Dios! —consternado, se tapó la cara con las manos.

Gabriela se sentó en el sofá, junto a él, y preocupada le preguntó qué pasaba.

—¿Qué pasa? Que el anuncio es una mierda... eso es lo que pasa. —Los he visto peores. Además, ese perfume huele a vieja ¿Qué más da si el anuncio es malo? Nadie va a querer comprárselo.

Pablo se rio; definitivamente Gabriela tenía un don especial para hacerle reír y exasperar a partes iguales.

—Importa porque ese anuncio fue idea mía. Le dio unas palmaditas en la espalda y añadió:

—No te martirices por ello; estás teniendo la típica crisis de los cuarenta y un fallo lo tiene cualquiera. —Ahora me encuentro mucho mejor —ironizó. Se quedó mirándola fijamente y justo en ese momento tuvo una revelación.

—Tú sí eres dulce y sensual al mismo tiempo —dijo acariciando su rostro. —¡Eh! Para el carro, «Peter Pan». No te enamores de mí, porque entonces tendré que dejar de ser tu terapeuta, y bastantes problemas tienes ya como para complicarte más la vida liándote con tu loquera.

—¡Touché!

Pablo se rio porque, aunque en ningún momento había pretendido insinuarle a Gabriela, su contestación le había resultado de lo más divertida.

—Y por favor, deja de llamarme «Peter Pan». Gabriela dio los buenos días por segundo día consecutivo, recordándole a Pablo que abriera su bolita del calendario de adviento.

«Canta villancicos y deja que la alegría inunde tu corazón»

«No pienso cantar "Jingle Bells"».

Su mensaje fue simple y claro. Por una vez Gabriela no insistió y aquello lo desconcertó por completo. «Me llamo Gabriela. Te espero a las 19h. en la clínica; no te retrases». Iconos besucones hasta el infinito. Pablo llegó puntual a su cita, temiéndose lo peor. Gabriela había estado extrañamente silenciosa durante todo el día. Jeni lo recibió y le pidió que esperara en el hall, pues Gabriela estaba ocupada.

—Jeni, ¿cómo se escribe eso que te pone el médico para toser?

—Estetoscopio —le respondió Pablo. —¡Hola «Peter Pan»! ¿Te ha

dicho mi tía dónde vamos?

Pablo se puso nervioso, ¿qué locura se le habría ocurrido a la pequeña pelirroja?

—No.

—¿Me ayudas a escribirle la carta a Papá Noel y a los Reyes Magos?

—¿A los dos?

—¡Claro! He sido muy buena y me van a traer muchas cosas. Julia le fue dictando a Pablo la carta y él fue copiando; estaba aprendiendo a escribir en el cole, pero todavía no sabía componer frases de ese tipo. La primera misiva iba dirigida a Papá Noel. En ella le daba las gracias por tener una familia y le pedía que todos los niños del mundo tuvieran un regalo por Navidad. Ese gesto de generosidad dejó a Pablo perplejo.

—¿Y para ti no vas a pedir nada?

Ahora venía cuando la niña le nombraba una lista interminable de juguetes. —Un perrito.

—¿Y nada más?

—A los Reyes les voy a pedir un maletín médico.

La pequeña rubita había cautivado el corazón de Pablo. Le recordaba tanto a su sobrina Martina, que sintió un dolor punzante en el pecho. La añoraba demasiado.

—Y... ¿sabes si tu tía tiene novio?

Julia puso cara de asco. —¿Qué dices? ¡No! Es demasiado inteligente para esas cosas. A los hombres no les gustan las mujeres con carácter, que tengan una opinión para todo.

Julia repitió esas palabras como un papagayo; seguramente porque se las había escuchado a su tía en más de una ocasión. Pablo sonrió. Aunque no iba a reconocerlo todavía, la pelirroja empezaba a gustarle... y mucho.

—Yo jamás tendré novio.

Entonces Jeni se metió en su conversación.

—Nunca digas jamás, es demasiado tiempo para arrepentirse.

La puerta del despacho se abrió y salió un niño acompañado por su madre. Tras ellos iba Gabriela que los estaba despidiendo. Llevaba un vestido rojo de lana, con dibujos de estrellas de nieve y unas botas de borreguito.

Para rematar su peculiar atuendo, se puso un gorro de Papá Noel.

—Mira Julia, ahí tienes a la ayudante de Santa Claus; puedes entregarle a ella tu carta que se la dará personalmente —le dijo Pablo.

—¿Qué dices? Es mi tía... De verdad que estás chalado.

Pablo saluda a Gabriela.

—¿Dónde has aparcado el trineo?

—Muy gracioso «Peter Pan».

—Me llamo Pablo.

—Julia, recoge tus cosas que nos vamos.

—¿Eso me incluye a mí? —preguntó él.

—Por supuesto. Tengo entradas para el concierto benéfico —dijo entusiasmada.

—¿El de la radio?

—No; el del coro de Nuestra Señora de la Luz. —¿Eh?!

A Pablo se le quedó cara de besugo.

—Y lo mejor de todo es que las entradas las subvenciona tu empresa —añadió Gabriela con un guiño de ojos.

—¡No voy!

—¡Sí vas!

—Hagamos un trato: te firmo un cheque de mil euros y tú me firmas el informe, sin que tenga que hacer ninguna de esas chorradas de las que se te ocurren.

—Hagamos un trato: te vienes al concierto y yo pago la cena.

—¿Y un cheque en blanco?

—Vamos Julia; el tráfico está muy mal y tenemos que cruzar la ciudad. Gabriela se despidió de Jeni, ignorando a Pablo por completo. Salieron de la clínica y llamaron al ascensor. Pablo fue tras ellas.

—Te juro «Jingle Bells» que eres la mujer más exasperante que he conocido en mi vida.

—Me llamo Gabriela. Nada más poner un pie en la calle, comprobaron que estaba nevando. Era la primera nevada de finales de otoño. Julia se emocionó tanto, que empezó a dar saltos de alegría.

—Esto quiere decir que Papá Noel ya está saliendo del Polo Norte.

—Claro; ¿no ves que ya nos ha enviado a su ayudante? —añadió Pablo. Gabriela le sacó la lengua y le advirtió:

—Ten cuidado porque te está viendo, e igual este año te quedas sin regalos. El concierto navideño tenía lugar en la propia iglesia de Nuestra Señora de la Luz. Pablo protestó nada más llegar.

—No me gustan las iglesias.

—A mí tampoco; pero hemos venido a un concierto.

Los niños del coro, vestidos con túnicas de monaguillo, subieron al altar y comenzaron sus cánticos. Julia disfrutó mucho de la actuación, acompañándola con palmas en los villancicos más rítmicos. Pablo, sin embargo, estaba como si lo hubieran llevado al matadero.

—¿Cuándo acaba esto?

—Quedan tres canciones —respondió Gabriela, comprobando el programa de mano. —¿Todavía?! ¿Aquí no hay aseos?

—¿En una iglesia?

Pablo sabía que no, tampoco es que tuviera necesidad de visitar uno, simplemente era la excusa perfecta para salir de allí. Al acabar el concierto, Gabriela y Julia abandonaron la iglesia y se reencontraron con Pablo que les estaba esperando en la puerta.

—Eres un tramposo.

—Perdóname «Jingle Bells», pero es que no podías haber elegido peor forma de torturarme.

—Me llamo Gabriela.

—¿Tú has oído lo que cantaban? La pobre Julia tiene que estar traumatizada. —Han interpretado clásicos como «Los peces en el río», «Campana sobre campana», «El chiquirritín», «Gatatumba» o «El tamborilero».

—«Jesusito querido dicen que comes, corazones partidos de los pecadores» —cantó Pablo en falsete, con tono de burla.

Gabriela y Julia no pudieron menos que reírse con la imitación y hasta le aplaudieron.

—¡Te quiero en mi equipo Pablo Mendoza «Alborán»!

Las dos siguieron riéndose hasta que llegaron a la hamburguesería.

—Que no sirva como precedente, pero tienes razón: el concierto ha sido...

—¡Lo peor!

—Pero te voy a enviar un listado de villancicos que te van a encantar.

—No es necesario, de verdad. De más está decir que Gabriela lo ignoró, pues al día siguiente ya tenía más de veinte enlaces musicales navideños, que ella le había enviado por whatsApp.

Era sábado y esa mañana Pablo no se levantó

para ir a correr. Se preparó el desayuno y fue escuchando uno por uno los enlaces musicales que Gabriela le había enviado. «Il divo», «Maria Carey», «Frank Sinatra», «Gloria Stefan» y así hasta veinte artistas distintos. Debía reconocer que mucho mejores que los niños del coro, pero si tenía que quedarse con alguno, ese sería «Michael Bublé». Antes de que Gabriela se lo preguntara, se acercó al calendario de adviento y abrió la bolita número tres.

«Todo es posible en Navidad»

¡Vale! ¿Y eso qué significaba exactamente? Escribió a Gabriela para que se lo aclarara.

«No hagas planes para esta noche. Voy a cenar a tu casa; no te preocupes por la cena». Cambió los iconos besucones por las bailarinas de flamenco. Primeramente, se molestó: ¿Y si tenía planes para salir? ¡Ya estaba harto de toda esa chorrada del calendario de adviento! Por otro lado, no le molestaba cenar con ella, aunque la niña no entraba en los planes que tenía en mente. ¡Qué fastidio! Gabriela llegó a casa de Pablo cuando ya había anochecido, pese a no ser más de las ocho y media.

—¿Dónde está la habitación de invitados?

Pablo volvió a poner esa cara de besugo que de vez en cuando le salía ante las ocurrencias de Gabriela. —¿Para qué quieres saberlo? —¡Obvio! —dijo Gabriela enseñándole el bolso de mano que le acompañaba—. Vamos a hacer una fiesta pijama.

Pablo se llevó las manos a la cara.

—¡Ay, Dios!

—Dime, ¿qué tengo que hacer para deshacerme de ti «Jingle Bells»?

—Me llamo Gabriela.

—¿Y la pequeña «Freud» no viene contigo?

—Se la han llevado mis padres al pueblo, a pasar el fin de semana.

Como Pablo no hacía intención de indicarle el camino, ella misma fue en busca de las habitaciones. Tenía dos, pero solo una estaba amueblada, así que decidió instalarse en ella. Se cambió de ropa y se puso el pijama. Después fue en busca de Pablo, que seguía trabajando en su ordenador.

—He observado que no tienes ni una sola fotografía en toda la casa.

—Sigo un diseño Feng Shui; nada de fotos. En realidad, Pablo sí había tenido la casa llena de fotografías, pero hacía meses que las había quitado todas porque los recuerdos eran demasiado dolorosos.

—¿Y no te sientes vacío en este piso? Es tan... impersonal.

—Pero qué manía le has cogido a mi hogar... Si no te gusta, no vengas; que por otro lado tampoco has sido invitada.

—¡He traído la cena! —respondió Gabriela jovial. Parecía que los ataques de Pablo no le afectaban en lo más mínimo.

—Ves recogiendo mientras yo pongo la mesa. —Tú misma...

Pablo no opuso resistencia, total, Gabriela se paseaba por su piso como quien dice: «como Pedro por su casa». Había comprado comida mexicana que a Pablo no le disgustó; nada más olerla sintió un hambre voraz. Se sentaron a la mesa para cenar.

—Bonito chándal... me encantan tus zapatillas. —Es un pijama; no te creas que no capto la ironía.

Gabriela llevaba un pijama blanco, a rayas rojas, con una cara de Papá Noel.

—No es una ironía, me encantan los renos; hasta llevan un cascabel —dijo mirando sus zapatillas—. Tengo curiosidad, ¿dónde te compras la ropa, en una tienda de disfraces?

—Es de una tienda online; se la compro a una diseñadora, que por cierto es amiga mía. Hay que fomentar el pequeño comercio. Y... puede que yo vaya disfrazada, pero al menos tengo estilo propio, y no me paseo en traje de chaqueta y corbata, cuando estoy de vacaciones.

—Capté la indirecta; si tuviera un pijama tan bonito como el tuyo, de verdad que me lo pondría.

Pablo esperó a que Gabriela se molestara, en lugar de eso, se le iluminó la cara con una sonrisa y salió disparada en busca de algo. Al rato volvió con un pijama.

—¡Toma! Seguro que te viene porque pedí la talla más grande.

Pablo miraba el pijama estupefacto. Era exactamente igual al de ella. — No me des las gracias; lo paga tu empresa. ¡Venga! Ve a ponértelo mientras que yo preparo los cafés.

Esa mujer nunca dejaba de sorprenderlo; cada locura suya superaba a la anterior.

—¡Vengaaaa! ¿A qué esperas? Pablo, por pura curiosidad, fue a probarse el pijama y, la verdad, es que era bastante cómodo, calentito y había acertado con la talla.

—¿No tendrás también unas zapatillas de reno? Porque por ahí ya no paso...

—Te queda genial; vamos a hacernos un selfie molón.

—¡No! Que tú eres capaz de subirlo a las redes sociales y acabar con mi vida pública.

—¡Qué soso eres! —Y bien, «Jingle Bells». ¿Cuál es el plan y qué significa eso de que en Navidad todo es posible? —Pues vamos a ver películas navideñas y lo entenderás —Gabriela dio palmaditas para reforzar su entusiasmo.

—¡Oh, que bien!

—Ha sonado muy irónico.

—Esa era la intención.

—¡Bien! He hecho un listado y tú eliges la peli.

Pablo le arrebató la lista de las manos y comenzó a leer todos los títulos:

³⁵₁₇ UNA BODA EN DICIEMBRE

³⁵₁₇ UN NOVIO PARA MAMÁ

³⁵₁₇ NAVIDADES EN NUEVA YORK

³⁵₁₇ UNA NAVIDAD DIFERENTE

³⁵₁₇ UN DESEO POR NAVIDAD

—Me quedo con «Asesinato en Navidad».

—Esa no está —aun así, Gabriela le quitó el listado para comprobarlo.

Finalmente acabaron viendo la primera película «Una boda en diciembre». Pablo no dejaba de bostezar del aburrimiento, pero fue Gabriela la primera en dormirse. Sin darse cuenta fue apoyando su cabeza en el hombro de Pablo, hasta que finalmente se le cerraron los ojos. Pablo la contemplaba atónito. Era realmente guapa. Su largo pelo le acariciaba la piel y eso lo perturbaba. Hacía meses que no había estado con ninguna mujer; exactamente desde que su novia lo había dejado. La cercanía de Gabriela estaba despertando en él sensaciones ya dormidas, y eso lo asustó.

—«Jingle Bells»...

La despertó suavemente. Ella abrió los ojos, verdes como brillantes esmeraldas, y él quedó fascinado. La verdad es que deseaba besarla con todas sus fuerzas; pero debía contenerse porque no era una buena opción. Gabriela era su loquera y además estaba chalada; todo lo contrario, a lo que Pablo buscaba en una relación.

—Te has quedado dormida y te has perdido el gran final.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz somnolienta. —Él le ha pedido matrimonio y ella le ha confesado que es lesbiana.

—¡Venga ya! Se han casado porque la peli se titula «Una boda en diciembre».

—Era muy predecible desde el primer momento. —Es lo que tienen las pelis de Navidad, pero ¿te ha gustado?

—¡Muchísimo! Un peliculón —ironizó Pablo. —Ya sé que es muy romántica y todo eso, pero lo importante es el mensaje que transmite: «todo es posible en Navidad, absolutamente todo».

—Todo no «Jingle Bells», todo no... Hay cosas que ya no tienen remedio. Buenas noches, pelirroja.

Le dio un beso en la frente y se fue a su habitación, antes de que el nudo que tenía en la garganta acabara convirtiéndose en lágrimas. Si de verdad todo fuera posible en Navidad, él sería feliz de nuevo.

Gabriela se despertó temprano pues extrañaba

su cama. Se dio una ducha rápida y bajó a comprar lo que necesitaban para preparar el desayuno; como bien había puntualizado Julia: era la única cocina que no tenía comida. Pablo se despertó poco después y se dio también

una ducha refrescante. Puso en su móvil uno de los villancicos que le había pasado Gabriela, en concreto la canción interpretada por Thalía y Michael Bublé, y sin ser consciente de ello, empezó a cantar. Gabriela se había llevado las llaves del piso para no molestar a Pablo a su vuelta. Cuando abrió la puerta, se quedó estupefacta al ver a Pablo pasearse por la sala, solo en calzoncillos, y cantando a voz en grito: «Feliz Navidad». A Gabriela le entró un ataque de risa. Cuando Pablo la vio parada frente a la puerta, muerta de risa, vociferó un par de insultos y se tapó rápidamente con la manta del sofá.

—¿Cómo has entrado?

Gabriela le enseñó las llaves como única respuesta. —Pensé que te habías ido.

—Bajé a comprar; tendremos que desayunar y esas cosas.

—¿Quieres dejar de mirarme con esa sonrisita de bruja? —Es que me gusta lo que veo —dijo Gabriela sacándole la lengua.

Y tanto que le gustaba; de repente había empezado a sentir mucho calor. Eso era peligroso porque... ella había renunciado a los hombres y al amor. Pablo desapareció de su vista; por primera vez lo había dejado sin palabras. Y se refugió en su habitación antes que ella se diera cuenta de cómo su cuerpo reaccionaba ante su presencia. Gabriela preparó todo lo necesario para elaborar un bizcocho de chocolate y se acompañó de música navideña, que había seleccionado en su móvil.

—Y bien, «Jingle Bells», ¿con qué has decidido torturarme hoy?

—¡Vaya! Veo que has desterrado tu traje de chaqueta.

Pablo se había vestido más informal, con unos vaqueros y un jersey color ocre. —¿Así parezco menos estreñado?

—Sí, un poco menos.

—¿A qué clan perteneces?

Gabriela no entendía la broma de Pablo, porque seguro estaba bromeando.

—Te has hecho un vestido con una manta escocesa, ¿a qué clan perteneces?

—Muy gracioso «Peter Pan». Ponte un delantal porque vamos a preparar un bizcocho de chocolate. —¡¿Eh?! Vamos a la cafetería de la esquina; hacen

unos cruasanes que están de muerte.

—¡No! Día número cuatro: «Saborea la Navidad».

Pablo abrió la bolita, sacó la chocolatina y mientras se la comía, descubrió el papel que contenía en su interior, efectivamente, ponía eso exactamente.

—¿Cómo...?

—Te recuerdo que el calendario lo hice yo.

—Paso de cocinar. Además, con lo loca que estás, capaz eres de explotarme el horno.

Pablo le estiró del brazo en un vano intento de sacarla de su cocina.

—Vamos a desayunar fuera.

—Veo que te rindes pronto ante las adversidades; pensé que eras de otra manera.

—No soy un cobarde, si es lo que insinúas. —Yo no he dicho eso... pero ahora mismo es lo que pareces.

—«Jingle Bells» eres... eres... ¡Aaaah! Consigues ponerme de los nervios. —Prepara los cafés; yo mientras voy mezclando los ingredientes — dijo Gabriela con una sonrisa triunfante.

Pablo hizo lo que se le pedía para que no creyera que era un cobarde. Todo por un bizcocho de chocolate... que finalmente acabó quemado en el horno.

—Y bien, «Jingle Bells» —preguntó Pablo con una sonrisa triunfante—, ¿ya podemos ir a la cafetería? —Me llamo Gabriela. Han sido tus malas vibraciones las que han quemado el bizcocho.

—Sí, claro. Ahora además de ser un cobarde estreñado, también hago magia negra.

Gabriela se rio muy a gusto con la ocurrencia. —¡Venga! Vamos a esa famosa cafetería que empiezo a tener mucha hambre. La cafetería de Anne, literalmente estaba en la esquina del edificio en el que vivía Pablo. Era pequeña y acogedora, a Gabriela le encantó su decoración navideña y las ilustraciones de París que colgaban de sus paredes.

—Han puesto muérdago en la puerta, ¡me encanta! —Ves muchas películas románticonas, nadie hace esa chorrada del beso —dijo Pablo.

Justo en esos momentos entró una joven pareja que venían de dar un paseo en bicicleta. Entraron a la vez por la puerta; al ver el muérdago se dieron un tierno beso. Gabriela se rio.

—Absolutamente nadie «Sr. Scrooge».

—Me llamo Pablo.

En esos momentos llegó la camarera a tomarles nota; una señora de cabello plateado y cardado, que ya rondaba la jubilación.

—¿Qué vais a tomar, tesoro? —preguntó dirigiéndose a Pablo.

—Dos cafés con leche y unos cruasanes de esos tan ricos que preparas tú, Anne. Muchísimas gracias. —Eres un adulator.

La tal Anne le pellizcó la mejilla a Pablo, como si de un hijo se tratara.

—¿Es tu novia? —preguntó regalándole a Gabriela una sonrisa.

—¡Oh, no! Solo soy... su amiga —aclaró ella. —Pues es una pena. Es muy guapa, Pablito. ¡Me gusta! No la dejes escapar. Esa... como se llame, no estaba a tu altura. Sales ganando con el cambio.

—Anne, creo que...

La camarera lo dejó con la palabra en la boca, pues ya se había ido a atender la mesa de los jóvenes ciclistas.

—Así que tenías novia... ¿qué pasó?

—Me dejó cuando se enteró que hacía magia negra. —¿Hace mucho tiempo de eso?

—Fue en otra vida.

Gabriela puso cara de circunstancias, pues no se conformaba con ese tipo de respuestas.

—Fue hace ocho o nueve meses, ya perdía la cuenta. «Jingle Bells» ahora...

—No me apetece hablar del tema —concluyó Gabriela. —Eso es. Y dime, una chica joven y guapa como tú, ¿no tiene nada mejor que hacer un domingo por la mañana?

—Tu jefe me paga un pastón por ser tu loquera; así que estoy a tu disposición las 24 horas del día. ¡Soy toda tuya! —Añadió con una sonrisa.

—No vuelvas a decir eso, porque se me ocurren muchas cosas que hacer contigo; y créeme, ninguna de ellas es hornear bizcochos.

Pablo la miró tan intensamente que Gabriela se puso nerviosa. Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo; era inequívocamente el deseo que había despertado en ella. Menos mal que entonces llegó Anne con su pedido.

—Estos cruasanes tiene muy buena pinta.

Pablo seguía mirándola intensamente y disfrutó mucho al verla saborear los cruasanes.

—¡Están de muerte! —dijo con la boca llena. Pablo sonrió; parecía una niña en la noche de Reyes.

—Te dije que te iban a gustar. Estos cruasanes son especiales, siguen la auténtica receta francesa. —¿Anne es francesa? —Su madre era francesa; abrió esta pequeña cafetería en los años sesenta y solo sigue recetas francesas para todos sus dulces.

—Creo que Anne ya tiene una nueva clienta. Pablo rio; no podía dejar de observarla mientras se comía los cruasanes.

—Debo reconocer que la cocina no es lo mío, ¡pero me encanta comer!

Llegó Anne y agradeció mucho los elogios de Gabriela a sus cruasanes.

—Lo dicho Pablo, esta chica es pura magia, ¡no la dejes escapar!

Esa mañana amaneció nevando y Pablo desistió de salir a correr. En lugar de comprarse el desayuno y tomarlo en casa, optó por hacerlo en la cafetería de Anne, leyendo relajadamente el periódico. Recibió un mensaje de Gabriela; era de esperar.

«¿Abriste la bolita número cinco?».

«Yes».

Lo había hecho antes de salir de casa; Gabriela era muy predecible.

«¿Y no vas a decir nada? Quejarte y esas cosas...». «Yo siempre felicito las fiestas a las personas que quiero».

El mensaje textualmente decía así: «En estas navidades, hazle saber a las personas que quieres, lo que significan para ti».

«No es lo mismo y lo sabes. Te espero esta tarde a las 18h. en mi consulta. ¡Feliz lunes!».

Sonrió al ver el montón de iconos besucones. En esos momentos llegó Anne con su desayuno y, con total discreción, se quedó mirando el móvil. — Es ella, ¿verdad? —preguntó—. Es como un ángel y llega justo a tiempo.

¿Hoy la vas a ver?

—Anne... pero si me acabas de cotillear el móvil —le reprochó Pablo.

Ella le sonrió mientras pellizcaba su mejilla; era algo que tenía costumbre de hacer desde que Pablo iba en pañales.

—¡Bien! Quiero que le lleves una cosa.

Al rato volvió con unos «coulants» de chocolate, perfectamente guardados en su cajita. —Lléveselos; es un regalo de mi parte. ¡Ah! Y dile que antes de servir, debe calentarlos unos veinte segundos en el microondas.

—Sé cómo preparar tus riquísimos «coulants». Ya me imagino la cara que va a poner Gabriela en cuanto los pruebe.

Esa cara de absoluto placer, que Pablo no se cansaba de contemplar; en el fondo él deseaba proporcionarle muchos más placeres, pero eso era una locura en la que no debía siquiera pensar. A la hora acordada, Pablo llegó a la clínica con su caja de «coulants»; pero se la encontró cerrada. Le escribió un mensaje a Gabriela, y en ese mismo instante, se dio cuenta de algo sorprendente: en la puerta de enfrente había un cartel, colgando de la corona navideña, que decía: «Julia y Gabriela os desean feliz Navidad». ¿Vivía en el mismo rellano en donde tenía la consulta? Le pareció un hecho muy curioso. Llamó a la puerta y no tardaron en abrir.

—¡Tía! —gritó Julia nada más verlo—. ¡Es «Peter Pan»!

—¡Dile que pase! —gritó Gabriela desde el interior. Al poner un pie sobre la alfombrilla, sonó la melodía de «Jingle Bells». Pablo inmediatamente lo retiró y la melodía cesó. Hizo un nuevo intento de entrar en el piso, pero la melodía volvía a sonar. Finalmente pegó un salto para no tener que pisar la alfombrilla musical. Julia se rio muy a gusto con los malabarismos que hizo Pablo.

—¿A que es divertido?

—Muhoooo —ironizó él —quiero una igual para mi piso.

—¡Ven! estamos haciendo postales navideñas. Pablo siguió a la niña hasta el comedor. El piso no era muy grande, con una distribución similar a la de la clínica. La decoración navideña estaba por todos los rincones de la casa; en el comedor había una chimenea de mentira, en la que habían colgado los calcetines de Papá Noel. Justo al lado presidía la sala un enorme árbol de

Navidad. Los muebles eran todos blancos y en la pared frontal, justo encima del sofá, colgaba un enorme lienzo de un atardecer parisino, en el que la torre Eiffel se reflejaba en las aguas del Sena.

—¡Es precioso! —dijo Pablo refiriéndose al cuadro. —Se dice: «Buenas tardes y gracias por la invitación».

—Buenas tardes «Jingles Bells». Traje esto para ti; me lo dio Anne. — ¡Oh! ¿De verdad? —Gabriela se emocionó—. Dale un millón de gracias de mi parte. ¡Julia, es hora de merendar!

Pablo acompañó a Gabriela hasta la cocina y le ayudó a preparar los «coulants» para la merienda. —¿Llevas cascabeles en las botas? —preguntó Pablo asombrado al ver el calzado de Gabriela.

—¿Te gustan?

—Espero que no tengas gato porque lo volverías loco. Aunque... para vivir en esta casa tendría que estar loco también.

—Muy gracioso. No me ofendes; que lo sepas. Además, te ha molado mi cuadro.

—¿Has estado alguna vez en París?

—No, pero está en mi lista de propósitos para el nuevo año. —Te gustará; es una ciudad mágica. Por cierto, ¿eres consciente de que llevas una corona en la cabeza?

—Soy la princesa Anna.

—¡Y yo soy Elsa! —dijo Julia apareciendo en la cocina.

Iba disfrazada como la princesa de los dibujos animados, con zapatos blancos de tacón incluidos. —Olaf y yo tenemos mucha hambre, ¿ya está la merienda?

—Sí, cielo. Siéntate a la mesa.

Pablo también se sentó justo al lado de Julia y ésta le hizo levantarse.

—No te puedes sentar ahí, es el sitio de Olaf. Pablo buscó la cámara oculta; ¿le estaba tomando el pelo aquella niña? —Olaf es su amigo imaginario —le aclaró Gabriela. Julia, con un gesto sobre su sien, le insinuó a su tía que Pablo estaba un poquito loco. Gabriela partió el «coulant» con la cuchara y se llevó un trozo a la boca. Cerró los ojos y saboreó el chocolate caliente, emitiendo pequeños sonidos de placer.

—Creo que le ha gustado —concluyó Julia. —«Jingle Bells», deja de hacer eso...

El resto de la frase fue un susurro en su oído pues, le decía cosas que la niña no debía oír. Gabriela casi se atragantó.

—Si se me va a poner cara de tonta, mejor no pruebo el bizcocho. Tía, ¿me puedes dar galletas?

Gabriela, todavía sonrojada por las palabras de Pablo, buscó las galletas en el armario, mientras que éste se reía muy a gusto con la ocurrencia de la niña.

—¿A vuestros vecinos no les molesta que Julia se pasee con tacones por todo el piso?

—Mi tía me deja —contestó Julia—, dice que es lo menos que se merece la vieja por entrometida. ¿Eso qué significa?

—Que tu tía es muy vengativa —dijo Pablo riéndose.

—Cariño, significa que le gusta molestar a la gente. Esa vieja amargada me acusa de dejarme la puerta del ascensor siempre abierta, y eso no es verdad. Solo sucedió una vez... puede que dos, pero no siempre.

Pablo se rio; la pobre señora era una víctima más de la pelirroja.

—«Jingles Bells» eres única. Y bien, ¿con qué piensas torturarme esta tarde?

—¡Estamos haciendo felicitaciones navideñas! — contestó Julia—. ¿Nos ayudas «Peter Pan»?

—Me llamo Pablo.

Julia le explicó cómo tenía que recortar las cartulinas.

—Aquí tienes dibujitos para que pegues el que más te guste. ¡Ah! Y purpurina, mucha purpurina. De hecho, en una de las postales volcó medio bote y los tres empezaron a estornudar.

—Tienes purpurina en el pelo —observó Gabriela divertida.

Pablo se pasó la mano por la cabeza y cayeron pequeños destellos dorados. Julia se rio. —¡Es el polvo de Papá Noel!

Pablo volvió a estornudar.

—Pues por lo visto le tengo alergia.

—Con este polvo —dijo Gabriela— Papá Noel hace que vuelen sus

renos.

—Yo conozco de otros polvos que producen el mismo efecto. Gabriela le sopló un poco de purpurina en la cara como castigo; menuda burrada acababa de soltar y delante de la niña.

—¿Tú a quién vas a felicitar? —le preguntó Julia inocente.

—¿A quién vas a felicitar tú?

—A mis papás, a mis abuelos, a mi tía... pero pregunté yo primero «Peter Pan». —Que no me llames así.

Julia y Gabriela se rieron muy a gusto; sabían que a Pablo le molestaba que lo llamaran así y por eso más y más insistían ellas.

—Sería buena idea —dijo Gabriela— que le hicieras una felicitación a tu sobrina.

—Es una pésima idea.

—Venga «Peter...».

—¡Pablo! Me llamo Pablo.

Julia juntó sus pequeñas manos y se lo suplicó. —Pablo... Por fis, por fis, por fis...

Con esa carita no podía negarle nada; además, tampoco iba a enterarse si la felicitación no llegaba finalmente a su destinataria.

—¡Vale! Haré una felicitación para Martina. —¡Chupi! Seguro que le gusta mucho la de Mickey vestido de Papá Noel.

De un modo muy surrealista, pensó Pablo, acabó pintando dibujos, algo que no hacía desde su adolescencia. Tenía claro que por más que se duchara, la purpurina en el pelo le iba a durar hasta Año Nuevo.

—Ahora tienes que escribirle algo —le explicó Julia. Pablo escribió «¡Feliz Navidad!».

—¡Qué soso! Algo más personal —sugirió la niña.

—Podías ponerle, por ejemplo, que la quieres mucho y la echas de menos —propuso Gabriela.

—¿Cómo habéis hecho la chimenea? ¡Me encanta! Lástima no tener otra igual, en mi comedor quedaría fabulosa.

Gabriela había captado el mensaje perfectamente; Pablo no quería hablar de su sobrina.

—La hicimos con cajas de cartón y luego la forramos con cartulina. Una mano de pintura y... ¡voilà!

—Y tiene hasta leña de verdad.

Gabriela había puesto unas bombillas que simulaban la luz del fuego.

—Me pregunto qué pasaría si se encendiera de verdad...

—¡Este chico está muy mal! Julia volvió a llevarse el dedo a la sien, insinuándole a su tía lo muy loco que estaba Pablo. Éste recibió un mensaje y nada más leerlo le cambió la cara por completo.

—Tengo que irme.

—¿Malas noticias? —preguntó Gabriela.

—Nada que no supiera. Ha sido un placer compartir la tarde y los «coulants» con las princesas Elsa y Anna.

Hizo una reverencia y se despidió de ellas. Salió del piso de Gabriela precipitadamente.

—Tía, se ha dejado la felicitación; es una pena porque le había quedado muy bonita.

—Tranquila cariño, yo personalmente se la haré llegar a Martina.

Gabriela ya le había mandado un par de mensajes a Pablo y no respondía a sus provocaciones; algo estaba pasando. Cuando finalmente lo llamó y no atendió su llamada, supo que la intuición no le fallaba: tenía que ir personalmente a buscar a Pablo. Llamó varias veces al interfono, pero o bien no estaba, o en el peor de los casos no quería abrirle. Su última opción fue pasar por la cafetería de Anne. A esa mujer le gustaba mucho hablar y además parecía conocer muy bien a Pablo.

—¡Hola cielo! ¿Tú por aquí?

—Venía a darle personalmente las gracias por los «coulants»; estaban riquísimos. De paso también quería ver si Pablo se encontraba por aquí. Fui a su casa, pero no estaba.

—¡Ven! Siéntate. Te voy a preparar un desayuno especial.

Gabriela a punto estuvo de decirle que ya había desayunado, pero le pareció descortés por su parte, rechazar la invitación de Anne. Al rato volvió con dos cafés con leche y unos «macarons».

—¿Te importa que te acompañe?

—Para nada; es un placer.

—¿Conoces a Pablo hace mucho? —le preguntó Anne.

—Bueno... el tiempo en estos casos es relativo, ¿no le parece?

—Tutéame.

—Gracias. Conozco a Pablo hace una semana, pero siento como si lo conociera de toda la vida. Gabriela dio un bocado al «macaron» y lo saboreó deliciosamente. —¡Esto está de muerte! —exclamó con la boca llena. Anne se rio y luego siguió hablando.

—Él te necesita más que nunca; creo que no llegaste a su vida por casualidad. Igual es un descaro por mi parte, pero te pido que pase lo que pase, no lo dejes solo; Pablito a veces es un poco...

—Sarcástico, malhumorado, negativo, introvertido, ¿sigo?

—Pero también tiene un gran corazón; ha sufrido mucho.

—Lo sé. Gabriela no lo sabía a ciencia cierta, pero desde luego sí lo intuía. En eso consistía su trabajo: descubrir qué atormentaba a Pablo de aquella manera, para que su corazón se hubiera parado.

—¿Y usted? Perdón, ¿y tú, Anne? ¿Desde cuándo conoces a Pablo?

—Lo conozco desde que nació prácticamente. Sus padres viven cerca de aquí, en los adosados que hay frente al parque. Todos los domingos venían a desayunar a la cafetería. Pablo siempre lograba sacarme una chocolatina, cuando me regalaba una de sus sonrisas seductoras. Sus padres tenían un kiosco en el bajo de su casa. Hace un par de años se jubilaron, pero poco les duró la dicha porque demasiado pronto les sobrevino la desgracia.

Anne no pudo terminar su historia porque llegaron clientes.

—Tengo que dejarte, cielo. ¡Ah! Ves a su casa y no te muevas de allí hasta que te abra la puerta; te lo pido como un favor personal.

—¿Qué te debo por el desayuno?

—Invita la casa.

Gabriela llamó por el interfono a casa de Pablo, pero no hubo respuesta. Aprovechando que salía un vecino, se coló en el patio. Llamó varias veces al timbre, pero Pablo no le abría. Agudizó bien el oído y, efectivamente, había alguien en el piso.

—Pablo, sé que estás dentro; por favor, ábreme, prometo que hoy no te voy a dar la brasa, solo necesito saber que estás bien.

Pablo no tardó mucho en abrir.

—Estoy bien.

Por su aspecto no lo parecía. Con ojeras, demacrado, despeinado y sin afeitarse... a esas horas todavía llevaba puesto el pijama.

—Pues no me lo parece.

—Mira «Jingle Bells», estoy bien y quiero que te vayas. No vas a tratarme más, ¿O.K.? He renunciado a la empresa.

—Mientes muy mal. No voy a irme.

—Estoy harto de ti y de tus absurdas ideas. No quiero volver a verte en mi vida, ¿lo entiendes? Gabriela lo ignoró y se sentó en el sofá.

—¿Qué parte es la que no entiendes? ¡Vete! ¡Vete de una puñetera vez!

—No me voy a mover de aquí hasta que no me des un razonamiento lógico.

Pablo la levantó del sofá de un estirón, y a empujones la llevó hasta la puerta.

—¡He dicho que te largues! Te quiero fuera de mi vida.

—Me has hecho daño.

—Siempre lo hago, ¿de qué te sorprendes? Si no te vas ahora mismo, atente a las consecuencias. —Eres un imbécil.

Gabriela hablaba pausadamente y eso hacía enfurecer mucho más a Pablo.

—Lo soy; no has descubierto nada nuevo. Y ahora, por favor...

Le abrió la puerta invitándola a salir, pero Gabriela se giró y le dio una bofetada.

—Yo también puedo hacerte daño; y no, no voy a disculparme.

Pablo cerró la puerta de golpe y se llevó las manos a la cara.

—¡Dios! Soy un auténtico gilipollas.

—No; solo eres un hombre que sufre y no se deja ayudar. Pablo, me importas... me importas mucho. —Y mi empresa te paga muy bien.

Gabriela le dio un dulce y fugaz beso en los labios.

—No; hay cosas en esta vida que no tiene precio.

Confía en mí, por favor. No me saques de tu vida. Pablo se abrazó a Gabriela y, aunque trató de disimularlo, una lágrima rodó por sus mejillas y se escondió entre los cabellos pelirrojos.

—¿Me acompañarías a un sitio?

—¡Claro! ¿A dónde vamos?

—A una iglesia.

Cuando llegaron a la parroquia, el sacerdote ya había empezado la homilía. Se sentaron en los últimos bancos con mucha discreción. Se habían retrasado un poco porque Pablo tenía que adecentarse para no parecer un mendigo a las puertas de la iglesia.

—A veces no entendemos los designios de Dios, cuando perdemos a un ser querido. Dios lo llamó a su gloria, debemos alegrarnos por su alma eterna —decía el párroco en su discurso.

—¿Me has traído a un funeral? No veo el féretro por ninguna parte... Podías haberme avisado; todos van de negro y yo llevo un abrigo rojo, ¡rojo chillón! —le recriminó Gabriela a Pablo.

—Al menos no llevas las botas de cascabeles. Y no, tranquila, no te he traído a un funeral; solo es una misa de difuntos.

—¡Puff!

A Gabriela le sonó igual de trágico. Aunque intuía que acababa de dar con la base de los problemas de Pablo.

—Te pedimos, Señor, por el alma de nuestro hermano Sebastián Mendoza, que hace un año lo llamaste a tu gloria.

—¡Dios mío! —Gabriela lo expresó en voz alta sin darse cuenta.

Luego se dirigió a Pablo en un susurro:

—Lo siento. Yo no sabía...

Apretó su mano para hacerle saber lo mucho que lamentaba la muerte de su hermano. Era por eso... Pablo no había superado la etapa de aceptación en el duelo.

—No es tu culpa «Jingle Bells», la vida es así de injusta.

Acabó la misa y los asistentes se pusieron en pie. Un matrimonio se acercó al sacerdote para darle las gracias. Gabriela dedujo que se trataba de los padres de Pablo. Cuando descubrieron la presencia de su hijo, se

dirigieron hacia ellos.

—Por favor, no les digas nada del infarto; mis padres no lo saben, quería ahorrarles ese disgusto. —Mis labios están sellados.

La madre de Pablo era una mujer esbelta y elegante, de cabellos finos y dorados. Su rostro estaba crispado por el dolor. Saludó a su hijo con lágrimas en los ojos y un fuerte abrazo, que a Gabriela le conmovió. Su padre, por el contrario, era recio y en su rostro no se apreciaba ningún atisbo de emoción.

—Mamá, papá, os presento a Gabriela. Ella es... Pablo no sabía cómo abordar la situación.

—Soy su novia, —concluyó Gabriela— mucho gusto.

Pablo abrió los ojos sorprendido; a Gabriela no se le había podido ocurrir peor excusa para salir del paso. —Me alegro mucho de conocerte; no sabíamos que Pablo... En fin, cariño, —dijo la madre de Pablo tomando a Gabriela de la mano— estaríamos encantados de que pasado mañana vinieras a comer con nosotros; así nos conocemos mejor.

—Será un placer, señora Concha; gracias por la invitación.

Nada más subir al coche, Pablo le lanzó la acusación. —¿No tenías una idea mejor?

—Y qué querías, ¿les decía que soy tu loquera?

Pablo guardó silencio pues Gabriela estaba en lo cierto.

—Tranquila, hablaré con mi madre; no es necesario que vengas a comer con nosotros.

—¿Y si me apetece?

Pablo sonrió; algo que no le había visto hacer en todo el día. —Y dime, «Jingle Bells», ¿cuál era el plan para hoy? —Imagino que no abriste la bolita número seis. —Imaginas bien.

— «Deja que la luz de la Navidad te ilumine» Pablo puso caras raras. Gabriela se lo aclaró:

—Quería que fuéramos a ver el encendido de luces del mercado de Navidad; pero mejor lo dejamos para mañana.

—Lo prefiero.

—De verdad, siento muchísimo la muerte de tu hermano. ¿Qué sucedió?

—Un accidente de tráfico. «Jingle Bells»... no quiero hablar del tema, de

verdad. Pablo la llevó hasta su casa y se despidió de ella. —Gracias, de todo corazón —se sinceró Pablo.

—No te iba a dejar pasar solo por esto. Me importas; ya te lo he dicho.

—Sí. Y también recuerdo que me has besado —le refrescó la memoria con una sonrisa. —No lo tengas muy en cuenta —Gabriela le sacó la lengua —, te he dado una bofetada; era para compensar.

Pablo le dio un beso de despedida en la frente. —Puede usted besarme tantas veces como desee, pequeña «Jingle Bells».

Pablo se despertó cerca de las seis de la madrugada, con un sabor agridulce en la boca. Había soñado con Sebastián. En su mundo onírico, estaban echando unas canastas. Sebas iba perdiendo y eso le molestaba porque, de los dos hermanos, él era el más competitivo. Siempre había sido el primero en todo: de hecho, fue el primero en llegar al mundo, aunque solo fuera por dos minutos de diferencia.

—Tienes mucha suerte, Pablo —le decía.

—No es cuestión de suerte, chaval; tengo mejor puntería que tú, reconócelo. —No me refiero a eso y lo sabes. Eres un hombre con suerte; tienes toda una vida por delante. ¡Aprovéchala! Vive, Pablo, disfruta, cumple tus sueños y no sufras más por mí.

Pablo se despertó sobresaltado. Fueron solo unas décimas de segundos las que tardó en comprender que todo había sido un sueño, un dulce sueño; y que Sebastián ya no formaba parte de este mundo. Se levantó y se lavó la cara. Luego fue a la cocina a prepararse un café y, recordado el sueño sonrió.

—Al menos sé que nos veremos en sueños, hermano —dijo en voz alta, esperando que Sebastián, allá en donde estuviera, llegara a oírlo. Gabriela llevó a Julia a la cafetería de Anne; habían quedado allí con Pablo para desayudar churros con chocolate.

—Mensaje para el día séptimo —leyó Pablo—. « En Navidad sé el doble de generoso con los demás».

—¿Vamos a lanzar monedas a los transeúntes, «Jingle Bells»?

—Me da la sensación de que no te tomas muy en serio esto del calendario de adviento, ¿verdad? —le recriminó Gabriela.

—Yo solo he venido por el desayuno.

En esos momentos llegó Anne con sus chocolates y una bandeja de churros.

—¿Quién es esta niña tan guapa? —preguntó Anne nada más ver a Julia.
—Es mi sobrina —respondió Gabriela orgullosa. —Soy Julia.

Y abrió su bolso para sacar su tarjeta personal de las princesas Disney, rubricada por ella misma. A Anne le hizo mucha gracia.

—¿Eres doctora?

—¡Sí! Como mi tía.

Pablo no quería que Anne supiera la relación que tenía con Gabriela, e inmediatamente cortó a la niña.

—¡Es la pequeña «Freud»! Venga Julia, prueba el chocolate que se te está enfriando.

Gabriela se llevó un churro a la boca y Pablo la miró embobado.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —protestó Gabriela—. Me estás poniendo nerviosa.

—Me encanta verte comer; realmente disfrutas de ese pequeño placer de la vida.

—Es que me gusta muchísimo el chocolate —dijo con la boca llena.

—Acabas de perder todo tu encanto. Julia se rio al ver cómo a su tía le chorreaba el chocolate por la comisura de los labios. Cuando se hubo limpiado la boca, expuso el planning del día.

—Iremos a correos a llevar las cartas de Papá Noel, de los Reyes y las felicitaciones navideñas. —¡Bien! —exclamó Julia—. «Peter Pan» te dejaste...

Gabriela le dio un pellizco a Julia para que se callara; no quería que Pablo supiera que tenía la felicitación de Martina, de lo contrario no le dejaría enviarla. Gabriela ya tenía un plan trazado: le pediría la dirección a la señora Concha, su supuesta suegra.

—Después llevaremos los juguetes viejos de Julia a la casa de beneficencia y yo me cortaré el pelo. Pablo la miró extrañado.

—¿Por qué? Me encanta tu pelo... Además, cuando te pones esas telas escocesas, pareces una «Highlander».

—Pero lo voy a donar porque hoy es el día de la doble generosidad; con

ese pelo harán pelucas que, a su vez, donarán a las personas enfermas de cáncer.

—Espero que no se les contagie tu locura.

—Muy gracioso... ¿Y tú; cuál va a ser tu buena acción del día?

—Repartir monedas entre los transeúntes. Cuando acabaron de desayunar, se despidieron de Anne y salieron por la puerta; encabezando Julia la comitiva, seguida de su tía y Pablo.

—Gabriela —la llamó Anne—, te dejás los guantes. Gabriela se dio la vuelta y chocó contra Pablo, justo debajo del muérdago.

—Pero ¿qué haces en medio? —protestó ella. —Usted perdone, la iba siguiendo.

—Déjame pasar.

—Estáis debajo del muérdago —observó Julia emocionada.

Anne se acercó con los guantes y repitió las mismas palabras que la niña.

—Estáis debajo del muérdago... ya sabéis lo que eso significa.

—No te voy a besar —afirmó Gabriela.

—Pero si somos novios... —dijo Pablo para convencerla.

—¿Sois novios? —preguntó sorprendida Anne. —Pero cómo van a ser novios... Gabriela no dejó que la niña terminara de hablar; estiró a Pablo de la bufanda y acercó su boca a la suya, entregándose a un beso pasional que duró más de lo que tenía previsto. Gabriela perdió la noción del tiempo y, solo cuando escuchó hablar de nuevo a Julia, fue consciente de lo que estaba haciendo.

—¡Arrea! Pues si son novios de verdad.

—Recuérdame que compre muérdago para mi casa —dijo Pablo sonriente.

—¡Enhorabuena chicos! —les felicitó Anne—. No sabéis lo feliz que me hace esta noticia.

—Gracias Anne —respondió Gabriela apurada—. ¡Ale! Vamos que tenemos muchas cosas que hacer. Pablo las llevó hasta la oficina de correos más cercana. Por el camino le explicaron a Julia que eran novios de mentiras, porque absolutamente nadie podía saber que Gabriela era su psicóloga.

—¿Entonces te puedo llamar tito Pablo?

—Suena mucho mejor que «Peter Pan».

Cuando Julia le entregó al señor de correos las cartas, su cara fue de circunstancias.

—Aquí pone que hay que enviarla al Polo Norte. ¿Estás segura?

—¡Pues claro! —contestó Julia impaciente—. ¿Dónde cree usted que vive Papá Noel?

—Envíelo a Laponia —añadió Pablo—. No importan los gastos de envío. —Ya... ¿y ésta? La envío a Belén, ¿no?

—¡Sí! —contestó Julia molesta—. Ahí es en donde vieron a los Reyes Magos por última vez.

—Como quieran...

El señor de correos hizo lo que se le pedía, pese a que le parecía un absurdo. Después acudieron a la casa de beneficencia, a llevar los juguetes viejos de Julia.

—¿No te da pena deshacerte de ellos? —le dijo Pablo.

—No; yo ya soy mayor para jugar con peluches y hay niños que no tienen juguetes. Yo solo quiero un perrito y un maletín médico.

—Cielo, sabes que eso no puede ser —le explicó Gabriela—; tu mami tiene alergia al pelo de los animales.

Julia se enfadó y se cruzó de brazos; no entendía muy bien eso de la alergia.

—¡Jooo! Pero es que yo quiero un perrito.

—¿Y uno de juguete no te gustaría? —intentó convencerla Gabriela.

—Es que no es lo mismo; un perro de juguete no tiene alma.

—¿Qué tienes que decir a eso «Jingle Bells»? La niña había dejado a ambos sin palabras; ¿cómo podían rebatir eso? —Tienes razón, Julia —dijo Gabriela acariciando sus rizos—, pero mamá se pondría malita si tuvieras un perrito en casa; tú no quieres eso, ¿verdad?

Julia se puso muy triste.

—Entonces, ¿cuándo mami se ponga bien de su alergia podré tener un perrito?

—¡Claro!

A Gabriela le pareció muy cruel explicarle a la niña que una alergia podía mejorar, pero jamás se curaba. Julia ya había hecho su gesto de generosidad; era el turno de Gabriela. En el mismo centro había una peluquería con precios muy asequibles para parados, y gratuita para la gente sin hogar. Por solo cinco euros, le cortaron el pelo a Gabriela y se encargaron de entregar las trenzas donadas, a la asociación contra el cáncer. La peluquera le dejó una melenita pelirroja, a la altura de los hombros, que al perder peso se rizaba en las puntas; Gabriela parecía mucho más joven si cabía.

—Estás preciosa —se le escapó a Pablo nada más verla.

—¡Vaya! Gracias, me has alagado; eso ha sido muy generoso por tu parte. Digamos que ya has cumplido tu cometido en el día de hoy.

—No ha sido un gesto de generosidad; solo digo la verdad.

—Tía, ¡estás guapísima! Pareces una chica de anuncio.

—Julia tiene razón: eres chica de portada. Pablo sacó su móvil y le hizo una foto; después los tres se hicieron varios selfies, junto al árbol de Navidad. El mercadillo navideño encendía sus luces a las seis de la tarde y Julia no quería perderselo.

—Mira tito Pablo, ahí venden muérdago... para que os deis muchos besitos —se rio la niña muy ocurrente.

—No más besos —le advirtió Gabriela a Pablo.

Entonces Julia salió corriendo y Gabriela la perdió de vista.

—Julia... ¡Julia!

—Tranquila, está allí —le señaló Pablo.

Había mucha gente y a Gabriela no le gustó ni un pelo que la niña se separara de ellos y sin avisar. Estaba en un puesto en el que vendían perritos. Al verlos salió corriendo porque quería coger a uno de ellos entre sus brazos.

—Es tan bonito... —le dijo a su tía.

Pero Gabriela estaba muy enfadada por el susto que se había llevado. — Julia, no vuelvas a hacerme esto en tu vida. ¿Está claro? Dame la mano y no te separes de nuestro lado, bajo ningún concepto.

—Sí, tía.

A la niña se le escapó una lágrima. El señor que vendía los cachorros les ofreció uno.

—Son gratis. Los tuvo mi Canela y yo no los puedo cuidar. ¿No quiere uno para la niña?

—No puede tener animales —contestó Gabriela— pero gracias.

—Yo sí quiero uno —dijo Pablo—. Julia, ¿cuál te ha gustado? A Julia se le iluminó la cara; no podía creer que Pablo se fuera a llevar un perrito. Gabriela, por el contrario, lo miraba entre sorprendida y molesta; él, conociéndola, le dio una explicación:

—No me mires así, es mi gesto de generosidad. —Me gustan todos los perritos, pero ese de ahí es muy gracioso porque tiene manchas y parece una vaca, ¡¡jeje!! —decidió Julia emocionada.

El señor les entregó el perrito y Julia le dio las gracias. Pablo quiso pagarle, pero el señor no lo aceptó.

—Por favor, tómelo como un donativo por el esfuerzo que está haciendo en buscarles un hogar a todos estos cachorros.

—Gracias.

El señor tomó el dinero de Pablo y a cambio les regaló una correa algo vieja y desgastada; pero lo que importaba era el detalle.

—Yo cuidaré de él, Julia —le dijo Pablo—. Puedes venir a verlo las veces que quieras.

—Gracias tito Pablo. Julia le dio un beso en la mejilla que conmocionó a Pablo por completo. Hacía mucho que no sentía ese tipo de sensaciones. Había estado solo durante mucho tiempo y esa niña se estaba adueñando de su corazón, así como lo hacía su tía. Pablo tenía miedo, mucho miedo... Porque todo lo que quería, acababa por perderlo.

—¿Qué nombre le vas a poner?

—No sé...

—Sebas y yo teníamos un perrito —le contó Pablo—. Le pusimos de nombre Scooby Doo por unos dibujos animados que hacían en aquella época; eran nuestros favoritos. Pero un día Scooby se perdió en el parque y jamás lo volvimos a ver.

—¡Qué pena! ¿Quieres que lo llamemos Scooby? —Me parece buena idea.

Gabriela les hizo una foto para immortalizar el momento en el que Pablo

y Julia adoptaban a Scooby. Fue una tarde inolvidable para los tres, perdón, para los cuatro; especialmente para Pablo, que volvía a sentir la sensación de formar parte de algo.

Pablo llevaba toda la mañana nervioso, pensando en la comida en casa de sus padres. ¿Y si descubrían la mentira? Era mucho peor que haberles ocultado desde un principio lo del infarto; ahora además se había inventado una novia. Le escribió a Carla para asegurarse de que le había enviado a su madre un ramo de flores por su santo, como cada año. Por supuesto, lo había hecho; su secretaria era muy eficaz.

«Jefe, ¿puedo llamarte? Hay novedades importantes».

La empresa de Covadonga había contratado a Art Invictus para la nueva campaña 2018.

—¿Ha preguntado por mí? —Bueno, quiso saber por qué tú no te encargabas de su proyecto, como siempre, y el boca-chancla de Garrido le contó todo.

—¡Mierda!

—Lo siento, jefe.

—Tranquila, Carla; no es culpa tuya. Gracias por contármelo.

Abrió su correo, pero no tenía nada importante; Covadonga tampoco le había escrito. Era de esperar... Había quedado con Gabriela a las doce y media; todavía faltaban diez minutos, tiempo suficiente para abrir la bolita del día ocho de diciembre, (antes de que ella se lo recordara). «Da gracias al Señor por las bendiciones

recibidas»

Llamaron a la puerta; era ella que se había adelantado.

—«Jingle Bells», ¿se puede saber qué significa esto? ¿Quieres que me ordene sacerdote? —Bueno, es que las frases las saqué de internet... Da gracias a la vida por lo que tienes, y ya está. ¿Nos vamos? Estoy impaciente por conocer a tus padres.

Y lo decía de corazón; tenía un montón de preguntas que hacerle a la señora Concha, que de seguro le ayudaría a devolverle a su hijo la paz y el amor que necesitaba.

—Yo también estoy impaciente —ironizó Pablo.

Fueron andando hasta el parque, pues el sol acompañaba al día festivo, y así de paso Scooby hacía sus necesidades. El cachorro, que era muy juguetón, no hacía más que engancharse en los pompones que Gabriela llevaba en los calcetines.

—Le gustan mis pompones —observó divertida. —Claro, te ha confundido con una colegiala —se burló Pablo.

—Ya te estás metiendo con mi ropa...

Gabriela llevaba unos calcetines blancos hasta las rodillas, con unos zapatos negros de hebilla. —¿No tienes frío?

—Llevo medias debajo.

Pablo le tocó el muslo para comprobarlo y Gabriela le dio un manotazo para apartarlo.

—¡Eh! No te propases conmigo, chaval.

—Pero si somos novios...

—De mentiras, ¡no lo olvides! Ya sé que soy irresistible... —le sacó la lengua— pero contente que soy tu psicóloga.

—¿Qué llevas debajo?

Gabriela se ruborizó pensando que se refería a su ropa interior. —¿Te has ruborizado? —se rio Pablo—. No me lo puedo creer... ¿No te habrás puesto una de esas faldas escocesas que te coses con la tela de tus ancestros?

—¿Cómo sabes...?

Efectivamente, Gabriela llevaba una falda de cuadros bajo el chaquetón rojo.

—¿Lo he adivinado? Pablo se rio a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas. Hacía tanto tiempo que no se reía así de a gusto, que ya no recordaba lo placentera que resultaba esa sensación.

—¿Se ha portado bien? —preguntó Gabriela refiriéndose a Scooby—. ¿No extraña la casa?

—Es un campeón. De hecho, me he levantado varias veces a ver cómo estaba... y dormía plácidamente. ¿Y su dueña? ¿No ha dicho de venir a verlo?

—Se la han llevado mis padres; hoy comían en casa de mi tía.

—Siento si te he hecho cambiar tus planes... de verdad que no hacía falta...

—Pablo —le interrumpió Gabriela—, te repito que voy a comer con tus padres porque yo quiero. Me apetece, ¿vale?

—Gracias. Por cierto, si mi madre pregunta cómo nos conocimos, le diremos que en la cafetería de Anne, hace tres semanas. Fue amor a primera vista, un flechazo y todo ese rollo de las novelas románticas.

—Veo que crees seriamente en el amor —ironizó Gabriela.

—¡Ah! Y tú eres diseñadora de ropa rara; por nada del mundo pueden saber que eres mi psicóloga. Cuando te vean con eso puesto resultará creíble; pareces descendiente de los McDonalds.

A Pablo volvió a entrarle otro de sus ataques de risa, pero esta vez Gabriela no compartió su buen humor; le lanzó una mirada asesina bastante evidente.

—Me he pasado un poco, ¿no?

—Te he mandado a la mierda mentalmente; espero que lo hayas sentido.

—Perdón, retiro lo de los McDonalds. Llegaron a casa de los padres de Pablo. La propiedad no era excesivamente grande, pero tenía jardín en la parte trasera, dos pisos y un pequeño balcón superior. Como era de esperar, la casa presentaba un aire lúgubre y por supuesto, ni rastro del ambiente navideño. Todavía se sentía en las paredes esa sensación de duelo. Pablo abrió con su llave e invitó a Gabriela y a Scooby a pasar.

—Voy a sacarlo al jardín; no quiero que mi madre se moleste con el intruso.

Luego llamó a sus padres para anunciarles su llegada. —Mamá, papá... ya estamos aquí.

Enseguida acudió la señora Concha a recibirlos.

—¡Hola cielo! —saludó a Pablo afectuosamente—. Tu padre está en su despacho, con sus soldaditos; ya sabes.

Luego se dirigió a Gabriela para aclararle que el señor Mendoza era aficionado a pintar soldaditos; tenía una exposición montada en lo que un día fue el bajo del kiosco.

—Cariño, gracias por haber venido. Tengo ganas de hablar contigo y que nos conozcamos mejor —se dieron dos besos—. Pero quítate la chaqueta y la colgamos.

Gabriela le entregó el abrigo a su supuesta suegra, y ésta lo colgó en el recibidor. Pablo hizo lo mismo, conteniendo la risa y cantando por lo bajito: «Colegiala, colegiala, colegiala no seas tan coqueta». Gabriela sacó un paquete del bolso y se lo entregó a Concha.

—Felicidades por su santo.

—Gracias, cariño; no me lo esperaba. ¿Verdad que es un bonito detalle, hijo? Pablo estaba absolutamente sorprendido; Gabriela era única.

—¡Ah! Por cierto, recibí tu ramo de flores; ¡precioso! Dale las gracias a Carla.

Pablo puso cara de me han pillado.

—¡Feliz santo, mamá!

Su madre le dio un fuerte abrazo pues estaba feliz; por primera vez en mucho tiempo veía a Pablo sonreír.

—No importa, hijo, lo que cuenta es la intención. Luego desenvolvió el regalo de Gabriela y se alegró mucho al ver que se trataba de un pañuelo de seda. —Gracias, cariño; tienes un gusto impecable, no hay más que ver lo mona que vas vestida. Pablo no pudo contener la risa por más tiempo. —Pues su hijo opina que me compro la ropa en una tienda de disfraces.

—¿Y él qué sabrá? Si de verdad, todavía no me creo que seas su novia...

Gabriela y Pablo pusieron cara de circunstancias; ¿los habrían descubierto?

—¡Por fin una chica que me gusta! —exclamó Concha ilusionada.

—Vaya... ¡gracias!

—¡Venga! Pasad a la cocina; vamos a tomarnos algo mientras termino de hacer la comida. Ambos obedecieron a la señora Concha. Como quería quedarse a solas con Gabriela, oportunamente se deshizo de su hijo.

—Pablo, ve a buscar a tu padre; dile que en media hora la mesa está puesta.

Pablo miró a Gabriela preocupado, pero ella, con un gesto, le restó importancia; estaba todo controlado, nada podía salir mal.

—Cariño, perdóname por recibirte en la cocina, pero estoy acabando la comida.

Concha le sirvió un refresco a Gabriela y fue directa al grano. —Pablo

no nos había hablado de ti. De hecho, no sabíamos ni que tenía novia; desde que Covadonga lo dejó, ya no nos cuentas sus cosas.

—¿Sabe qué pasó entre ellos?

—Por favor, tutéame, cariño. Poco sé al respecto... pero esa chica no era para él. Nosotros somos gente humilde y ella es rica; de esas personas que te miran por encima del hombro, ¿sabes a lo que me refiero? No es que fuera mala chica; pero estaba cambiando a mi Pablo y eso no me gustaba. Mi hijo ya no es el mismo desde... bueno, desde que murió su hermano.

La señora Concha perdió la compostura y rompió a llorar.

—A veces siento que en el mismo día perdí a mis dos hijos. Gabriela no sabía qué hacer; las lágrimas de Concha le conmovían tanto, que a punto estuvo ella de ponerse a llorar. Finalmente hizo lo único que se le ocurrió: abrazarla.

—Perdóname, cariño. No quería ponerme así.

—No te preocupes; entiendo tu dolor y no sabes cuánto lo siento.

—Pablo estaba muy unido a Sebastián. De los dos, era el más dependiente. Dicen que los gemelos tienen un vínculo invisible que jamás se rompe. Empiezo a creer que es verdad; Pablo no asume la pérdida de su hermano. Se siente incompleto y a veces creo que él ha decidido dejar de vivir.

Gabriela pensó que, si supiera lo del infarto, la señora Concha acabaría de hundirse.

—Entonces, ¿eran gemelos?

Empezaba a entender tantas cosas... pobre Pablo; lo que debía estar sufriendo.

—Después de comer te enseñaré el álbum de fotos. —¿Y Martina? —se atrevió a preguntar Gabriela—. ¿Qué pasa con Martina?

Concha volvió a llorar desconsolada, justo cuando Pablo entraba en la cocina de buen talante. —Mamá, voy a la cafetería de Anne a por unos pasteles; creo que hoy abría hasta medio día. Concha intentó disimular limpiándose las lágrimas con la manga, pero Pablo se dio cuenta de que algo estaba pasando.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, cielo; solo que estoy emocionada de que al fin hayas encontrado a tu pareja de vida. Eso entristeció a Pablo porque cuando su madre descubriera toda la verdad, sufriría doblemente. Habían intentado curar una herida ocasionándole otra; definitivamente no había sido un buen plan.

—Podrías llevarte a Scooby —sugirió Gabriela que no sabía qué otra cosa decir.

Pablo hizo eso mismo y Gabriela se ofreció voluntaria para preparar la mesa. Llevó los cubiertos y los platos en una bandeja.

—Coge los vasos del aparador —le indicó Concha desde la cocina.

Gabriela hizo lo que se le ordenaba. Vio unas fotografías sobre el aparador y se quedó observándolas. Pablo y Sebastián eran gemelos idénticos: los mismos ojos de color avellana, el pelo negro como la noche, hasta el mismo peinado... Entonces llegó Concha con la jarra de agua y la dejó sobre la mesa.

—Eran tan iguales que a veces hasta a mí me costaba diferenciarlos.

—Éste de aquí es Pablo —le señaló Gabriela en la fotografía—, no se sonríen igual.

Concha miró a Gabriela sorprendida y luego sonrió; algo que hacía con muy poca frecuencia.

—Realmente quieres a mi hijo —dijo acariciando su mejilla. Gabriela quedó desconcertada; ella no quería a Pablo. Bueno, sí, lo quería como a un buen amigo, pero no en el sentido que Concha se figuraba. ¿O sí? ¿Qué sentía por Pablo realmente? Gabriela reparó en otra fotografía en la que aparecía una niña junto a Sebastián. Tan parecida a él que no le cupo duda de quién se trataba.

—Así que esta de aquí es Martina...

—Mi preciosa nieta.

Concha besó la fotografía con lágrimas en los ojos. —La echo tanto de menos... tanto...

—¿Qué pasó?

—Pablo le dijo cosas muy feas a Elvira, la madre de Martina. Por eso ella nos prohibió ver a la niña. Mi hijo tiene razón porque lo que ella hizo fue horrible; pero estamos pagando un precio muy caro.

—No te preocupes, Concha. Yo te voy a ayudar a que veas de nuevo a tu nieta, pero necesito que me ayudes con una cosita...

El señor Mendoza, Álvaro, que así se llamaba, abandonó su fuerte para subir a comer. Gabriela contabilizó las veces que lo había escuchado hablar en toda la comida y fueron tres frases exactamente. De hecho, la comida fue tan silenciosa que, según el dicho: había pasado un ejército de ángeles celestiales.

—Voy a preparar el café —dijo la señora Concha.

Gabriela se ofreció a ayudarla y mientras, Pablo retiró los cubiertos de la mesa. Sirvieron las tartaletas de limón que había comprado Pablo.

—Son regalo de Anne, dice que mañana te espera para almorzar — Pablo le transmitió a su madre el mensaje de su amiga.

—Hijo, yo sé que no quieres hablar del tema, pero... —Si vas a hablarme de Elvira, la respuesta es no, madre.

Concha agachó la cabeza afligida y murmuró: —Es Navidad; me gustaría ver a mi nieta, aunque solo fueran cinco minutos.

—No es culpa mía que no la veas. —¿Y tú? ¿No quieres verla? ¿Tan pronto te olvidaste de Martina?

Concha rompió a llorar. El señor Mendoza se levantó de la mesa y se retiró.

—Estaré en mi fuerte. Muchacha...

Era un hombre escaso en palabras y no supo qué añadir.

—... ven cuando quieras; ésta es tu casa.

—Gracias.

Gabriela intentó consolar a su suegra y Pablo se paseó por el comedor nervioso. —Lo siento, mamá. Claro que echo a Martina de menos; pero no pienso rebajarme al nivel de esa zorra. Ella ha insultado la memoria de mi hermano. Jamás la voy a perdonar. Necesito que me dé el aire.

Dicho esto, cogió su abrigo y salió por la puerta. —Cariño, ve con él.

—Pero...

—Tranquila, estaré bien. Ahora quien me preocupa es mi hijo; a ti te escuchará.

Gabriela le dio un beso en la frente a la señora Concha y se despidió de

ella. Luego cogió a Scooby, se puso el abrigo y salió a buscar a Pablo por el parque. Era más grande de lo que en un principio parecía. Después de dar varias vueltas, Gabriela pensó en ir a casa de Pablo por si había decidido regresar sin esperarla. Entonces lo vio, solitario en un banco.

—¿Qué es eso tan horrible que hizo la tal Elvira? —Se volvió a casar; siete meses después de enterrar a su marido.

—Sí que es zorra, sí...

Pablo la miró sorprendido; luego le regaló una sonrisa. —Yo tampoco la perdonaría. La cuestión es, ¿realmente tienes que hacerlo para poder ver a Martina?

—¿Te puedes creer que eran amantes cuando mi hermano todavía estaba vivo? Es que ni siquiera intentó disimular... Podía haber fingido un poquito, aunque solo fuera por respeto a su hija —siguió diciendo Pablo cabreado.

—Pablo, mírame —Gabriela lo tomó de la barbilla y le obligó a mirarla —, ¿quieres ver a Martina?

—Sí.

Resbaló una lágrima por sus mejillas.

—Cuando miro a Julia me acuerdo tanto de ella... Es mi ahijada. Sebastián siempre decía que había heredado mi carácter en vez del suyo. La echo tanto de menos que duele.

—Pues entonces, no perdones a Elvira si no quieres, pero debes tolerar su presencia si ese es el precio a pagar por tener de nuevo a Martina. Yo te voy a ayudar.

—Gracias.

Pablo abrazó a Gabriela y se sintió reconfortado. Empezaba a creer que esa preciosa pelirroja, un poco chiflada, realmente podría curar su corazón herido.

Gabriela miró una vez más el whatsApp de

Pablo. Le había enviado una foto del mensaje que contenía la bolita del día nueve.

«La Navidad es tiempo de perdón y amor» Lo cierto es que no podía haber sido más acertado.

«Mira que te gusta meter el dedo en la llaga "Jingle Bells"».

Gabriela se ponía nerviosa cada vez que recibía un mensaje suyo, aunque fuera en tono de burla. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué era eso que sentía?

«Me llamo Gabriela. El perdón es un proceso largo; empieza por perdonarte a ti mismo».

«¡Anda! Quítate los cuernos de reno de la cabeza porque te aprietan».

Gabriela miró la hora y ya llegaba tarde al cole de Julia.

—Jeni, ¿tengo visitas esta tarde? La ayudante de Gabriela se estaba comiendo unas galletitas digestivas, la mar de a gusto. Miró la agenda y confirmó que tenía una visita a las siete y media de la tarde.

—¡Uff! ¡Qué rollo! Dile que me ha surgido un imprevisto; pásala al lunes. Y te tomas el resto de la tarde libre.

—Gracias, jefa; eres la más guay.

—¡Ah! Y Jeni, aunque sean digestivas, también engordan; modera su consumo. Jeni puso cara de hastío y tiró la galleta a la basura. Cuando Gabriela llegó al colegio, Julia la estaba esperando junto a su profesora.

—Perdón... perdón. Siento muchísimo el retraso.

—Tranquila, Gabriela —le dijo la profesora de Julia—, solo han pasado cinco minutos. Por cierto, Julia lleva en la mochila las entradas para el festival navideño, y una circular acerca del vestuario.

—Gracias, Rebeca; buen fin de semana.

—Igualmente, chicas.

—Tía, ¿puedo invitar a Pablo a mi festival? —Claro, mi amor.

—¿Y podemos ir a ver a Scooby?

—Me parece una excelente idea.

Gabriela no lo iba a reconocer, pero era la excusa que estaba esperando para volver a ver a Pablo. Él, mientras tanto, se paseaba nervioso por el salón de su casa, mirando el móvil una y otra vez.

—No me ha contestado, ¿se habrá ofendido? —pensó Pablo en voz alta.

Empezó a considerar la idea de que tal vez se había pasado un poquito con ella. Llamaron a la puerta y corrió a abrirla, esperando que fuera ella.

—«Jingle Bells» me extrañaba...

Pablo se quedó sin palabras al ver quién había parado frente a él.

—Supongo que no me esperabas... Uno de tus vecinos me abrió la puerta del patio. —¡Hola Covadonga! —saludó Pablo sorprendido. —¿No me vas invitar a pasar? —preguntó ella. —Pasa, por favor; estás en tu casa.

No llegaron a vivir juntos, pero si bien es cierto que ella pasaba largas temporadas allí instalada. —Te dejaste unas cosas... Voy a por ellas... Pablo no sabía cómo actuar; se sentía culpable y eso que había sido ella quien rompió la relación.

—No he venido a buscar nada; seguro que no eran cosas importantes pues ni las recuerdo. Carla me contó lo de tu infarto y solo quería asegurarme que estabas bien.

—Lo estoy.

Llamaron a la puerta desde el interfono y Pablo fue a abrir. Eran Gabriela y la niña. ¡Mierda! Lo último que deseaba es que se cruzaran con su exnovia.

—¿Esperabas visita? Siento haber sido inoportuna. —No, Covadonga; no eres inoportuna ni esperaba a nadie.

Entonces se oyó abrirse la puerta del ascensor y llamaron a su puerta. Pablo abrió con el pensamiento de «que sea lo que Dios quiera». Julia entró como un vendaval, seguida por Gabriela. —¡Holaaa, tito Pablo! ¿Dónde está Scooby? He venido a jugar con él. ¡Ah! Y a invitarte a mi festival navideño.

Covadonga se quedó mirando a la niña con cara de asco; abría y cerraba las fosas nasales, como un toro cuando está a punto de embestir. No se le pasó por alto el hecho de que la niña había llamado «tito» a Pablo. ¿Y quién era la pelirroja? Covadonga estaba celosa pues, si bien había dejado a Pablo, no fue por falta de amor; había comprendido que lo mejor era dejarlo libre pues con todo el dolor de su corazón, aceptó que Pablo no la quería del mismo modo que ella lo hacía.

—Perdón por llegar sin avisar —se disculpó Gabriela—, no sabíamos que tenías visita.

Gabriela analizó a Covadonga detenidamente. Era alta y excesivamente delgada. Igual también lo parecía porque vestía toda de oscuro. Impolutamente peinada, exudaba olor a dinero por cada poro de su piel. Sin duda, era una mujer muy elegante... pero también fría. A Gabriela le dio un

repelús nada más verla pues, sabía perfectamente de quién se trataba.

—No te preocupes; yo ya me iba.

Pablo las presentó; era lo correcto en esos casos, aunque la tensión que se respiraba en el ambiente, podía cortarse con un cuchillo.

—Ella es Covadonga —dijo Pablo—, una antigua amiga.

Covadonga volvió a aletear las fosas nasales; había descendido a la categoría de amiga y eso no le gustó.

—Yo soy Julia; mucho gusto.

Sacando de su mochila su particular tarjeta de presentación, saludó a Covadonga.

—Gabriela, mucho gusto —se dieron dos besos de lo más incómodos.

—Bueno... yo me tengo que ir. Covadonga quería despedirse pero, por otro lado, quería saber más, mucho más acerca de esa niña y de la mujer. Miró la tarjeta de la pequeña y supo lo que tenía que hacer: los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, o al menos eso dice el dicho popular.

—Así que eres doctora —le preguntó a Julia. —Sí, como mi tía.

Pablo y Gabriela se miraron asustados; por nada del mundo Covadonga podía descubrir la verdad, pues a Pablo le resultaría humillante. Gabriela rio nerviosa.

—Yo soy la doctora juguetes; curo a todos sus muñecos enfermos.

De no ser por la situación; Pablo hasta se hubiera reído.

—Es diseñadora —añadió él—; tiene su propia tienda online. Gabriela lo fulminó con la mirada; cada vez eran más las mentiras que iban tejiendo y eso no podía llevarlos a un buen final.

—Mi tía y Pablo son novios —proclamó Julia a los cuatro vientos— ¡y se van a casar!

Pablo y Gabriela reprobaron a Julia con una simple mirada. Covadonga aleteó nuevamente las fosas nasales. Aquella noticia le dolía y enfurecía a partes iguales; no podía ser que esa chiquilla pelirroja que vestía ridícula, fuera mejor que ella. Debía tratarse de una broma cruel del destino.

—Enhorabuena —dijo sin ningún atisbo de sentimientos.

Ya tenía sus respuestas, así pues, se despidió brevemente y abandonó el piso de Pablo, con todo el dolor de su alma.

—Cariño —le recriminó Gabriela a su sobrina—, no puedes ir diciéndole a todo el mundo que Pablo y yo nos vamos a casar. Sé que no está bien decir mentiras y que te hemos puesto en un compromiso al guardar nuestro secreto; pero simplemente tienes que hacer eso, Julia: callar y dejar que los mayores resuelvan sus conflictos.

—¡Genial «Jingle Bells»! —ironizó Pablo—. Le dices a la niña que mentir es incorrecto y a la vez la conviertes en nuestra cómplice.

—Es por un bien superior —protestó Gabriela—, además te recuerdo que lo hago únicamente por salvar tu culo, y todavía no me queda muy claro el porqué.

—¡Tengo una idea! —a Julia se le iluminó la cara—. Si os hacéis novios de verdad, ya no estaréis diciendo mentiras.

Tanto Pablo como Gabriela se quedaron sin palabras.

—Julia —Pablo desvió la conversación rápidamente—, ¿y mi invitación al festival dónde está?

Julia sacó de su mochila una entrada y se la dio a Pablo.

—Quiero que vengas al festival de mi cole. —Será un placer, señorita.

Julia se rio entusiasmada.

—¿Quieres ver cómo lo hago?

—¡Claro!

Gabriela y Pablo tomaron asiento en el sofá y mientras Julia sacó la pandereta de su mochila; tomó posición en medio del salón y se preparó para actuar ante ellos.

«¿Qué te pasa que estás triste? Te hace falta Navidad. Te invito a ser feliz, te hace falta Navidad. ¡Feliz Navidad para todos! ¡Feliz Navidad para todos! En mi familia y en todo el mundo. ¡Feliz Navidad para todos!».

—¡Venga! —les animó Julia—. Cantad conmigo el estribillo.

Gabriela y Pablo la acompañaron al compás de las palmas, siguiendo el son de su pandereta. «¡Feliz Navidad para todos! ¡Feliz Navidad para todos!».

De pronto se escuchó un estruendo y Pablo sospechó inmediatamente de qué se trataba. —¡Ups! Dejé a Scooby en la galería y seguro que la ha liado. Efectivamente, Scooby había volcado el bombo de la ropa sucia y estaba

jugando con ella, destrozando así los calcetines de Pablo.

—¡Scooby para! —le ordenó Pablo.

Pero el cachorro seguía jugando con sus pertenencias. —Tito, creo que necesita juguetes —le sugirió Julia. —¡Es la hora de las compras! —proclamó Gabriela.

Le compraron un montón de cosas a Scooby: juguetes, una correa nueva, comida, una camita y hasta un traje de Papá Noel para que no pasara frío cuando saliera a pasear. Gabriela se ofreció a compartir gastos, ya que el perrito había sido un capricho de su sobrina, pero Pablo no se lo permitió. Volvieron a casa dando un paseo; así aprovechaban para que Scooby disfrutara de un poco de libertad.

—Tito Pablo, ¿quién era esa señora que estaba en tu casa? —preguntó Julia intrigada—. Me parece que es una bruja —confesó en un susurro.

—¡¡Julia!! Eso que has dicho está muy feo —le recriminó Gabriela.

—Es que hacía así con la nariz —Julia imitó a Covadonga—, y eso es lo que hacen las brujas cuando dicen: «Aquí huele a niño».

Pablo, para sorpresa de Gabriela, se rio con la ocurrencia de la niña.

—Era mi novia.

Julia se tapó la cara sorprendida; cayó en la cuenta de que había metido la pata por completo. —¿Y te ibas a casar con ella? Gabriela miró a Pablo intrigada; aunque había preguntado la niña, ella tenía mucha curiosidad por conocer la respuesta pues, por alguna razón que desconocía, Covadonga había despertado unos celos desmedidos en ella.

—Pues... No, nunca hablamos de boda.

—Entonces... no erais novios de verdad —utilizó Julia su lógica—. Mejor, porque sigo pensando que es una bruja y te hubiera convertido en sapo.

—¡Julia, ya está bien! —Gabriela se cabreó de verdad—. Al final te voy a castigar.

Pablo se rio y salió en defensa de la pequeña. —«Jingle Bells» no seas dura con ella; igual me he librado de convertirme en sapo. —Lo siento, Pablo, te lo juro. Me sabe fatal haberte puesto en esta situación con tu ex novia. Ahora pensará...

—¡Eh, eh! ¡Para! Me da igual lo que piense; ella me dejó. Fin de la historia.

No era del todo cierto, pues a Pablo le seguía doliendo, pero el pasado solo era eso: pasado. El futuro lo tenía delante de sus narices y le gustaba mucho más.

Julia se despertó muy temprano para ser sábado, pero estaba impaciente porque su tía le había prometido que llamaría a sus papás. Fue andando de puntillas hasta el calendario de adviento que estaba sobre la chimenea y abrió la bolita del día décimo. Se comió la chocolatina, pero seguía teniendo mucha hambre así que decidió comerse también la del día once... y ya de paso sacó la chocolatina del día doce.

—Julia... ¿qué estás haciendo?

—¡Ups! Me has pillado.

Julia le dio un beso a su tía y un abrazo de oso. —No me gusta que vayas descalza.

—Tía —Julia puso voz melosa y le hizo ojitos—, ¿llamas a mis papis?

—Después de desayunar, aunque creo que ya tienes esa barriguita llena de chocolate —le recriminó Gabriela tocándole la tripita.

Julia se rio y Gabriela aprovechó para hacerle cosquillas. Mientras tanto, Pablo, al otro lado de la ciudad, salía a correr con Scooby. Había descubierto una nueva ruta por la que transitaban muchos corredores (o runners como ahora le gustaba decir a la gente), acompañadas por sus mascotas caninas. Recibió un whatsApp y lo abrió con una sonrisa, esperando que fuera de Gabriela.

«¿Te apetece ir de compras?».

Sí, efectivamente era de ella.

«Me apetece».

«¡Vale! Pues nos vemos en media hora».

Un montón de iconos besucones llegaron después.

—Scooby, —le dijo al perro— cambio de planes; volvemos a casa pues tengo una cita con la pelirroja chiflada.

No era exactamente una cita, pero igualmente le hacía ilusión. Pasó por la cafetería de Anne y le pidió su desayuno para llevar. Luego se dio una

ducha rápida, mientras esperaba a Gabriela. Los abuelos paternos de Julia se la iban a llevar al circo; la pequeña estaba entusiasmada con la idea y se había puesto su vestido favorito. Hasta le pidió a Gabriela que le hiciera una trenza igualita a la de Elsa.

—¡Estás guapísima, princesa!

—Yo quería ir contigo al circo —Julia hizo pucheritos. —Te prometo que otro día irás conmigo, ¿vale? —¡Vale!

Chocaron sus manos para cerrar el trato.

—Y ahora vamos a llamar a mis papás.

Gabriela marcó el número de su hermana; había quedado en telefonarle sobre esa hora.

—¡Hola mami! —¡Mi princesa! —Candela contuvo las lágrimas—. ¿Cómo estás? Te echo tanto de menos...

—Bien, mami; me voy al circo con los abuelitos. Yo también os echo de menos ¡muchísimo! ¿Cuándo venís?

—Pronto, muy pronto mi vida.

Candela no pudo contener más el llanto y le pasó el teléfono a su esposo.

—¿Cómo está mi niña bonita? —¡Papiiii! ¿Sabes que la tía ya tiene novio? —Julia se rio—. Se llama Pablo y me ha comprado un perrito.

—¡Julia! —Gabriela le recriminó a su sobrina. —Buenoooo, no es un novio de verdad...

—Dame el teléfono, Julia. —le pidió Gabriela.

Después le explicó a su cuñado que Pablo no era su novio en realidad. Éste, mientras tanto, descubría el mensaje que contenía la bolita número diez y sonrió comiéndose la chocolatina.

«Cree en el milagro de la Navidad»

Era muy típico de ella; Pablo se preguntaba en dónde estaba el secreto para que fuera siempre tan entusiasta. A los pocos minutos llegó a buscarlo.

—¿Vamos a hacer milagros, «Jingle Bells»? —Al menos lo intentaremos. ¡Vamos! Hoy seremos los elfos de Papá Noel.

Pablo miró sus medias rojas y esas botas con cascabeles y pensó que ya iba vestida de duende, pero no quiso ser malo y omitió el comentario. Gabriela compró el maletín médico de la doctora juguetes para Julia. Libros,

perfumes y ropa para el resto de su familia.

—Mira Pablo, estos guantes seguro que le gustarían a tu madre; además puedes escribir en el móvil sin quitártelos porque son táctiles. ¿A que son chulos?

Pablo los cogió y estuvo observándolos un rato. —Sí, creo que a mi madre le gustarán; se lo diré a Carla.

—¿A Carla? ¿A tu secretaria? —preguntó indignada—. ¿Tu secretaria te hace las compras navideñas? ¡Qué fuerte!

Gabriela cogió los guantes y le ordenó a Pablo que llamara a su secretaria y le librara de ese compromiso que, por otro lado, nada tenía que ver con su trabajo.

—Es que soy un hombre muy ocupado.

—¡Estás de baja! ¿Nadie te ha explicado nunca que los regalos son personales? Lo importante no es el objeto, es la acción. Un regalo está en las manos de quien lo entrega, el resto es solo material.

—Lección aprendida «Jingle Bells», acepto la reprimenda.

—Y ahora vamos a comprarle un buen regalo a Carla; se lo merece por tener un jefe tan abusivo. Gabriela le sacó la lengua y Pablo no pudo rebatirla pues, estaba en lo cierto. Hasta ese momento no fue consciente de lo mucho que Carla hacía por él, y no había sabido agradecersele nunca. Para el padre de Álvaro compraron un libro sobre soldados de la Segunda Guerra Mundial, y para Carla una taza con mensaje: «Eres la mejor y lo sabes». Aunque fuera un tópico, también le compró bombones.

—A las mujeres siempre nos gustan los dulces, aunque nos neguemos a reconocerlo —dijo Gabriela—. Y a Martina, ¿no va a traerle nada Papá Noel?

—En mi casa no celebramos al gordito vestido de rojo; eso es una americanada y nosotros somos muy tradicionales: celebramos solo Reyes.

—Santa Claus es un personaje legendario y lo celebran en muchas culturas. Dicen que su origen se basa en la figura de San Nicolás, que traía regalos a los niños la noche del día veinticuatro de diciembre. Y no me desvíes el tema; vamos a comprarle un regalo a Martina y punto en boca.

—Pero... —Pablo quería protestar, pero Gabriela no le dejó.

—He dicho punto en boca. Gabriela intentó que Pablo le hablara de los

gustos de su sobrina, pero tal como se lo había ordenado, hizo voto de silencio. Finalmente se decidió por un kit de maquillaje de Ladybug.

—Todas las niñas son coquetas por naturaleza. Salieron del centro comercial cargados de bolsas.

—Si lo llego a saber venimos en coche —Pablo rompió su silencio.

—Es que el centro está muy mal para aparcar. —Hay parking...

—Pero quiero que me acompañes a otro sitio...

Llegaron hasta una administración de lotería en la cual, la cola, llegaba hasta la esquina.

—No querrás hacer esa cola, ¿verdad? Se pueden comprar los décimos por internet, ¿lo sabías? —Y te pierdes la magia de la Navidad.

—Lo que nos vamos a perder es media hora de cola. Finalmente se hizo lo que Gabriela quería.

—¿Lo compramos a medias? Así compartimos nuestra suerte.

—Como quieras; no nos va a tocar, la suerte me abandonó hace tiempo. —¡Hombre de poca fe! Mejor elijo yo el número. —Sí, será lo mejor.

Compraron su décimo y fueron dando un paseo hasta su destino misterioso.

—¿Un hospital? —se sorprendió Pablo— ¿Vamos a repartir regalos en un hospital? —No exactamente... Vamos a ver a mi hermana. Pablo se quedó sin palabras.

—¿Tu hermana no estaba de viaje?

Conforme lo manifestó en voz alta, se dio cuenta de su estupidez. Se hubiera dado de cabezazos contra la pared por haber estado tan ciego. Entraron en la habitación que había al final del pasillo de la quinta planta.

—Pablo, ésta es Candela, mi hermana —Gabriela los presentó.

Sentada en la cama, había una chica muy parecida a la pequeña Julia. Estaba demacrada y cansada, pero le brillaban los ojos con ilusión. Le saludó con una sonrisa.

—Es un gusto conocerte; mi hija habla mucho de ti. —Espero que bien; el gusto es mío —le respondió Pablo.

—Te quiere mucho y dice que le has comprado un perrito.

—Lo hemos adoptado juntos.

Pablo no podía dejar de mirarlo preocupado y estaba siendo muy evidente.

—No me mires así —le sonrió Candela— no me estoy muriendo.

Se le había caído el pelo con la quimio y su tez era muy pálida.

—Lo siento... es que Julia me dijo que estabas de viaje.

—Y menudo viaje, ¿eh, hermanita? —rió Candela tristemente.

—Un viaje de vuelta a casa; ya lo verás.

Gabriela le dio un beso en la frente a su hermana y un abrazo suave por miedo a hacerle daño. —Os dejo solas, chicas. Creo que tenéis mucho de qué hablar. —Gracias —dijo Candela.

—Te busco en la cafetería —añadió Gabriela.

Pablo se despidió de ambas y se fue a tomar un café, aunque lo que más necesitaba era una tila. Había estado compadeciéndose por la muerte de su hermano cuando... Gabriela podía perder a su hermana. Veinte minutos más tarde, ella fue a buscarlo.

—Lo siento.

Pablo le dio un abrazo y ella se permitió llorar por primera vez, delante de él.

—Va a ponerse bien, lo sé; es mi milagro.

—Todo es posible en Navidad «Jingle Bells»; tú me lo enseñaste. Luego tomó el rostro de Gabriela entre sus manos y le dio un dulce beso, pero no se trataba de un beso de consuelo, era mucho más que eso, era un beso nacido del corazón.

Gabriela se desveló a las seis de la mañana; no

se tenía que haber tomado ese último café antes de acostarse. Se preparó una infusión relajante y fue hasta el comedor para sentarse cómodamente en el sofá, a leer una de esas novelas románticas que tanto le gustaban. Entonces reparó en el dibujo que Julia había dejado sobre la chimenea falsa. Eran ella y sus papás junto a un montón de regalos y un árbol de Navidad. No le gustaba mentir a la niña, cada día le costaba más, por eso igual no podía dormir, su mala conciencia no le dejaba; pero todo fue tan repentino... Y Candela se lo pidió, no quería que su hija supiera en dónde se encontraba. De hecho, todo el plan lo había trazado su propia hermana. El único inconveniente es que ese

viaje no tenía fecha de vuelta. Un día fue a su revisión con el alergólogo y le descubrieron un pólipo nasal que, tras varias pruebas, descubrieron que se trataba de un tumor maligno que había que extirpar urgentemente. Todo fue muy rápido, la operación, la quimioterapia... Candela en todo ese tiempo no había salido del hospital. Ahora solo quedaba rezar para que las últimas pruebas salieran bien y regresara pronto a casa.

—¿Ya es de día? —preguntó Julia somnolienta. —No, princesa; y no vayas descalza que te puedes constipar. Ven, siéntate conmigo.

Julia se tumbó en el sofá junto a su tía y se taparon con la manta.

—Tía, ¿cuándo volverán mis papás? Los echo mucho de menos y me gustaría que vinieran a mi festival.

—Si Dios quiere, muy pronto, cielo. Ahora duérmete porque todavía no ha salido el sol.

Julia se durmió entre los brazos de Gabriela, con la promesa de que sus papás muy pronto regresarían. Pablo se despertó asustado al escuchar ruidos extraños en el comedor. Cogió la raqueta de paddel y sigilosamente fue hasta el comedor para pillar a los ladrones in fraganti.

—¡No te muevas! —le gritó al intruso.

Scooby ladró. Había tirado el árbol de Navidad al suelo, intentando arrancar sin éxito las bolas navideñas.

—Scooby... menudo susto me has dado.

Vio cómo levantaba la pata trasera y sus claras intenciones.

—¡Ni se te ocurra! Corre a la galería. Pero Scooby se meó allí mismo, destrozando el parque. ¿Quién le mandaría a él adoptar un perro? Ya eran más de las nueve de la mañana, por lo visto se le habían pegado las sábanas. Se preparó un café y abrió la bolita número once.

«El mejor adorno navideño es una sonrisa»

Por una vez, «Jingle Bells» estaba en lo cierto. Guardó todas las bolas navideñas pues así Scooby no armaría más desastres intentando comérselas. Recibió un mensaje de Covadonga y se sintió culpable porque igual tenía que haberle llamado él para darle una explicación; aunque todavía no tenía claro que se la mereciera.

«¿Podemos quedar a tomar un café? Finalmente, no pudimos hablar y

creo que aún nos quedan cosas que decirnos».

Covadonga siempre había sido clara, directa y tajante. No pudo evitar compararla con Gabriela y sus millones de iconos besucones; Covadonga, por el contrario, jamás los utilizaba. Quedó con ella por la tarde, en la cafetería de Anne. Pablo llegó puntual a su cita, pero Covadonga, como siempre, llegó veinte minutos más tarde. Era patológico en ella hacerse esperar, igual de ese modo se sentía más importante.

—¿Estás esperando a Gabriela? —le preguntó Anne. —No.

—¿Qué vas a querer?

—Estoy esperando a alguien.

—Vale, luego me paso.

En todo el día no había tenido noticias de Gabriela; le escribió para saber de ella.

«Voy a una exposición de belenes con Julia, ¿te vienes?».

«¡Vale!».

Lo dijo sin pensar que en esos momentos estaba esperando a Covadonga.

«Está cerca de tu barrio. ¿Nos vemos en media hora?». «Os espero en la cafetería de Anne».

Al rato llegó Covadonga; se dieron dos besos y tomó asiento.

—¿Pedimos?

—Lo que quieras... no tengo mucha hambre.

Vino Anne a tomarles nota y puso cara de acelga al ver a Covadonga.

—¿Qué vais a querer?

—Un capuchino y un cruasán —pidió Pablo. —Yo una infusión de té rojo, nada más.

—Gracias, Anne —concluyó Pablo.

No podía dejar de pensar en el comentario de Julia y Pablo observaba detenidamente a Covadonga, esperando que moviera la nariz; pero no lo hizo.

—Me pareció muy guapa tu novia, aunque no es el tipo de mujer que necesitas. No me mal interpretes...

—Gabriela es fantástica tal y como es.

—No lo dudo... ¿de verdad te vas a casar con ella? En cuatro años de

relación jamás si quiera te lo planteaste conmigo.

—Covadonga yo... te pido perdón si no estuve a la altura; puede que no fuera lo que tú necesitabas, y por eso fuiste lista y acabaste con nuestra relación.

—Si te dejé, Pablo, no fue porque no te amara; al contrario, te quería... —aunque no fuera del todo cierto— tanto que comprendí que debía dejarte ir porque tú no me amabas del mismo modo. Cuando murió tu hermano supe que te había perdido para siempre. Ahora te veo y... ¿eres feliz?

¿Cómo respondía a esa pregunta?

—La felicidad es algo muy relativo. De verdad lo siento; nunca quise hacerte daño, Covadonga; pero tú me dejaste cuando más te necesitaba y eso dolió.

—Entonces estamos en tablas; ambos nos hicimos mucho daño.

—Puede que ninguno de los dos sepamos amar. —¿Podemos ser amigos? Ya que vamos a seguir trabajando juntos, es lo menos que podemos hacer. —Por supuesto.

Julia entró como un vendaval en la cafetería y se dirigió al mostrador.

—¡Hola Anne! ¿Has hecho «coulants»? —le preguntó Julia.

—Sí, princesa.

Julia aplaudió y se relamió a la vez, pensando en su merienda.

—Tía, Anne ha dicho que tiene «coulants». Pero Gabriela estaba ausente; su mirada no podía apartarse de esa pareja de la mesa junto a la ventana: eran Pablo y su exnovia, la bruja como decía Julia. La pequeña también los vio.

—¡Tito Pablo! ¿No te has traído a Scooby?

Julia corrió a sentarse junto a su tito de mentiras. Entonces Covadonga cambió de actitud y aleteó las fosas nasales. Pablo lo percibió y, de no ser por lo incómodo de la situación, hasta se hubiera reído. Gabriela se acercó a la mesa cautelosa y saludó a ambos. Covadonga se percató del saludo tan frío que se había dado la pareja.

—No sabía que estabas ocupado, lo siento —se disculpó Gabriela— no suelo ser tan inoportuna. —Vamos a ver belenes —dijo Julia entusiasmada.

—Será mejor que dejemos a Pablo que siga hablando con Covadonga de... sus cosas. Y nosotras nos vamos a ver la exposición.

—Pero tía, yo quiero «coulants».

—No puede ser Julia; llegamos tarde.

—Gabriela, espera —la retuvo Pablo—, te he dicho que os acompañaba.

—Creo que la que se va soy yo —dijo Covadonga levantándose de la mesa.

—De ninguna manera, vosotros seguís a lo vuestro

—dijo Gabriela—. Julia, ¡vámonos!

—¡Jopeeee!

La niña salió delante de ella de mal humor; Pablo se levantó y las acompañó hasta la puerta.

—Gracias; aunque de verdad te digo que me apetecía más ver los belenes. —Pablo, sé sincero —le aconsejó Gabriela—, dile la verdad y no te pido que lo hagas por ella, hazlo por ti; te lo mereces.

—¿No me vas a dar un beso?

—No, ya te he dicho que...

Pero Pablo no le dejó acabar, le dio un beso que ansiaba desde que la vio llegar.

—Estábamos debajo del muérdago. Covadonga, al fondo de la cafetería, aleteó las fosas nasales. Puede que esa mujer fuera todo lo contrario a ella, puede que no estuviera a la altura de Pablo, puede incluso que hubiera anhelado que todo lo del compromiso fuera mentira, pero después de lo que había visto, era obvio que Pablo la quería. Después de despedir a las chicas, regresó a la mesa junto a Covadonga.

—No tenías por qué quedarte, de verdad —le dijo Covadonga—, podíamos habernos visto otro día, sin interrupciones a ser posible.

—Covadonga, ya nos hemos hecho mucho daño, como bien has dicho. Debo sincerarme contigo; Gabriela no es mi novia, es mi psicóloga.

Covadonga sonrió levemente. Fue una sonrisa tan imperceptible que Pablo apenas la percibió. Ante ella se abrían nuevas posibilidades; Gabriela y él no eran pareja y, por mucho que Pablo se hubiera ilusionado con esa chica, ella no iba a permitir que estuvieran juntos, no ahora que había decidido

luchar por el amor de Pablo. Covadonga Sorribes jamás perdía, jamás se daba por vencida... jamás. «Que no te falte un deseo esta Navidad»

Pablo se quedó pensando... ¿qué deseaba? Lo que le gustaría realmente era del todo imposible; Sebas no iba a resucitar de entre los muertos. Scooby entró corriendo en la cocina peleándose con un calcetín de Pablo.

—¡Scooby! ¡Perro malo!

Ambos pelearon por el calcetín. Le habían comprado juguetes, pero el bandido solo se entretenía con la ropa interior de Pablo o los adornos navideños. Chantajeó al animal y le cambió una bola navideña por el calcetín.

Gabriela dejó a Julia en el colegio y fue a la cafetería de Anne a comprar el desayuno; quería sorprender a Pablo.

—Ven, cielo —le dijo Anne—, siéntate que tenemos que hablar.

Gabriela no quería perder mucho tiempo pues temía no encontrar a Pablo en casa si se retrasaba mucho, ya que no le había avisado de su visita pues quería sorprenderlo; pero no quiso ser descortés con la mujer.

—Dime, Anne.

—¿Sabes quién era la mujer de ayer?

—Sí, Covadonga, la exnovia de Pablo.

—Pues ándate con mucho ojo porque esa «estirada» te lo quiere levantar, y delante de tus narices. —No lo creo.

Gabriela se vio en la necesidad de confesarse, no podía soportar el peso de tanta mentira. —¿Me guardas un secreto? Prometí cuidar de Pablo y voy a hacerlo, pero para eso fue necesaria una «pequeña» mentira. No somos novios; soy su psicóloga.

Anne la miró atónita, pero como no la interrumpía, siguió hablando.

—Hace un mes, Pablo sufrió un infarto. En estos momentos está de baja laboral; su empresa lo remitió a mi clínica para que lo tratara.

—¡Dios mío! No sabía que Pablito estuviera tan mal. Anne tomó a Gabriela de las manos y le dijo:

—Sea cual sea la razón por la que llegaste a su vida, lo importante es que ahora estás a su lado; eres el milagro que Pablo tanto necesitaba. Cariño, puede que no seáis novios de verdad, pero también te digo que en vosotros he visto amor auténtico; no todo es mentira.

Pablo abrió a Gabriela que, para sorpresa suya, iba cargada con una caja de cruasanes de la cafetería de Anne.

—«Monsieur, votre petit-déjeuner» —ofreció Gabriela con una reverencia.

Pablo se rio:

—«Jingle Bells», nunca dejas de sorprenderme. Gabriela reparó enseguida en el estado deplorable que lucía el árbol de Navidad.

—¿Qué le ha pasado a tu árbol?

Pablo señaló al culpable, que se estaba comiendo una bola navideña.

—Deberíamos haberle llamado «Scrooge» porque odia la Navidad. Gabriela se rio, pues el cachorro estaba muy gracioso, y sospechaba que Pablo y él tenían una extraña relación amor-odio. Pablo preparó unos cafés y se comieron esos estupendos cruasanes de mantequilla que había llevado Gabriela.

—Dime «Jingle Bells» ¿cuál es el plan para hoy? ¿Cumplir deseos?

—No exactamente... —dijo chupándose el dedo. El cruasán de Gabriela estaba relleno de chocolate, que se salía a cada bocado.

—¿Sabes que la gula es un pecado capital? —Un pecado es tener hambre y no querer comer por miedo a engordar. Pablo aceptó la réplica, Gabriela estaba en lo cierto; la dieta que le había impuesto el médico era un asco y, a fin de cuentas, él se encontraba bien. Le arrebató el cruasán a la pelirroja y le dio un buen bocado.

—¡Eh! Era mío...

Gabriela le sacó la lengua y cogió otro cruasán del plato; éste sin chocolate. —Vamos a escribir nuestra lista de deseos para el 2018.

—No deseo nada; total, basta que lo haga para que el universo conspira en mi contra.

Gabriela lo miró sorprendida.

—Eso es lo que se dice «espíritu navideño»; ahora entiendo a tu perro.

Pablo preparó folios y bolígrafos; ambos se sentaron a pensar.

—Segundo deseo de mi lista: viajar a París —apuntó Gabriela. —Te has saltado el primer deseo.

—No me lo he saltado.

Pablo le quitó la hoja y cotilleó lo que había puesto. «Que Candela se cure». Le cambió la expresión de la cara y le devolvió su hoja a Gabriela.

—Seguro que se cumple.

Luego escribió en su propia lista de deseos: «Que Candela se cure y vuelva pronto a casa».

—Gracias —le dijo Gabriela de corazón. —¿Cómo lo haces? Levantarte todos los días con una sonrisa; estar alegre con todo lo que te está pasando, ser tan positiva, aguantarme a mí...

—La última parte es la que más me está costando —bromeó Gabriela— Pues... lo cierto es que no me levanto sonriendo; al contrario, cada día me cuesta más, pero una vez dejé de sonreír y fue muy duro. Con dieciocho años caí en una depresión muy grande, por motivos que ahora me resultan absurdos; pero lo pasé mal. Mi psicóloga, Raquel, me ayudo a salir hacia delante. Ese fue el motivo principal por el que decidí estudiar psicología; me sentía en deuda con el universo y yo también quería ayudar a otras personas. Aprendí la importancia de no dejar de sonreír bajo ningún concepto; porque jamás en mi vida quiero volver a olvidar cómo se hace.

Pablo se había quedado sin palabras ante aquella confesión.

—«Jingle Bells», eres muy valiente.

—Bueno... no avanzamos con tu lista de deseos. Algún proyecto tendrás, ¿no?

Pablo apuntó su segundo deseo: «Trabajar en Nueva York».

Cuando Gabriela lo leyó, le cambió la cara; era imposible sonreír ante tal circunstancia.

—Estoy esperando un ascenso; de ser así, viviré en Nueva York.

—Pero, ¿y tu familia? Tus padres te necesitan y Martina... Por no decirle que ella también lo necesitaba. Sabía desde el principio que era una mala idea, pero no pudo evitar enamorarse de él. Y lo peor es que si se marchaba a Nueva York, lo perdería para siempre; aunque no se puede perder lo que nunca has tenido. Pablo recibió un whatsApp que leyó extrañado.

—Es de Elvira; han recibido la felicitación navideña y Martina quiere verme.

—Pablo, ¡eso es fantástico!

Gabriela se abalanzó sobre sus brazos.

—Voy a creer realmente que eres un elfo de Papá Noel; gracias «Jingle Bells».

Pablo le dio un suave beso en los labios. —No hagas eso —le advirtió Gabriela apartándose de él—; podrías acostumbrarte y no quiero interferir en tus planes.

Pablo puso cara de fastidio, pero pensó que seguiría haciéndolo porque era lo que más le gustaba.

—¿Me acompañarás a ver a Martina?

—Eso está hecho.

Recogieron a Gabriela a la salida del colegio, y fueron en metro hasta la casa de Elvira, pues dejaban subir animales sin el trasportín.

—¿A Elvira no le molestará que vayamos con perro?

—«Francamente, querida, me importa un bledo» — contestó Pablo emulando al mítico Rhett Buttler en «Lo que el viento se llevó».

Gabriela se rio y Pablo, en su fuero interno, deseaba con todas sus fuerzas que Scooby defecara en el salón de Elvira; eso sí sería justicia divina. Cuando Elvira les abrió la puerta, lo último que Pablo se esperaba, era verla en avanzado estado de gestación. Se quedó sin palabras y, tal era su indignación, que a punto estuvo de darse media vuelta y largarse.

—Gracias por haber venido; por favor, pasad. Así lo hicieron y, en vista de que Pablo había enmudecido, fue Gabriela quien habló.

—Encantada de conocerte; yo soy Gabriela, la novia de Pablo y ella es Julia, mi sobrina. Elvira se presentó y se dieron dos besos. Julia hizo lo propio con tarjeta de presentación incluida. —Perdona por venir con el perro; no teníamos dónde dejarlo.

—Tranquila, nosotros también tenemos una perrita. —Gracias por dejarme ver a Martina —Pablo rompió su silencio.

—Está en su habitación; ahora la llamo. Por favor, pasad al comedor. Siguieron a Elvira hasta la sala y ahí esperaron a Martina. Gabriela estaba preocupada pues percibió la rabia en los ojos de Pablo.

—Relájate; piensa en tu sobrina.

—¡Está embarazadísima! Solo hace un año que enterró a mi hermano,

¡maldita sea! Se ha dado mucha prisa, ¿no crees?

—Tito Pablo, ¿estás triste? —le preguntó Julia.

Entonces regresó Elvira, acompañada de Martina. Era muy alta y morena; el vivo retrato de Pablo y Sebastián. Al ver a su tío, abrió los ojos desmesuradamente y rompió a llorar.

—¡Hola Martina! —le saludó Pablo.

La niña salió corriendo y se encerró en su habitación. Pablo se enojó; no era el reencuentro que esperaba. Gabriela intentó darle consuelo tomándolo de la mano.

—Perdona Pablo —se disculpó Elvira—. Se ha sorprendido muchísimo pues Sebastián y tú erais idénticos, a mí también me resulta difícil asimilar su pérdida; te miro y aún duele más.

Elvira rompió a llorar, para sorpresa de todos. —Os dejo a solas para que habléis —propuso Gabriela—; Julia y yo vamos a jugar con Martina.

—Gracias —respondió Elvira entre lágrimas. —Pablo, sé lo que piensas de mí, pero al menos déjame explicarte.

A punto estuvo de replicar, pero si había ido hasta allí, era con ánimos de arreglar las cosas, no de empeorarlas.

—Explícate.

—Sebastián me había pedido el divorcio meses antes de su accidente. Dicho esto, le enseñó unos documentos que lo demostraban. Pablo los examinó; estaba sorprendido, pero eso no justificaba que ni tan siquiera le hubiera guardado luto.

—Ismael fue mi primer novio. Yo lo estaba pasando fatal con el proceso de nuestro divorcio, y él fue mi punto de apoyo.

—Lo que yo veo es que apoyó otra cosa —ironizó Pablo.

—No era mi intención volverme a casar, y menos después de todo el proceso de divorcio que no se llegó a consumar; pero las circunstancias mandaron, me quedé embarazada y no quería ser madre soltera. Ismael estaba dispuesto a compartir su vida con nosotras y con su hijo, que viene en camino.

—Lo siento, Elvira, pero sigue sonando igual de horrible. No obstante, no he venido a juzgarte; solo quiero recuperar a mi sobrina. Por mi parte y

por la de mi familia, puedes hacer con tu vida lo que te plazca.



115



Gabriela entró en la habitación de Martina, acompañada por Julia y Scooby.

—¿Podemos pasar?

La niña todavía lloraba, pero estaba intrigada por saber quiénes eran la mujer y la niña.

—Sí... pero el perro no; mi madre no deja que Lana entre en las habitaciones. Gabriela supuso que se refería a la perrita. Dejaron a Scooby en el pasillo y entraron en la habitación de Martina, tomando asiento en su cama, junto a ella.

—Yo soy Gabriela; la novia de tu tío Pablo. —Y yo Julia; encantadísima de conocerte.

Julia le tendió la mano y Martina se la estrechó tímidamente.

—¿Puedo darte un beso? —pregunto Gabriela— Tus abuelitos Concha y Álvaro me han encargado un montón de besos para ti. ¿Tienes ganas de verlos?

—Sí.

Martina se dejó besar por Gabriela.

—¿Ya no estás triste? —le preguntó Julia.

—Es que al ver a mi tío Pablo me acordé de papá — Martina volvió a llorar—. Lo echo muchísimo de menos.

Gabriela le dio un abrazo.

—Ven aquí, princesa; no quiero verte triste.

—Yo también echo mucho de menos a mis papás — dijo Julia—. Se fueron de viaje, pero no sé cuándo volverán.

—El problema es que mi papá no va a volver. —Cariño —le explicó Gabriela a su sobrina—, su papá está en el cielo.

—¡Ostras! Lo siento mucho, Martina. Si quieres Scooby y yo podemos jugar contigo; así no echarás tanto de menos a tu papá. Cuando yo estoy triste mi tía dice que cante para espantar mis penas.

—No me gusta cantar.

—¿Quieres jugar?

Martina encogió los hombros y Julia se lo tomó como un sí; tenía un montón de juguetes y aunque estuvieran horas y horas jugando, no llegarían a probarlos todos.

Cuando Elvira acabó su conversación con Pablo, preparó unos cafés y merienda para las niñas. Fue a buscarlas a la habitación y las encontró a las tres, tomando té junto a las muñecas.

—Veo que lo estáis pasando muy bien, pero... ¿no os apetece merendar de verdad?

—¡Sí! —contestó Julia— Empezaban a rugirme las tripitas.

—Pero tendrás morro —le regañó su tía—, si has merendado al salir del colegio.

—Y vuelvo a tener hambre...

—Mamá —dijo Martina—, ésta es mi nueva amiga Julia y ella mi tía

Gabriela. Entonces se asomó Pablo por el marco de la puerta. —¿Puedo merendar con vosotras?

Martina volvió a quedarse petrificada; luego corrió hacia su tío y se lanzó a sus brazos llorando. —Te quiero, Martina; nunca más me volveré a separar de ti.

Pablo estaba llorando; de hecho, a todos los allí presentes se les saltaron las lágrimas, incluso Scooby ladró como si entendiera lo que allí sucedía. Esa noche, en el cielo, una estrella brilló más que nunca.

Pablo cogió a Scooby y se fue dando un paseo hasta casa de sus padres. Estaba deseoso de hablarle a su madre sobre el reencuentro con Martina y la conversación con Elvira. No quiso decirle nada antes por si las cosas no salían bien y ahorrarle así una discusión.

—¡Hola, hijo! No te esperaba —lo recibió Concha con una sonrisa.

Pablo besó a su madre y luego preguntó por su progenitor.

—Se ha ido a comprar más soldaditos para pintar; los tiene a centenares, pero nunca se ve hartos. —Si es lo que le entretiene... Vamos a la cocina, mamá, y me invitas a un café; tengo algo que contarte.

—Vale, hijo, pero el perrito se va al jardín, que me deja el suelo perdido.

La señora Concha preparó unos cafés y sirvió unas pastas para acompañarlos; luego se sentó junto a su hijo para escuchar lo que éste le tenía que decir.

—Mamá, ¿sabes qué es lo que dice «Jingle Bells»? —¿Quién es esa?

—Perdón, Gabriela.

—¿Por qué llamas así a tu novia?

—Es un apelativo cariñoso; el caso es que ella dice que: «En Navidad se abren muchos caminos». Pablo repitió la misma frase que le había salido en el calendario de adviento ese día.

—Gabriela es una chica muy lista.

—Yo diría que más que eso. Ayer me escribió Elvira; había recibido mi felicitación navideña.

Concha sonrió.

—¿Así que lo sabías? —dijo Pablo cayendo en la cuenta de algo—. Tú eres la cómplice de Gabriela. —Bueno, alguien le tenía que dar la dirección.

¿Y qué te dijo, hijo? Cuéntame.

—Fuimos a ver a Martina. —¡No me lo puedo creer! —Concha se llevó las manos a la cara y rompió a llorar— ¿Cómo está mi niña?

—Está bien, mamá; tranquilízate. Nos echa mucho de menos, pero le he prometido que jamás volveremos a separarnos de ella.

—¿Cuándo voy a poder verla?

—Esta tarde vamos a llevarla al cine; se le ocurrió a Gabriela. Si todo sale bien, esperemos que venga a comer con nosotros este fin de semana.

—¡Ay, hijo! Qué alegría me acabas de dar. Concha abrazó a Pablo.

—Gracias, mil gracias; tengo que hablar con tu novia, esa chica es un ángel. Me alegro tanto de que hayas rehecho tu vida con ella... Me tenías muy preocupada; pensé que acabaría por perderte a ti también.

Pablo perdió su entusiasmo por segundos; cuando su madre supiera que Gabriela no era más que su psicóloga, se llevaría una gran decepción. Le habló del embarazo de Elvira y del asunto del divorcio; pero eso ensombreció a su madre y prefirió cambiar de tema.

—Le compramos un regalo a Martina; fue idea de Gabriela. Cuando quieras te llevo de compras navideñas; ¿no te gustaría que este año volviéramos a celebrar el día de Reyes? Igual puedo convencer a Elvira para que deje que Martina nos acompañe en ese día.

—¡Eso sería fantástico!

Concha le dio un beso a su hijo y le dio las gracias por regresar.

—Ahora sí eres mi Pablito. De camino a casa, Pablo recibió varias llamadas de Carla, preocupada porque la campaña que Garrido había presentado a la compañía de Covadonga era, palabras textuales: «una auténtica mierda».

—Pablo, han rechazado la propuesta; lo siento, pero vas a perder tu mejor cliente, por culpa de ese engreído de Garrido.

—Veo que os seguís llevando a la perfección.

Aunque Carla jamás lo reconocería, a los oídos de Pablo había llegado cierto rumor de que entre ellos había habido más que palabras.

—Hablaré con Garrido; quizás acepte alguna sugerencia ¿Podrías pasarme el proyecto que ha presentado?

—Si se entera me mata... ¡Qué demonios! Ahora mismo te lo envío por mail.

Pablo se rio; con tal de fastidiar a Garrido haría lo que fuera, y eso a él lo beneficiaba porque no estaba dispuesto a perder su mejor cliente.

Fueron en metro hasta casa de Martina y luego al cine dando un paseo. Iban a ver la última súper producción de Disney: «Coco». Gabriela eligió la película, pues decía que el mensaje que transmitía el film, ayudaría a Martina a asimilar la pérdida de su padre. Las niñas habían congeniado muy bien. Pese a que Martina era más tímida, Julia la animó a bailar con la música de los tráileres del principio. Sus asientos eran los de la última fila, por eso no molestaban a ningún espectador. Durante la película, a Martina se le escapó alguna que otra lágrima; por el contrario, Gabriela lloraba a moco tendido. Pablo no podía evitar reírse de ella.

—No veo qué te hace tanta gracia.

—Que los de las filas de delante se han girado varias veces para ver qué te pasaba... Es una película de dibujos y estás haciendo drama.

—Soy una persona con un alto nivel de empatización, ¿vale? No puedo controlar estas cosas.

—Toma —Pablo le pasó un pañuelo—, sécate las lágrimas que pareces un oso panda.

A la salida del cine, llevaron a las niñas a merendar a una hamburguesería.

—A mí me daba mucho miedo el dragón ese con cara de gato —dijo Julia.

—No era ni gato ni dragón —explicó Gabriela—, era un guía espiritual.

Pablo fue a realizar los pedidos y mientras Gabriela aprovechó para hablar con las niñas y saber qué conclusiones habían sacado de la película.

—¿Quién era Coco? —preguntó.

—La abuelita —dijo Julia.

—La más vieja —añadió Martina— la bisabuela de Miguel.

—¡Muy bien! ¿Os ha gustado la película?

—Un poco triste —contestó Martina afligida. —¿La habéis entendido?

Julia asintió con la cabeza y añadió:

—Si te mueres cruzas un puente de flores y vas a un sitio que siempre están de fiesta, cantando y bailando.

—Si te mueres —añadió Martina— vas al cielo; como mi papá. Y tu familia se acuerda mucho de ti.

—Mientras eso suceda, tu papá y toda esa gente que se fue al cielo, seguirá viva en los corazones de las personas que los aman.

Martina agachó la cabeza afligida.

—Yo quería decirle a mi papá que lo quiero mucho y lo extraño.

—Martina, mírame —le dijo Gabriela tomando su rostro—, aún puedes hacerlo; yo te ayudaré. Gabriela sacó una libretita de su bolso y se la entregó a Martina junto a un boli, para que escribiera todo aquello que quería decirle a su papá. Luego se acercó a la caja y le pidió un globo a la encargada.

—Ahora vamos a atar tu mensaje a este globo y lo soltaremos para que vuele alto, muy alto; hasta llegar al cielo.

Así lo hicieron; salieron los cuatro a la calle y Martina soltó su globo ilusionada, pues volaría alto, muy alto y llegaría hasta su papá. Cuando él leyera la nota en la que le decía lo mucho que lo ama y que nunca jamás lo olvidaría; su papá haría lo que Martina le estaba pidiendo: la visitaría en sueños. Esa noche, Martina cayó rendida en la cama y soñó, vaya si soñó. Puede que fuera producto de su imaginación o puede que no; el caso es que su papá regresó en sueños, solo para darle un beso. Gabriela había pasado otra noche en vela,

dándole vueltas a la cabeza. Pablo estaba aprendiendo a perdonar, poco a poco aceptaba la pérdida de su hermano y se había reconciliado con su sobrina. En cuestión de una semana se reincorporaría a su trabajo y entonces le darían el ascenso; de eso estaba casi segura. Entonces Pablo desaparecería de su vida para siempre. Si empezaba ya a aceptarlo, tal vez no doliera tanto... solo tal vez. Cuando dejó a Julia en el colegio, la profesora de la niña le pidió una tutoría.

—Sé la situación familiar que estáis viviendo.

Rebeca estaba al tanto de la enfermedad de su hermana, pero estaba preocupada por el bajo rendimiento escolar de Julia.

—No sabes lo que me duele oírte decir eso; ¿podríamos hacer esa reunión después de navidades? Intento centrar toda mi atención en Julia, pero te juro que ya no puedo con más cosas.

Rebeca se preocupó pues no era normal ver a Gabriela tan deprimida.

—¿Cómo está Candela?

—Hasta no tener los resultados de las últimas pruebas, no lo sabremos; pero no perdemos las esperanzas de que vuelva a casa por Navidad.

—Eso sería muy positivo para Julia; ojalá suceda. Hablamos después de navidades.

—Gracias.

Pablo había dormido pocas horas; desde que recibió el proyecto fallido de Garrido, no paraba de darle vueltas. Miles de ideas venían a su cabeza y sin ser consciente de lo que estaba haciendo, empezó a desarrollar su propio proyecto. Luego ya pensaría la forma de llevarlo a cabo. Cuando empezaron a rugirle las tripas, se preparó un café con galletas (lo único que había en su despensa), y lo acompañó con la chocolatina del día catorce.

«La Navidad es la ternura del pasado, el valor del presente y la esperanza del futuro»

Por una vez, no le pareció absurdo su mensaje. En su pasado hubo amor, pero ahora le tocaba ser valiente para construirse un futuro en el que volviera a sentirse dichoso, y lo estaba logrando; no perdía las esperanzas de que así fuera. Escribió a Gabriela para agradecerle una vez más, la tarde de cine.

«Me sorprende tanto agradecimiento, no es propio de ti ¿Ya se te ha contagiado el espíritu navideño?». «Desperté generoso. ¿Qué vamos a hacer hoy?».

«Voy al hospital a ver a mi hermana y luego tengo un paciente. ¿Vienes a comer a mi casa? Vamos a diseñar el mejor disfraz de todo el festival».

Pablo recibió una llamada de Covadonga; le dio las quejas por el nefasto proyecto que Garrido les había presentado.

—¿Por qué no vuelves a la empresa? —insistió Covadonga una vez más.

—No es decisión mía; ya te lo expliqué.

—¿Es por ese informe que tiene que firmar Gabriela?

—Tampoco; que me den el alta solo depende del médico de cabecera y me ha dicho que mínimo dos semanas más.

—Seré sincera, Pablo, hasta que no regreses no creo que sigamos trabajando con Art Invictus. —Covadonga, espera, se me ocurre algo...

Pablo le comentó su idea acerca de la campaña y le propuso a Covadonga que hablara con Garrido para llevarla a cabo. Ese idiota se

apuntaría un tanto, pero en esos momentos lo importante era que la compañía de Covadonga siguiera trabajando con su empresa.

Gabriela pasó por el hospital a ver a su hermana. Estaba su madre que había sustituido a su cuñado esa mañana.

—Siento no ser de mayor ayuda —se lamentó Gabriela.

—¡Qué dices! —le respondió Candela con lágrimas en los ojos—. Estás cuidando de mi hija; jamás te lo voy a agradecer lo suficiente.

—¿Ya sabes cuándo te darán los resultados de las pruebas?

—Mañana —respondió su madre entre pesarosa e ilusionada.

No sabían con lo que se iban a encontrar así que tampoco sabían cómo reaccionar.

—¿Qué te pasa, Gabriela? —le preguntó Candela—. No te brilla la mirada, ¿por qué estás triste?

Iba a responder: «¿por qué no estarlo?», pero esa no era la actitud; su frase del día había sido: «la Navidad es la esperanza del futuro» y tenía que demostrárselo a ella misma.

—Nada.

—Nada se llama mal de amores —dijo su madre—; te conoceré yo...

Su madre era muy parecida a ella, bajita, ojos verdes y un poquito entrada en carnes, propio de su edad. El pelo podía ser de cualquier color pues se lo cambiaba constantemente; aunque había sido morena hasta que empezó a pintar canas. Ahora lo llevaba rubio con mechadas rosadas.

—No tengo eso que tú dices.

—Tienes un novio de mentiras, al que quieres de verdad —puntualizó Candela.

—Hija, eres única para complicarte la vida. Para variar, su madre estaba en lo cierto; pero ya no había marcha atrás.

Cuando llegó a la clínica, Jeni le informó de que le esperaba una visita que no estaba concertada. —¿De quién se trata? Tengo a las once consulta con los Sánchez.

—Ni idea. Le he hecho pasar a tu despacho; espero que no te importe. Me recuerda mucho a una dragona porque aletea las fosas nasales así —Jeni la imitó.

—¡Oh, mierda! La bruja.

—Perdón, jefa; le tenía que haber dicho una mentirijilla.

—No te preocupes, Jeni, tengo cierta curiosidad por saber qué viene a decirme; pero en cuanto vengas los Sánchez me avisas.

—Vale, jefa.

Gabriela contó mentalmente hasta diez, tomó aire y entró en su despacho.

—¡Buenos días!

—Hola, Gabriela, gracias por recibirme —saludó fríamente Covadonga.

—Por favor, toma asiento. ¿Quieres un café? —No, gracias. Mi visita será breve. Pablo me contó todo; no es necesario que disimules conmigo. — Fui yo la que lo instó a que te dijera toda la verdad.

—Te lo agradezco. Me gustaría pedirte que, además, trates de convencerlo de que lo mejor sería que volviera conmigo. Eso le dará cierta estabilidad y contribuirá a su pronta recuperación.

La cara de Gabriela era indescriptible; eso sería lo último que haría en su vida.

—Lo siento, Covadonga, no voy a hacer tal cosa. Soy la psicóloga de Pablo, solo le aconsejo; no intervengo en sus decisiones.

—Pues aconséjale que lo mejor para su futuro soy yo.

Gabriela rio irónicamente. Se le ocurrían cuatro frescas que soltarle a esa bruja, dragona, mujer fría y prepotente; pero la duda hizo mella en su corazón ¿Y si Pablo realmente quería regresar con ella?

—Una pregunta, ¿no fuiste tú quién rompió vuestra relación?

—Un error que debo asumir; el cuál repararé muy pronto, con o sin tu ayuda.

Dicho esto, salió del despacho dando un portazo. —¡Bruja! ¡Dragona! ¡Asquerosa!

Al soltar todo tipo de improperios, se sintió mucho mejor. Enseguida entró Jeni a enterarse de todo.

—¿Quién era esa?

—La bruja del cuento de Navidad.

—Venga, jefa, suéltalo.

—La exnovia de Pablo; quiere recuperarlo al precio que sea.

Jeni no comprendía; hizo caras raras hasta caer en la cuenta.

—¿No me digas qué...?

Gritó y saltó por todo el despacho, gritándolo a los cuatro vientos:

—¡Te has enamorado de «Peter Pan»!

—No sé qué tiene eso de fantástico —dijo Gabriela con fastidio.

—El amor es fantástico por sí solo. Amar es el acto más maravilloso que existe ¡Venga, jefa! Se supone que tú eres la psicóloga.

—Se va a vivir a Nueva York.

—¡Ostras! Pues qué mal.

Jeni le ofreció una galleta de chocolate, eso sí, digestiva; no curaba el mal de amores, pero al menos consolaba.

Gabriela preparó la comida antes de que llegara Pablo. Había estado pensándolo y definitivamente no le hablaría a Pablo de la visita de su exnovia. Éste llegó puntual, acompañado de Scooby. Cuando Gabriela les abrió la puerta y el cachorro pisó la alfombra musical, empezó a saltar y ladrar al ritmo de la música.

—«Jingle Bells» vas a volver loco a mi perro. Ambos no podían dejar de reírse ante tal espectáculo.

—¡Pobre Scooby! Con lo poco que le gusta la Navidad...

Las palabras de Gabriela sonaron poco sinceras, pues se lo estaba pasando en grande. Finalmente, Pablo cogió a Scooby en brazos y saltó la alfombra musical.

Cuando acabaron de comer, Gabriela preparó la mesa de trabajo con todo el material que necesitaban para confeccionarle a Julia un disfraz de árbol navideño.

—¿Y no podía ir de Virgen María? —protestó Pablo— Es lo típico.

—Deja, deja... Que tengo un trauma con la Virgen del portal. En mi colegio hacíamos un belén viviente y todos los años me tocaba el mismo papel. Yo quería ser lavandera, como mi amiga Amparito, porque ser Virgen es muy aburrido.

—¡Ya te digo! —se rio Pablo.

—¡No seas mal pensado! —protestó Gabriela; luego siguió con su relato

—. Un año me puse en el río, como quien no quiere la cosa...Hasta que mi profesor, indignadísimo, vino a buscarme. «Gabriela, ¿qué haces en el río?». Y yo muy listilla, le respondí: «Lavarle los pañales al niño Jesús, que se ha hecho caca». Desde aquel día, no me dejaron salir más en las representaciones del belén viviente.

Pablo se rio; no le costaba demasiado imaginarse a Gabriela haciendo de las suyas.

—¡Venga! Manos a la obra. Tienes que pegar las bolas con silicona.

Gabriela había recortado en «goma eva» de purpurina, unos círculos que simulaban bolas navideñas; que iban pegadas a la falda de tul verde que llevaría Julia.

—Esto no tiene pinta de árbol navideño —protestó Pablo.

Gabriela le enseñó a Pablo cómo tenía que pegar los círculos y, una vez que éste le pilló el truco, ella se centró en hacer una diadema con forma de estrella.

—¡Au! ¡Mierda!

Pablo acababa de quemarse con la silicona. Gabriela se rio; era un poco quejica pues tampoco había sido para tanto.

—Eres un poquito torpe.

—Podías haber comprado el disfraz ya hecho; seguro que en esa tienda de disfraces en la que te compras la ropa, tenían algo que te sirviera.

—¡Qué gracioso! —ironizó Gabriela molesta—. Los disfraces que venden son horribles y entonces ya no tendría gracia; lo divertido es confeccionar tu propio disfraz.

—Si vuelves a reírte de mí o criticar mis habilidades artísticas, dispararé —amenazó Pablo apuntándole con la pistola de silicona.

—Vale... tregua.

Oyeron un estruendo en el comedor y fueron rápido a ver qué había ocurrido. El árbol de Navidad acababa de aterrizar en el suelo. Scooby estaba escondido debajo de la mesa, con una tira de espumillón en la boca; ya sabían quién había sido el culpable.

—¡Scooby fatal! —le reprendió Gabriela.

Pablo le ayudó a colocar el árbol de nuevo en su sitio. Por unos

segundos, se quedaron mirando fijamente el uno al otro y Gabriela entristeció.

—Si te vas a Nueva York, ¿qué harás con Scooby? —No había pensado en eso.

«Ni en eso ni en nadie; estaba siendo un completo egoísta», pensó Gabriela.

—¿De verdad quieres irte?

—Es algo con lo que llevo soñando mucho tiempo. Y tú, ¿por qué quieres ir a París?

—Porque es la ciudad del amor; estoy convencida que cuando vaya, me sucederá algo mágico. —Pues ojalá se te cumpla.

Gabriela no quería desearle que su sueño también se cumpliera, por eso cambió de tema.

—Es muy tarde, ¿me acompañas al colegio? Tengo que recoger a Julia.

Pablo se quedó esperando a que ella le dijera que no se fuera a Nueva York, pero eso era algo que ella jamás haría, por mucho que le doliera; ante todo era su psicóloga y no iba a interferir en sus decisiones.

«La Navidad no se trata de abrir regalos, se trata de abrir nuestro corazón»

Pablo leyó una vez más el mensaje; pero abrir su corazón de nuevo conllevaba que se lo volvieran a destrozar, y él no estaba dispuesto a sufrir nuevamente. Sintió un ligero dolor y se sentó. No iba a salir a correr en ese estado. El perro empezó a ladrar impaciente.

—Lo siento, Scooby; hoy no hay paseo.

Covadonga lo invitó a tomar café; quería hablarle del nuevo giro que había tomado la campaña publicitaria. Pablo, que no tenía nada mejor que hacer, aceptó. Quedaron en la cafetería de Anne. Cuando ésta los vio aparecer, se la llevaron los demonios. Intentó ignorar a Covadonga, dirigiéndose únicamente a Pablo.

—Tienes mal aspecto; ¿te encuentras bien? —Sí, Anne, no te preocupes.

Era mentira, había pasado muy mala noche y se encontraba regular, pero no quiso preocuparla.

—¿Qué vais a tomar?

—Lo de siempre, Anne. Gracias.

—Para mí una infusión.

En su libretita anotó «plantas venenosas», que era lo que le hubiera gustado servirle. A las mujeres de su clase las tenía bien caladas y ésta en concreto, no tramaba nada bueno.

—Vamos a aprobar la campaña que Garrido presentó con tu idea. Esta tarde nos reuniremos con ellos, pero quería que lo supieras. Aún estás a tiempo de reclamar lo que es tuyo.

—Confío en el equipo de Art Invictus; sabrán sacar el proyecto adelante.

—Antes no eras así; tan pasivo con tu trabajo. —Nunca antes había estado a punto de palmarla.

Covadonga pensó que había sido esa mujer quien lo había cambiado; pero se reservó el comentario pues no quería hablar de ella.

—Podríamos quedar a cenar el sábado para celebrarlo.

—Es la cena de empresa.

—¿Y el viernes?

—Le prometí a Julia que iría a ver su festival navideño.

—Pero tendrás que cenar, digo yo.

—Lo siento, Covadonga.

—Vale, entiendo que no quieres cenar conmigo — dijo aleteando las fosas nasales.

Entonces entró en la cafetería la señora Concha. Saludó a su amiga cariñosamente, hasta que ésta le señaló la mesa en la que se encontraba Pablo con su exnovia.

—¿Qué hace esa con mi Pablo?

—Nada bueno, porque tu hijo trae una cara...

—Pues te juro, Anne, que por encima de mi cadáver volverá a entrometerse en mi familia.

A la memoria de Concha venían imágenes de aquel último verano, en el que descubrió a la arpía besándose con Sebastián; amándose a escondidas en el trastero, como los dos traidores que eran. A nadie habló de aquel incidente más que a su amiga Anne, pues el peso de su conciencia era muy grande; ni siquiera su marido supo de aquella relación dañina. Sebastián le pidió a su

madre que no se entrometiera en su vida. Luego la muerte quiso un final distinto para su hijo. Recientemente supo lo del divorcio; su hijo estaba dispuesto a abandonar a su familia por culpa de esa loba. Ese secreto la estaba matando en vida; pero ya de nada servía revelarlo, se lo llevaría consigo a la tumba. Aunque una cosa tenía clara: quería a esa mujerzuela lejos de sus vidas; no estaba dispuesta a perder otro hijo por su culpa. Se acercó a la mesa en donde estaba Pablo acompañado por la arpía.

—¡Hola, cielo!

Saludó cariñosamente a su hijo y después a Covadonga, por educación.

—Encantada de volver a verte, Concha. Quería pasar uno de estos días a felicitaros las fiestas. —Gracias, querida, pero no es necesario —Concha fue tajante.

—Pablo, ¿puedes hablar con Elvira? He invitado a tu novia y su sobrina a merendar —remarcó las palabras para que a Covadonga le quedara claro— y me gustaría que estuviera Martina.

—Lo intentaré; pero tan precipitadamente, no sé si Elvira accederá.

Para sorpresa de todos, Elvira accedió pues la niña ya llevaba varios días pidiendo ver a sus abuelos. A parte, la última etapa de embarazo la llevaba muy mal y agradecía que por una tarde alguien se hiciera cargo de su hija, y la liberara de esa responsabilidad, para poder descansar un poco; apenas pegaba ojo por las noches. Pablo recogió a Martina a la salida del colegio y quedaron en verse en casa de sus padres. Julia y Gabriela fueron las primeras en llegar.

—¡Qué niña más guapa! —dijo la señora Concha al conocer a Julia—. Me han dicho que también encantadora.

Julia sacó su tarjeta de presentación y se la entregó a la madre de Pablo.

—Soy Julia, su sobrina —dijo señalando a su tía. La madre de Pablo sonrió al ver la tarjeta.

—Encantada, Julia; un pajarito me ha dicho que te encantan los «coulants».

—¡Sí! —exclamó relamiéndose.

—Ven a la cocina que tengo una sorpresa para ti.

No tardaron mucho en llegar Pablo y Martina, acompañados por

Scooby.

—¡Mamá! Ya hemos llegado.

La señora Concha se llevó las manos al pecho; estaba emocionada al pensar en el reencuentro con su nieta. Fue a recibirlos, pero no estaba preparada para una impresión tan fuerte. Martina se abalanzó en sus brazos, llorando.

—¡Abuelita!

—¡Ay, mi niña! Mi princesa, cuánto te he echado de menos.

Concha la llenó de besos y todos los allí presentes se emocionaron con el reencuentro entre la abuela y la nieta. Pasado el momento de emoción inicial, Concha saludó a su hijo y le dio las gracias por hacerla tan feliz.

—El perro no puede estar en la casa, me lo mearía todo.

—Abuelita, está nevando —le suplicó Martina— porfis, déjalo.

Concha no se pudo negar, así que Scooby se quedó en el salón.

—Hijo, tienes mala cara.

—Estoy bien —tosió— no te preocupes.

No resultó demasiado creíble pues las toses iban en aumento.

—Martina —dijo Julia—, tu abuela ha hecho galletitas que estás riquísimas.

—Pues tengo mucha hambre.

Las niñas se fueron a la cocina corriendo, mientras que Pablo y Gabriela se quedaron parados en mitad del pasillo, como dos quinceañeros.

—Os podéis besar y esas cosas —dijo Concha—, no soy tan antigua.

Gabriela enrojeció y Pablo se inclinó para darle un beso, pero ella lo detuvo posando un dedo en sus labios.

—Tienes una tos muy fea y temo que me pegues tus virus.

Dicho esto, le dio un casto beso en la mejilla. Pablo puso cara de fastidio, pero aceptó resignado que a Gabriela no le gustaba mucho que la besara. Gabriela miraba atónita a Pablo y a Concha, mientras daba sorbos a su taza de cacao. Estaban tan felices... Sin lugar a dudas, Martina era su mejor regalo de Navidad. Se quedó pensando en ese beso que no se habían dado. Claro que lo deseaba... pero no podían complicar más las cosas. Debía poner freno a sus sentimientos o de lo contrario... no quería ni pensarlo. Se

abrió la puerta de la calle y escucharon pasos por el pasillo, acompañados de los ladridos del perro.

—Es tu padre —dijo Concha—. No le he dicho nada por si al final no podía ser.

Cuando el señor Álvaro entró en la cocina, se quedó parado en el marco de la puerta, durante unos segundos que se hicieron eternos.

—¡Abuelo!

Martina se abalanzó sobre su abuelo y le dio un beso. Gabriela se preocupó porque el hombre seguía sin reaccionar.

—Papá, ¿estás bien?

De pronto se oyó un quejido y se abrazó a la niña llorando.

—Creía que me moriría sin verte.

—¡Ay, Álvaro! No digas esas cosas —le reprendió Concha.

—Abuelito, no me gusta verte triste.

—Ya no lo estoy, hija; si tú no estás aquí, ya no lo estoy.

Pablo volvió a toser; esta vez con más fuerza. Se llevó la mano al pecho. Gabriela se asustó tanto que se levantó de un salto y lo tomó del brazo.

—Pablo, ¿qué tienes?

Al rozarle la mejilla, comprobó que tenía fiebre.

—¡Estás ardiendo! —se asustó Gabriela—. Nos vamos al hospital.

—Yo me hago cargo de las niñas —se ofreció Concha.

Así lo hicieron, Gabriela se llevó a Pablo al hospital y Concha y su marido le prometieron a las niñas una tarde divertida, montando el belén.

—No te preocupes, Concha; te mantengo informada, pero verás que no es nada importante.

Al menos eso quería creer Gabriela, pero estaba muy asustada ¿Y si volvía a fallarle el corazón? Con los antecedentes de Pablo, no tuvieron que esperar mucho rato a ser atendidos. Lo pasaron directamente a un box para mantenerlo en observación.

—«Jingle Bells», no pongas esa cara que no me voy a morir.

—No bromees, Pablo; en estos momentos no, por favor.

—Gracias. Por lo que hiciste por mi sobrina; fue muy bonito. Por todo lo que has hecho por mi familia; especialmente por mí. Gracias por dejarme

entrar en tu vida.

—No hables —le reprendió Gabriela—, los médicos han dicho que no debes esforzarte.

—Espera... En tu mensaje de hoy, decías que en Navidad no hay que abrir regalos, hay que abrir corazones; «Jingle Bells», te estoy abriendo el mío. Siguen sin gustarme las navidades, pero debo reconocer que son mejores contigo.

Gabriela sonrió:

—Todavía no es Navidad.

—Entonces, cualquier cosa puede pasar.

Después cerró los ojos pues la medicación que llevaba en los goteros, empezaba a surtir efecto. Les dieron el alta a media noche; afortunadamente solo se trataba de un proceso gripal. Su corazón estaba estable, según los últimos electros realizados. Elvira se encargó de recoger a su hija y Julia dormía en la habitación de Sebastián.

—Es mejor que paséis la noche aquí —le sugirió Concha a Gabriela—. Puedes quedarte con Julia en la habitación de Sebastián o dormir con Pablo —añadió guiñándole un ojo.

—Dejaremos que el enfermo descanse.

Gabriela ayudó a Pablo a acostarse; estaba grogui por efecto de la medicación. Enseguida cerró los ojos, y se quedó profundamente dormido. Entonces ella aprovechó para darle un beso furtivo, y salió sigilosamente de la habitación.

Gabriela se despertó temprano, pues justo era el día del festival de Julia y tenía que pasar por casa antes de llevarla al colegio. Bajó a la cocina y se encontró con Concha que ya estaba preparando café.

—¡Buenos días!

Concha se acercó a Gabriela y le dio un beso. —¡Buenos días, cariño! ¿Despierta tan temprano?

—Es que tengo que pasar por mi casa antes de dejar a Julia en el colegio.

—Siento las molestias que te hemos ocasionado —dijo tomándola de

las manos—. Te agradezco de corazón todo lo que haces por esta familia; especialmente por mi hijo.

Entró Julia en la cocina, corriendo.

—¡Tía! Hoy es el festival del cole.

—Julia, te he dicho mil veces que no vayas descalza.

—No encuentro mis zapatos...

—Tengo yo toda su ropa —dijo Concha—. Ahora mismo te la traigo, Julia.

Había dormido con un pijama viejo de Superman, de cuando los gemelos eran pequeños. Concha fue en busca de las pertenencias de la niña.

—Tía, ¿van a venir mis papás a verme?

¿Cómo le explicaba que eso sería del todo imposible?

—No, princesa; no hay aviones que vuelen tan rápido.

Julia hizo pucheritos.

—No te pongas triste porque volverán muy pronto. —¿En Navidad?

Si todo salía bien, así sería; ese mismo día les darían los resultados de las últimas pruebas y Gabriela no perdía las esperanzas de que su milagro se cumpliera.

—Seguro, princesa; tienen que venir a abrir sus regalos.

—¿Y Pablo vendrá a verme?

—No, princesa; está muy malito y debe guardar reposo.

Julia se cruzó de brazos y dijo con fastidio: —Pues vaya, nadie vendrá a mi festival.

—¡Eh, no digas eso! Yo voy a ir a verte y lo grabaré todo para que vean lo artista que estás hecha. —Aquí traigo tu ropa —dijo Concha entrando de nuevo en la cocina.

Gabriela aprovechó para visitar al enfermo y Concha se quedó sirviéndole el desayuno a la niña. —¿Se puede pasar? —preguntó Gabriela abriendo la puerta despacio.

Pablo estaba en la cama, mirando el móvil.

—Adelante «Jingle Bells». ¿Vienes a darme el beso de buenos días?

—Vengo a darte la medicación; yo me tengo que ir a llevar a Julia al colegio, pero tu madre te subirá el desayuno. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Muy rara... Soñé con Sebastián; me decía: «Vive Pablo, ¡vive!» ¿Le encuentras algún sentido? Ha sido un sueño tan real...

—Pues como psicóloga te diría que hagas caso a tu hermano. Sería muy útil, además, que le escribieras una carta diciéndole todo eso que se te quedó dentro.

—Está muerto...

—Pero tú no, y necesitas despedirte de él, de una vez por todas.

—Me parece una idea absurda, pero lo intentaré. Por alguna razón que desconozco, todas tus locuras funcionan.

—Porque soy fantástica —le respondió Gabriela sacándole la lengua.

—Anoche me besaste.

—También lo soñaste —le respondió ella.

—«Jingle Bells», mírame. Cuando mientes tiendes a cerrar el ojo izquierdo.

Gabriela enrojeció; no le gustaba que conociera tan bien tus puntos flacos.

—Descansa; yo voy a llevar a Julia al colegio y tengo pacientes a primera hora.

—Eso, tú cambia de tema —dijo Pablo sonriendo—, pero me volverás a besar y lo sabes.

Gabriela llevaba toda la mañana corriendo de un lado para otro; cuando por fin se sentó en el sillón de su despacho, apoyó la cabeza sobre el escritorio y cerró los ojos cinco minutos. Jeni llegó con los cafés.

—Jefa, por la cara que traías he pensado que lo ibas a necesitar.

—Gracias, Jeni.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo que ayer tuve que llevar a Pablo al hospital; tiene gripe. He dormido muy poco... necesito vacaciones, en un lugar calentito con playa y muchos mojitos.

—¡Yo también lo veo! ¿Cuándo nos vamos?

Las dos se rieron; era muy bonito soñar por unos minutos, pero los pacientes esperaban ser atendidos.

—Hazlos pasar, Jeni.

En eso que sonó el móvil de Gabriela; era una llamada de su hermana.

—Espera, esta llamada es importante.

Jeni salió del despacho y Gabriela atendió el teléfono. Su hermana estaba llorando.

—Gabriela...

—¡Por Dios Candela, no me asustes! ¿Qué pasa?

—Buenas noticias: las pruebas han salido bien. En unos días me voy a casa y solo tendré que volver para la radioterapia.

—¡Oh Cande, eso es fantástico! —Gabriela también lloró de la emoción.

—Por favor, no le digas todavía nada a Julia, hasta que no me firmen el alta. ¡Vuelvo a casa por Navidad! —exclamó eufórica.

—Te quiero, hermana —le respondió Gabriela entre lágrimas.

No podía evitar el llorar, pero eran lágrimas de felicidad; su milagro se había cumplido.

Concha estaba feliz de tener a su hijo en casa. Volver a cuidar de él como cuando era pequeño y se ponía enfermo. Le preparó un desayuno tan copioso que con él se abastecía un regimiento entero.

—Esa novia tuya es fantástica; ojalá pronto os viera casados y con un hijo tan precioso como esa chiquilla, Julia.

—Mamá, no adelantes acontecimientos.

Pablo sentía grandes remordimientos por mentirle a su madre. Se estaba encariñando con Gabriela y no era justo, porque cuando se descubriera toda la verdad, ella volvería a hacer su vida; una vida lejos de él y su familia.

—Cuando puedas me acercas papel y boli; por favor.

Su madre hizo lo que le pedía y lo dejó a solas. Pablo escribió una carta de despedida para su hermano. No sabía por dónde empezar... Así pues, lo hizo con la única frase que se le venía a la cabeza desde hacía un año: «Creo que nunca te dije cuánto te quiero». A partir de ahí fue muy fácil hablarle a su hermano, aunque nunca fuera a leer esa carta.

A las cuatro de la tarde, Gabriela tenía que estar en el colegio de Julia. El festival lo hacían en el gimnasio, en un escenario que habían montado para las actuaciones. Le acompañó su madre, ya que su cuñado la había sustituido en el hospital. Gloria estaba deseando ver actuar a su nieta. Desde que se

había dedicado en exclusiva a cuidar de su hija, había pasado tan poco tiempo con su pequeña Julia, que añoraba esos momentos una barbaridad. Tomaron asiento en las sillas de plástico. En cada una habían dejado un programa de mano; Julia actuaba en tercer lugar.

—¿Está ocupado?

Gabriela se giró sobresaltada; era la voz de Pablo. —¿Tú qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —ironizó Pablo.

—Deberías estar guardando reposo —le reprendió ella.

—Le prometí a Julia que vendría a verla; y yo cumplo mis promesas.

—Hija, ¿no nos vas a presentar? —preguntó Gloria sonriente.

—Ella es Gloria, mi madre. Este es Pablo... —Tu novio —concluyó su madre.

—¡Mamá! De sobras sabes que no tengo novio.

—Pues es una pena, hija —afirmó repasando a Pablo con una sola mirada.

—Somos novios solo cuando le conviene a su hija. Pablo había encontrado en Gloria una aliada.

—No me hagas hablar... —protestó Gabriela molesta.

—¡Calla, «Jingle Bells»! Va a empezar la actuación. Primero actuaron los niños del primer curso, que apenas cumplían los tres años. Estaban muy graciosos vestidos de renos.

—Podías haber salido al escenario con tus cuernos de reno; hubiera sido divertido.

—Estás muy gracioso esta tarde... —ironizó Gabriela.

—Efectos secundarios de la medicación.

En segundo lugar, actuaron los niños de segundo curso, cantando «Frosty, el muñeco de nieve». A continuación, salió la clase de Julia; estaba muy graciosa vestida de árbol.

—¡Es la más guapa! —exclamó orgullosa su abuela. —Desde luego lleva el mejor disfraz; mis manos dan fe de ello —dijo Pablo enseñando sus quemaduras. —¡Quejica! Aunque debo darte la razón; lleva el mejor diseño de árbol navideño.

—Eres una artista, hija.

—Gracias mami.

Sonaron los primeros acordes de la canción, y Julia y sus compañeros hicieron sonar sus panderetas.

«Entre todos los regalos tú eres el más especial; te invito a ser feliz, te hace falta Navidad ¡Feliz Navidad para todos!».

La profesora Rebeca, animó al público a que los acompañaran en el estribillo. Gabriela estaba grabando la actuación entre lágrimas, para que su hermana no se la perdiera. Los asistentes cantaron junto a los niños:

«¡Feliz Navidad para todos! ¡Feliz Navidad para todos!».

Cuando acabaron su actuación, cada niño fue con su familia. Julia se emocionó mucho al ver a Pablo y a su abuela Gloria.

—¡Tito, has venido!

Le dio un fuerte abrazo y le preguntó si se encontraba mejor.

—Estoy feliz de verte; estás hecha una artista. —¿Y a tu abuela no le vas a dar un beso?

—Mamá, ¿estás celosa? —se rio Gabriela.

Julia le dio muchos besos a su abuela y después le pidió la merienda; esa niña tenía un pequeño monstruito en la barriga.

—Tengo una idea mejor —propuso Gabriela—, vamos a merendar churros con chocolate.

—¡Sí! Tía, vamos a ver a Anne.

—Eres su cliente VIP —bromeó Pablo— a este paso te tendrá que hacer un bono de descuentos.

Mientras, en otra parte de la ciudad, Candela y su marido Juan, pasaban el vídeo una y otra vez; viendo cantar a su niña esa estrofa tan bonita: «¿Qué te pasa que estás triste? Te hace falta Navidad». «Sí, la Navidad ya estaba cerca y volverían a casa para poder celebrarla junto a su pequeña», pensó Candela entre lágrimas; pero éstas eran lágrimas de felicidad.

—Mamá vuelve a casa, Julia —le dijo Candela a la pantalla del móvil—. Te quiero, hija.

Su marido la abrazó y le prometió que todo saldría bien; estaba seguro de ello pues en eso consistía la magia de la Navidad.

Pablo las acompañó hasta su casa. Gloria había cogido el metro y la artista, agotada, se había dormido en el asiento trasero del coche. Pablo la cogió en brazos y la subió hasta casa. Gabriela le abrió la puerta y desconectó la alfombra musical para que pasaran. Luego Pablo depositó a la chiquilla con cuidado en el sofá.

—Me da pena despertarla —dijo Gabriela—, duerme tan a gusto...

—Tranquila —le respondió Pablo— con la de churros que se ha comido no creo que pase nada porque se acueste sin cenar.

—No la conoces bien; ahora mismo me está pidiendo la cena —dijo riendo—. Gracias por cumplir tu promesa.

—Era mi cometido en el día de hoy: «Disfruta la magia de la Navidad»; bolita número dieciséis. Julia es pura magia...

Iba a añadir: «como tú», pero en esos momentos se despertó Julia, pidiendo comida.

—Tía, ¿qué vamos a cenar?

Pablo y Gabriela se entendieron con una sola mirada y rompieron a reír. Julia, que no entendía nada, pensó que los mayores estaban todos locos. Pablo se sentía mejor y por eso regresó a su

casa. La noche había transcurrido entre sueños agitados. En uno de ellos, Sebas aparecía al lado de su cama y le acariciaba el pelo. «Yo también te quiero». Después de susurrarle esas cuatro palabras, Sebas salía de la habitación sigilosamente, cerrando la puerta tras de sí. Pablo despertó sobresaltado. Miró el reloj y era muy temprano todavía. Luego vio la puerta cerrada y se extrañó; siempre la dejaba abierta porque a veces Scooby entraba a dormir a los pies de su cama. Se preparó un vaso de leche caliente y de paso se tomó la medicación. Tenía el calendario de adviento apoyado en la nevera, así que aprovechó para desvelar el mensaje del día décimo séptimo.

«El amor es como la tos: no se puede ocultar»

Luego regresó a la cama e intentó conciliar el sueño nuevamente; era sábado y quedaba mucho día por delante.

Gabriela también se levantó temprano al escuchar unos ruidos procedentes de la sala.

—Julia, ¿qué haces despierta tan temprano? Hoy es sábado; y no me

digas que vas descalza... Julia escondió los pies tras la silla. Estaba pintando un dibujo para regalárselo a Papá Noel, y se lo dejaría junto a la leche y las galletas.

—Tía, ¿crees que le gustarán los «coulants»? —¡Creo que le encantan!
—pensó Gabriela golosa—. ¿Puedo ver el dibujo?

—¡No!

Julia lo tapó con sus manos; pero luego lo pensó mejor y se lo enseñó.

—¿Cómo se escribe Pablo?

Gabriela se lo deletreó. El dibujo era una mujer con el pelo naranja y zapatos rojos, cogida de la mano de un hombre alto de pelo negro, acompañados ambos de un perro. Sabía perfectamente quiénes eran los personajes que representaba el dibujo, no obstante, preguntó:

—¿Qué has dibujado?

—Sois Pablo y tú que os casáis; y éste es Scooby — dijo señalando el perro.

—Princesa, Pablo y yo no nos vamos a casar; sabes que somos novios de mentiras.

—Yo le voy a pedir a Papá Noel que seáis novios de verdad, porque cuando estás con Pablo haces así con los ojitos y te ríes mucho. Yo quiero que Pablo sea mi tío.

Le hubiera gustado poder explicarle que Papá Noel solo existe en nuestros corazones, que ese deseo suyo jamás se haría realidad, pero ella también necesitaba creer que en Navidad todo era posible y que para Pablo y para ella había un futuro en el que estuvieran juntos; siendo una pareja de verdad. Pablo se volvió a despertar al recibir una llamada de Covadonga. Todos los días lo llamaba para informarle de cómo iba la campaña publicitaria, pero era sábado y muy temprano; «¿qué querría?», pensó Pablo con fastidio.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya más recuperado; gracias.

—Esta noche es la cena de gala de tu empresa y Emilio me ha invitado. Me preguntaba si te importaría que fuera tu acompañante.

—Lo siento, pero se lo dije a Gabriela.

Era mentira. La verdad es que no le apetecía aparecer en la cena de su empresa, acompañado de su exnovia; suscitaría todo tipo de rumores que no tenía ganas de afrontar.

—Vale, pues entonces nos veremos allí de todos modos —respondió con fastidio.

Pablo se la imaginó al otro lado de la línea telefónica, aleteando las fosas nasales. Después de colgar pensó que no había contado con que Gabriela tuviera sus propios planes y no quisiera acompañarlo a un rollo de cena en el que tenía que fingir, una vez más, que era su novia. Al pensar en Gabriela, miró una vez más el mensaje que le había salido en el calendario de adviento. ¿De verdad eso que sentía por ella era amor? ¿Qué clase de amor? Le escribió para pedirle que lo acompañara a la cena de empresa, y ella aceptó de inmediato.

El evento tenía lugar en un hotel de cinco estrellas. Pablo recogió a Gabriela en taxi, para poder disfrutar de la cena sin tener que pensar en los controles de tráfico que se encontrarían al salir. Gabriela se había recogido el pelo, dejando algunos mechones rizados sueltos, que se enredaban de vez en cuando en los pendientes largos que lucía para la ocasión.

—Estás muy guapa —dijo Pablo al recibirla. —Gracias; pero me cuesta creerlo viniendo de ti.

Hubiera añadido que le encantaba hasta con sus telas escocesas, pero prefirió callar, sin saber muy bien por qué.

—Vamos, nos espera el taxi.

Antes de cenar, hicieron una pequeña recepción en una de las antesalas del hotel. Los compañeros de Pablo se alegraron mucho de volver a verlo y no dejaban de hacerle preguntas, a las que él en todo momento respondía con evasivas. Gabriela fue presentada a todos como la novia oficial, para gran consternación de Covadonga, que también estaba presente. Pablo también saludó a su jefe y esposa, presentando a Gabriela como correspondía.

—Ya nos conocemos —dijo la señora Miralles para consternación de Pablo—, es la psicóloga de nuestro hijo.

Gabriela y ella se saludaron cariñosamente, mientras que Pablo enrojecía por segundos; se sentía profundamente avergonzado.

—Me alegro mucho, muchacho —le felicitó su jefe—; Gabriela es una mujer fantástica, has tenido muy buen ojo.

Al parecer, el señor Miralles no vio nada extraño en que precisamente, la psicóloga que lo estaba atendiendo, fuera su actual pareja. No obstante, Pablo prefirió no desmentirlo, bastante vergüenza estaba pasando ya.

—Me encanta tu vestido, y esos zapatos son divinos —le dijo la señora Miralles a Gabriela—. Yo, aunque quisiera, no podría lucir esos tacones sin quedarme enganchada de la espalda.

Gabriela se había decantado por un look de los años cincuenta; llevaba una falda de vuelo, estampada con flores de Pascua y una blusa roja de raso. Era un vestuario sencillo a la par que elegante; acompañado por unos zapatos negros de raso, rematados con un lazo en los talones.

—¿Es uno de tus diseños?

—Sí; aunque hasta ahora no había tenido ocasión de lucirlo—respondió Gabriela sonriente.

Pablo miró sorprendido a Gabriela y a la señora Miralles; no estaba entendiendo nada.

—Nuestra pequeña «Coco Chanel» es única. Te aseguro, Pablo, que algún día llevarás su campaña publicitaria; esta señorita, con el tiempo, será dueña de una gran firma de ropa.

Se despidieron de los jefes, pues en breve iban a servir la cena. Pablo no salía de su asombro; eso de que Gabriela era diseñadora, era algo que le tenía que explicar con detalle. Los sentaron en la mesa junto a Carla, Garrido, dos publicistas más y sus respectivas mujeres.

—Un placer conocerte en persona —le dijo Gabriela a la secretaria de Pablo, con total sinceridad—. Gracias por todo lo que haces por Pablo; realmente no está pagado.

—No, no está pagado —bromeó Carla—. ¿Verdad, jefe?

—Espero poder compensarte a mi regreso —le contestó Pablo—. De momento, espero que esto ayude.

Le entregó el regalo de Navidad que le había comprado.

—¿Esto es para mí? —preguntó sorprendida.

—Es solo un detalle; no compensa tus horas de trabajo desinteresadas,

pero espero que sirva como muestra de mi agradecimiento.

—En serio... va a ser verdad que el amor cambia a las personas.

Gabriela y Pablo se quedaron mirando, nerviosos, como si acabaran de revelarles un gran secreto. ¿De verdad estaban enamorados?

—El amor es como la tos —rompió Pablo el silencio—, no se puede ocultar.

Tomaron todos asiento; Gabriela junto a Pablo y, a continuación, su secretaria y Garrido, para gran fastidio de ella.

—Pablo, tenemos que hablar de tu campaña ¡qué gran idea! Eres un crack.

—¡Pelota! —dijo Carla abiertamente.

Gabriela no pudo evitar reírse.

—Oye, ¿por qué no nos cambiamos de sitio? Así vosotros dos podéis hablar de vuestras cosas — propuso Gabriela, viendo que se avecinaban tormentas.

—¡Oh, gracias!

Carla se sentó en el sitio de Gabriela, Pablo junto a Garrido y Gabriela tomó el lugar de Pablo. El resto de la cena transcurrió más o menos tranquila; Carla achispada por el vino y Garrido sin parar de hablar del trabajo.

—¡Es un pesado! —le dijo Carla a Gabriela en un susurro, aunque se enteró toda la mesa.

—Jefe; me ha encantado la taza, de verdad. —Gracias.

Carla le había dado las gracias cincuenta veces ya. Pablo estaba apurado; Garrido lo tenía asfixiado con el proyecto. La orquesta empezó a tocar mientras servían los postres. Entonces, Gabriela vio la oportunidad de librar a Pablo de su tortura.

—Ese tío es muy pesado —se rio Gabriela—, no me extraña que Carla quiera que se atragante con una gamba.

—Gracias por sacarme de la mesa.

Salieron a mitad de la pista a bailar un bolero. —Se te da muy bien bailar —le dijo Gabriela.

—Se me dan bien muchas cosas; puedo demostrártelo cuando quieras — insinuó Pablo guiñándole un ojo.

Mientras, al otro lado del salón, Covadonga aleteaba las fosas nasales furiosa; había llegado el momento de actuar.

—¿Por qué mi jefe te llamó «Coco Chanel»? — preguntó Pablo curioso.

—Es una tontería... según él, soy la reencarnación de la diseñadora; pero son todo puras coincidencias, ambas nos llamamos Gabriela y nacimos un diecinueve de agosto.

—Y diseñáis ropa. ¿Por qué me mentiste?

—No te mentí; te dije que la ropa la hace una amiga: yo hago los diseños y Jeni los cose. Vendemos algunas cositas por internet, pero bajo encargo; es nuestro pequeño negocio online. Además, te burlaste de mí diciendo que me compro la ropa en una tienda de disfraces.

—Me gusta tu ropa; siento si te ofendí.

—Ahora ya no te creo porque le estás haciendo la pelota a tu jefe.

La orquesta cambió de balada y unas manos se posaron en el hombro de Pablo. Solo con oler su perfume, Gabriela supo que se trataba de la bruja y gritó mentalmente: «¡Mierda!».

—Pablo, ¿bailamos?

Él dudó pues estaba con Gabriela, fue muy grosero por parte de Covadonga interrumpirlos de aquella manera; pero Gabriela se excusó diciendo que tenía que ir al baño.

—Hacía tanto que no me sentía así entre tus brazos... —Covadonga posó ambas manos en el cuello de Pablo y apoyó la cabeza en su pecho, inspirando su aroma—. Te he echado tanto de menos... tanto...

Le dio un suave beso en el cuello y Pablo se tensó. —Covadonga, no hagas eso.

—No lo puedo evitar, te sigo amando.

Volvió a darle un beso que quedó en el aire cuando Pablo la apartó, dando por terminado así el baile. —Lo siento, Covadonga, esto no puede ser; lo nuestro terminó y no hay vuelta atrás.

—¿Es por ella? —preguntó más alto de lo normal. —Mejor hablamos en otro lado.

Pablo tomó a Covadonga del brazo y se la llevó al jardín. Gabriela los vio salir, justo cuando regresaba del baño y se le encogió el corazón. Volvió a

la mesa cabizbaja; ¿qué otra cosa podía hacer? Carla se había sentado junto a Garrido y se reía a cada ocurrencia suya; cómo habían cambiado las cosas en unos pocos bailes.

—Sirvieron los postres —dijo Carla ofreciéndole una tarta de tres chocolates.

—Se me fue el apetito —respondió Gabriela con tristeza—, te la puedes comer si quieres; la de Pablo también.

«No sabemos si va a regresar», pensó afligida. Gabriela notó que una lágrima estuvo a punto de asomar a sus ojos y no quería que nadie la viera así. Fue a levantarse nuevamente de la mesa, justo cuando el señor Miralles vino a buscarla.

—¿Bailas conmigo, «Coco Chanel»?

—Encantada, Emilio.

—No hay pena tan grande que no se vaya bailando.

El señor Miralles era un gran bailarín. Al poco rato toda la sala lo estaba observando. No dejaba de darle vueltas y cambiaba los pasos con gran gracilidad; rematando la canción con una caída de baile. Mientras, en el jardín, aunque hacía mucho frío, Covadonga y Pablo discutían acaloradamente.

—¿Es por ella? Te has creído tu propia mentira; es lamentable.

—No es por ella, es por mí. Covadonga, lamento admitir que nunca te quise como te merecías.

—Te ha lavado el cerebro. Antes tenías otras prioridades en la vida; con todo lo que he hecho por ti y me vas a dejar por «esa» ridícula.

—No te permito que ofendas a Gabriela.

—Te arrepentirás, Pablo —le amenazó aleteando las fosas nasales—, y cuando eso suceda, no vengas a buscarme porque no voy a esperarte; no nací para ser la segunda opción de nadie.

—Te repito que Gabriela no tiene nada que ver en esto —Pablo alzó la voz ya molesto.

Sin embargo, Covadonga no lo escuchaba, había perdido el control por primera vez en su vida. —Sebastián sí que lo tenía claro; siempre fue más hombre que tú.

De inmediato se arrepintió de haberlo dicho, pero ya no había marcha atrás.

—¿Qué tiene que ver mi hermano en todo esto? ¿Qué es lo que tenía tan claro?

Covadonga guardó silencio y eso hizo que Pablo enfureciera aún más. No podía ser verdad eso que se estaba imaginando.

—¿Tuviste algo que ver en el divorcio de mi hermano? —siguió insistiendo con sus preguntas.

—Sí —Covadonga estaba tan furiosa que ya no tenía nada que perder—. Sebastián era mi amante; él era todo lo que tú jamás llegarás a ser en la vida. Asímelo, no le llegas ni a la suela de los zapatos. Carla y Garrido salieron en esos momentos al jardín. Entre besos furtivos y apasionados, tardaron en darse cuenta de que no estaban solos.

—¡Ostras! —exclamó Carla avergonzada, al ver a su jefe.

—Podéis seguir —dijo Pablo intentando disimular su enfado—, yo no tengo nada más que hacer aquí. —¡Pablo! —gritó Covadonga— ¡Pablo, no hemos acabado!

Sin embargo, Pablo entró de nuevo en el salón, dejando a la bruja (como decía Julia), resoplando por la nariz. Cuando Gabriela lo vio aparecer, le regresó el alma al cuerpo. Después se preocupó al ver la cara que traía.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mientes muy mal —confirmó Gabriela—, ¿quieres que nos vayamos? En esos momentos llegó el señor Miralles.

—¿Nos disculpas, Gabriela? Tengo que hablar unos minutos con Pablo.

—Voy a despedirme de su esposa; no tardaremos en irnos pues me duele horrores la cabeza. Pablo se lo agradeció con la mirada y una leve sonrisa.

—Te quiero el lunes en mi despacho —dijo el señor Miralles—; sé que esa campaña ha sido idea tuya. Hablaremos de eso y de tu traslado a Nueva York.

—¿Me van a ascender? —preguntó Pablo sorprendido.

—Es lo que querías, ¿no?

¿Era lo que quería? Pablo ya no estaba seguro de nada. De hecho, no

estaba seguro más que de una cosa: quería a Gabriela. De una forma extraña, sin sentido e inexplicable, se había enamorado de su psicóloga.

El taxi los llevó primero a casa de Gabriela. —Sube, por favor. Necesitas hablar... ¿Qué ha pasado con Covadonga?

—Tu sobrina tenía razón: la bruja no me convirtió en sapo, lo hizo en reno; de esos que a ti tanto te gustan.

—Definitivamente, se te ha subido el vino a la cabeza.

Pagaron la carrera al taxista y subieron al piso de Gabriela. La alfombra musical les dio la bienvenida. —Pasa sin miedo; Julia se quedó a dormir con mis padres.

Gabriela se descalzó y fue a la cocina a preparar unos cafés.

—Te va a hacer falta —le dijo a Pablo ofreciéndole la taza—. Por cierto, te perdiste el postre: tarta de tres chocolates.

No añadió que ella tampoco lo había probado porque estaba muerta de celos.

—Explícame eso de los cuernos de reno —preguntó Gabriela y, conforme lo dijo, cayó en la cuenta horrorizada.

—Es obvio... Covadonga me engañaba.

—¡Ostras! Lo siento, Pablo, lo siento de verdad — dijo tomándolo de la mano.

—Lo peor de todo esto, es que mi hermano era su amante.

—¡Qué zorra!

—¡Muy zorra! —afirmó Pablo con una triste sonrisa. —Jeni dice que es una dragona.

—¿Por qué dice eso Jeni, si ella no conoce a Covadonga?

Gabriela acababa de meter la pata a base de bien. Pensó una mentira elocuente, pero Pablo descifraba muy bien los gestos de su cara y la instó a que dijera la verdad.

—Vino un día a la consulta. Quería que te convenciera de que lo mejor para ti, era que retomara vuestra relación.

—Además de zorra, manipuladora. Gabriela, ¿te molestó en algún momento?

—Tranquilo, no ofende el que quiere... Le expliqué que yo no interfiero

en tus decisiones.

Pablo dio un último sorbo a su café y se puso en pie.

—¡Ven! Te debo un baile; Covadonga nos interrumpió.

Él seleccionó en su móvil el tema navideño de Luis Miguel «Te deseo muy felices fiestas»; era su canción favorita desde que conoció a Gabriela. Pablo y ella se abrazaron, bailando en silencio; iba descalza y apenas le llegaba al pecho.

«Te deseo muy felices fiestas y a tu corazón, vida, alegría y mucho más calor».

—Covadonga me preguntó si el motivo de que no quisiera regresar con ella, eras tú —le susurró Pablo al oído.

—¿Para qué la nombras? Con lo bonito que era este momento...

—Mírame, Gabriela.

Pablo se separó un poco de ella y la tomó de la barbilla obligándola a que lo mirara a los ojos.

—Creo que sí; en parte tú eres la razón...

Gabriela posó su mano sobre los labios de Pablo. —Sigamos bailando; por favor.

Gabriela sabía, por la señora Miralles, que a Pablo le habían concedido el ascenso y, en consecuencia, el traslado a Nueva York; precisamente de eso quería hablar Emilio con él. Por eso, poco importaba lo que le dijera Pablo en esos momentos, porque la realidad era que muy pronto saldría de su vida para siempre. ¿Para qué enredar más las cosas?

—Tú misma lo dijiste, «Jingle Bells», «el amor es como la tos...».

Pablo tomó sus labios apasionadamente, sin darle tiempo a reaccionar. Era cierto, el amor no se podía ocultar. Gabriela respondió a ese beso con la misma pasión y entrega que lo hizo él. La canción acabó y ellos siguieron besándose; al día siguiente podría suceder cualquier cosa, pero ese momento mágico ya era solo de ellos, para siempre.

Gabriela había tenido dulces sueños recordando

ese beso; mejor dicho, esos besos que habían compartido. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad, para frenar a Pablo que estaba dispuesto a llegar mucho más lejos. Tenía miedo de todo lo que estaba

sintiendo y de que su historia tenía ya un final marcado, en el que inevitablemente acabaría sufriendo. Fue a visitar a su hermana y así relevaba a su cuñado, para que pudiera irse a casa a darse una ducha y descansar un poco.

—¿Ya te han dicho cuándo te darán el alta? —le preguntó a Candela.

—Como es fin de semana, no pasan los médicos; mañana lo sabremos.

—¿Te encuentras bien?

—Mucho mejor que tú, Gabriela. ¿Has visto la cara que traes?

—Es que estoy muy confundida... Anoche Pablo me besó.

—¡Eso es estupendo! Tú también le gustas; vais por buen camino.

—No lo creo; le han concedido el ascenso y se va a vivir a Nueva York —confesó con fastidio.

—Y eso te lo ha dicho él...

—No exactamente; me lo dijo la mujer de su jefe. —Y no se te ha ocurrido hablar con él para saber por su propia boca lo que piensa hacer.

—¡Ay, Cande! Está clarísimo lo que va a hacer: se irá. Para él siempre ha sido un sueño vivir en Nueva York. Siempre me enamoro del hombre equivocado; debo asumirlo y afrontar las consecuencias.

—Gabriela —le reprendió su hermana—, ¿y si no es el hombre equivocado? ¿Y si por una vez estás exactamente en donde tienes que estar? No lo des por perdido sin tan siquiera luchar.

—Olvídalo, Cande; soy su psicóloga y no puedo interferir en sus decisiones.

—¡Mírame, idiota! —dijo Candela muy enfadada—. Eres la mujer que lo ama; si no luchas por él, te arrepentirás toda la vida. Y estando en esta cama, me he dado cuenta que la vida puede ser mucho más corta de lo que nos pensamos y no hay tiempo para arrepentimientos. ¡Actúa! Si has encontrado a ese hombre que te merece la pena, merece los riesgos, merece el todo por el todo; ¡no lo saques de tu vida! Habla con Pablo; sé sincera y luego que él decida lo que quiere hacer.

Gabriela no estaba muy convencida, pero sí: lo amaba. Hasta hace poco, ella misma creía que todo era posible en Navidad. ¿Por qué no luchar por él?

Pablo no podía dormir; a su mente venían una y otra vez las

desagradables palabras de Covadonga. Finalmente, se levantó de la cama, tomó papel y bolígrafo, y le escribió una carta a su hermano, pidiéndole todo tipo de explicaciones. Su traición era lo que más le había dolido y «¡maldita sea!», pensó, estaba muerto y ya no podrían hablar las cosas cara a cara. Aun así, después de escribirle, se sintió mucho mejor. Sebastián jamás leería esa carta y Pablo se quedaría eternamente con preguntas sin respuesta. También estaba dolido por la indecisión de su pequeña pelirroja. Respondía a sus besos, pero por otro lado lo mantenía distante, recordándole una y otra vez que solo era su psicóloga. Abrió el calendario de adviento para ver qué mensaje le había dejado ese día.

«Los sueños también cambian; no te aferres al pasado»

Fue inevitable pensar en su ascenso. Ahora que lo había conseguido, no estaba seguro de que fuera lo que realmente deseaba en esos momentos de su vida. Al tiempo que todos esos pensamientos circulaban por su mente, recibió una llamada de su secretaria; estaba además de resacosa, muy preocupada por él.

—Jefe, ¿qué pasó con la ricachona? Cuando te fuiste dijo cosas muy feas de tu santa madre.

A Pablo se le revolvió el cuerpo al recordar el desagradable momento vivido con Covadonga.

—Que no sabe aceptar un «no» por respuesta; pero no hablemos de ella, mejor dime, ¿qué hacías con Garrido en el jardín?

—Cometer un error del que ya estoy muy arrepentida.

Pablo se rio porque era la misma frase que repetía año tras año.

—Ya... ya...

—Creo que me va a estallar la cabeza... —se lamentó Carla al otro lado del teléfono—. Ese vino que nos dieron era de garrafón. Por cierto, tu novia es estupenda; la ricachona no le llega ni a la suela de los zapatos. ¡Anda y que le zurzan!

Pablo no podía dejar de reírse con las ocurrencias de su secretaria.

—Carla, te voy a dar un consejo; mejor dicho, dos: el primero es que te tomes un ibuprofeno y descansas, el segundo es que tengas una cita con Garrido y aclaréis de una vez vuestra situación.

—Acepto solo el primero ¡Ah! Y enhorabuena por tu ascenso; los rumores son más rápidos que la luz. Te voy a echar muchísimo de menos cuando te vayas.

—Gracias por preocuparte por mí; ya hablaremos cuando estés menos resacosa.

Pablo colgó todavía con la sonrisa en los labios, hasta que recordó las últimas palabras de Carla. ¿Por qué cada vez le apetecía menos la idea de mudarse a Nueva York?

Recogió a Martina en su casa, pues Elvira había accedido a que comiera con ellos ese domingo. Nada más le abrieron la puerta, percibió que algo no andaba bien.

—Elvira, ¿te encuentras bien?

—No demasiado —contestó ella fatigada—. Te agradezco que te lles a Martina por unas horas.

—Vamos a acercarnos al hospital porque lleva toda la mañana con contracciones —dijo Ismael apareciendo tras su mujer.

—¿De cuánto...? —Pablo no acabó de formular la pregunta.





—Me quedan dos meses —contestó Elvira con la voz apagada por el dolor—. Viene otra vez...

Ismael la tomó de las manos y le ayudó a que se sentara mientras ella se sujetaba el vientre contrayendo el dolor.

—Por favor —le dijo Ismael a Pablo—, hazte cargo de Martina. Te agradezco muchísimo que arreglarais vuestras diferencias; la niña ha vuelto a sonreír. Te dejo aquí apuntado mi teléfono —le entregó una nota—, cualquier cosa estamos en contacto. Te mantendré informado sobre el estado de Elvira. Y gracias por tu apoyo.

Pablo se quedó aturdido; no sabía ni qué responderle. Ismael tomó a su esposa y se fueron camino del hospital. Fue en busca de su sobrina que se alegró mucho de verle.

—¿Vamos a ir a la feria? Me gustaría que viniera también Julia.

—Princesa, tengo que hablar con Gabriela; no sé si podrán acompañarnos. De momento, vamos a preparar una bolsa porque te vienes a casa de los abuelos. Tu madre no se encuentra muy bien y se han ido al médico.

—¿Va a nacer ya mi hermanito?

Era un niño; Sebastián siempre quiso tener un hijo con el que jugar a fútbol. ¿Por qué la vida era tan injusta? Aunque de igual modo, de haber vivido... ¿Habrían sucedido igual las cosas? No podía creer que Sebastián hubiera renunciado a su familia por esa... mujer.

—No lo creo, princesa; todavía es muy pronto. ¡Venga! Vamos a

preparar esa maleta que nos esperan a comer.



170



Concha y Álvaro los recibieron entusiasmados.

—¿Sabes qué te he preparado para comer? —le dijo a su nieta—. ¡Tu comida favorita!

—Espero que hayas acertado —le dijo Pablo a su madre dándole un beso.

—¡¡Macarrones!!

—¡Pues sí, he acertado! Id a lavaros las manos y poned la mesa mientras termino con el postre.

Concha había hecho tarta de limón y merengue; era su especialidad. Pablo entró en la cocina y metió el dedo en la tarta para, posteriormente, llevárselo a la boca.

—¡Serás cochino! —le reprendió su madre dándole un golpecito en la mano.

Martina entró corriendo en la cocina y proclamando a los cuatro vientos que ya se había lavado las manos.

—Muy bien; ahora coge los cubiertos de este cajón y prepara la mesa. Dile a tu tío que te ayude y así deja de meter las manos en donde no debe... Seremos cinco comensales.

—¿A quién esperamos a comer? —preguntó Pablo extrañado.

—¡Pues a tu novia! —Concha lo dijo como algo obvio—. Las he invitado a comer, a ella y a Julia. —¡Bien! Al final sí iré a la feria con mi amiga —dijo Martina feliz con la noticia.

Justo en ese momento llamaron a la puerta; eran ellas. Cuando Pablo y Gabriela se encontraron, parecían dos colegiales después de su primera cita. Desde que se hubieran despedido la noche anterior con un beso, no habían vuelto a hablar. Estando las niñas delante, se saludaron con un efímero beso en los labios, pero en cuanto Concha se las llevó a la cocina, Pablo la aprisionó entre sus brazos y le dio el beso que tanto estaba anhelando; un beso largo y apasionado.

—Ya no me acostumbro a besarte de otra manera — le susurró él al oído.

—Pablo, esto no está bien.

—«Jingle Bells» tenemos que hablar, pero este no es el momento. Ha pasado algo... Elvira está en el hospital.

Pablo le contó todo y Gabriela se ofreció a ayudarle con Martina en todo lo que necesitara.

—Pues de momento, esta tarde nos vamos los cuatro a la feria; se lo he prometido.

—¡A comer! —se oyó decir a Concha desde la cocina.

Todos se sentaron a la mesa, dispuestos a degustar esos deliciosos macarrones. Después de comer, y antes de servir el postre especial de Concha, el señor Álvaro se llevó a las niñas a enseñarles su nueva colección de soldados. Mientras, Gabriela y Pablo recogieron la mesa y Concha preparó los cafés.

—Estoy tan feliz de que estemos todos juntos de nuevo... —dijo Concha entusiasmada.

Pablo torció el gesto y dejó los platos sucios en la pila, con un golpe seco.

—Todos no, mamá; todos no.

Gabriela se preocupó; ese Pablo que se mostraba ahora, era el mismo que ella había conocido. Veía el dolor en sus ojos, pero no intervino, fue Concha quien sentó a su hijo y le explicó, de la mejor manera que había, que diera paso al amor.

—Pablo, hijo, todavía no lo has entendido. Sebastián sigue aquí —dijo tocando su pecho—, en tu corazón. Mientras sigamos recordándolo con amor, seguirá presente en nuestras vidas.

Concha derramó una lágrima que borró pronto con el dorso de su mano. Después fue en busca de su esposo y de las niñas, pues los cafés y la tarta ya estaban listos.

—Deberías ser sincero con ella; cuanto antes lo sepa, antes lo aceptará —dijo Gabriela con tristeza. —¿A qué te refieres?

—A tu traslado a Nueva York; me lo contó la señora Miralles.

—«Jingle Bells» todavía no he hablado con mi jefe; no sé lo que voy a hacer.

—Me llamo Gabriela —le rectificó con cierta seriedad—, ese ha sido siempre tu sueño; aceptarás.

—«Los sueños también cambian; no te aferres al pasado». Mensaje del día de hoy en mi calendario de adviento. Tal vez sea una señal.

Sonó el móvil de Pablo; era un número desconocido. De inmediato supo que se trataba de Ismael y descolgó. El bebé venía con una vuelta del cordón umbilical que lo estaba estrangulando. Elvira estaba en quirófano; le iban a practicar una cesárea de urgencia. Cuando Pablo regresó al comedor, ya estaban devorando la tarta.

—Espero que me hayáis guardado un trozo. Las niñas se rieron y con la boca llena, Julia bromeó diciendo que se la habían comido toda.

—Escucharme todos —anunció Pablo en un tono más serio—; el hermanito de Martina está a punto de nacer, así que ella se va a quedar unos

días con nosotros, mientras Elvira se recupera. Martina, eres nuestra invitada especial.

—Tía, yo quiero que Martina se venga a casa y hagamos una fiesta de pijamas —pidió Julia entusiasmada.

—Lo tenemos que hablar...

—De momento —intervino Pablo—, id a lavaros los dientes porque nos vamos a la feria.

—¡Bien! —respondieron las niñas entusiasmadas y obedecieron a su tío.

—¿Va todo bien? —preguntó Concha preocupada.

—No lo sé, mamá —confesó Pablo—, el niño viene con una vuelta de cordón; va a nacer sietemesino. Confiemos en que todo saldrá bien.

—¡Un niño! Sebastián siempre quiso tener un hijo — dijo Concha con tristeza.

«Si mi madre supiera...», pensó Pablo sin saber que su madre sí sabía mucho al respecto. Concha entendía que no fue la muerte quien separó a Sebastián de su familia; había sido ese amor malsano por esa mujer que, esperaba, saliera definitivamente de sus vidas.

Pasaron toda la tarde en la feria, subiéndose a muchas atracciones y captando el momento en muchas instantáneas fotográficas. A Julia le encantaban los selfies y había hecho un montón de los cuatro, como recuerdo de aquel bonito día. Cuando vieron el puesto de algodón de azúcar, las niñas corrieron a por el suyo. Les encantaba, aunque fuera pringoso; y a Gabriela también, aunque le costara admitirlo.

—Tía Gabriela —le dijo Martina—¿Podemos comprar un globo? Quiero escribirle un mensaje a mi papá.

Gabriela se sorprendió mucho al escuchar a Martina llamarla «tía». No iba a negar que le había gustado; pero era otra parte más de la mentira, una mentira que acabaría destrozándole el corazón.

—Sí, cielo —Sacó su libreta y un bolígrafo, y se los entregó—. ¡Toma!

—Gracias.

Julia le ayudó a escribir la nota. Ninguno supo lo que ponía más que las niñas. Después la ataron al globo y voló. Al poco rato llegó un mensaje de Ismael en el que adjuntaba una foto presentándoles a su hijo. Todo había

salido bien; ambos estaban en perfecto estado de salud, salvo que el pequeño tendría que pasar unos días en la incubadora. Martina lloró al conocer a su hermanito mediante la fotografía.

—Es verdad, tía, los mensajes llegan al cielo; mi papá me ha escuchado y ha nacido mi hermanito. Mamá y él están bien.

—¿Cómo se llama? —preguntó Julia.

—Sebastián, como mi papá.

Todos guardaron silencio. Pablo estaba impactado pues no se esperaba algo así. No obstante, era el deseo de Martina y, al fin y al cabo, el milagro de Sebastián.

Pablo había quedado con su jefe a las diez. Se puso su mejor traje y, puntualmente, algo que consideraba una de sus mejores virtudes, entró en las oficinas de Art Invictus. Pasó a saludar rápidamente a su secretaria.

—Buenos días, Carla. Luego hablamos que me espera el señor Miralles —dijo entregándole un papelito.

—Buenos días, jefe. ¿Esto qué es?

—Tus deberes para hoy.

Era el mensaje que le había salido en el calendario de adviento. Pensó que a Carla le serviría de gran ayuda.

«La Navidad es el nacimiento de nuevas oportunidades»

Carla se quedó mirando el papel, sin entender nada. Mientras, Pablo subió al despacho del señor Miralles y su secretaria le dijo que esperara un par de minutos, pues en breve lo recibiría. Así fue; en menos de dos minutos se abrió la puerta del despacho y el señor Miralles salió a recibirlo.

—Pablo, estoy encantado de tenerte de nuevo por aquí, muchacho. Pasa a mi despacho —luego se dirigió a su secretaria—. Marisa, por favor, trae unos cafés.

Emilio le habló a Pablo de su proyecto y le felicitó por la estupenda idea que había tenido.

—Eso de relacionar los globos con los sueños ha sido fantástico.

Pablo observó que utilizaba mucho la palabra «fantástico», clara indicación de que aquella mañana se había levantado entusiasta.

—La vacante en la oficina de Nueva York es tuya, muchacho. ¡Enhorabuena!

—Yo... Emilio, te pido por favor unos días para pensarlo.

El señor Miralles lo miró consternado.

—Si necesitas tiempo para pensarlo, es que ya has tomado una decisión, aunque te dé miedo reconocerlo. Y lo entiendo, muchacho, lo entiendo... esa mujer es fantástica. Mi hijo la quiere mucho; y mi mujer y yo la apreciamos de verdad.

—Gabriela no tiene nada que ver en esto... Emilio, debo ser sincero contigo, ya que me brindas una gran oportunidad. Gabriela no es mi novia; lo inventamos porque no quería que mis padres supieran que es mi psicóloga y justo fueron a conocerla de pura casualidad, en la misa de difuntos de mi hermano...

—Muchacho, para... —le interrumpió el señor Miralles—. No tienes que darme ninguna explicación. Realmente la relación que tienes con Gabriela no es de mi incumbencia.

—Es una amiga a la que quiero muchísimo. —Solo estoy de acuerdo contigo en la última parte de lo que has dicho. De cualquier modo —siguió diciendo el señor Miralles—, estaré muy orgulloso de que sigas formando parte de mi equipo; eso sería fantástico.

Pablo siguió contabilizando mentalmente las veces que había repetido esa palabra y no pudo evitar sonreír. Sí, sería fantástico volver a su trabajo de siempre. ¿Por qué cambiar? Ahora que tenía motivos para quedarse, veía las cosas de otro modo. Definitivamente, el señor Miralles estaba en lo cierto, «si necesitas tiempo para pensarlo, es que ya has tomado una decisión»: se quedaba. Conforme salió del despacho, le escribió a Gabriela.

«La Navidad es el nacimiento de nuevas oportunidades ¿Me vas a dar una?».

A lo que ella respondió secamente.

«Tenemos que hablar».

Ni rastro de emoticonos besucones. Eso preocupó a Pablo que presentía que Gabriela lo estaba sacando de su vida.

«Tengo cita en el médico. En cuanto salga paso a verte».

Gabriela le respondió con un simple «OK». Era mejor aclarar la situación cuanto antes porque se había enamorado de él y aquello no podía ser. Debía saber si Pablo solo jugaba con ello o, por el contrario, si él también la quería. Le advirtió a Jeni que en cuanto viniera Pablo lo hiciera pasar y que retrasara las demás citas, pues era muy importante lo que tenían que hablar y no quería interrupciones. Dos horas después, que se le hicieron eternas, llegó él.

—¿Puedo pasar? —dijo asomándose a la puerta del despacho.

—Te estaba esperando.

—Me han dado el alta —le informó Pablo contento—. Mañana vuelvo al trabajo y dirigiré el proyecto de Covadonga; aunque esa es la parte más desagradable.

—Precisamente de eso quería que habláramos. Ya no veo necesario seguir siendo tu psicóloga. Firmaré el informe...

—Gabriela, mírame.

Pocas veces la llamaba por su nombre; Pablo hablaba muy en serio.

—¿Qué pasa?

—No puedo seguir con esta mentira —confesó con lágrimas en los ojos.

—Dame cinco días; los que le quedan al calendario de adviento y te prometo que se acabarán todas las mentiras. Tú me prometiste que éstas serían las mejores navidades de mi vida. No me dejes, por favor. Cumple tu promesa.

Gabriela guardó silencio y él insistió.

—Solo cinco días.

Finalmente sonrió:

—Siempre has sido muy bueno negociando.

Pablo la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente.

—Y ahora, ¿me vas a enseñar tus diseños molones?

Me encanta eso que llevas puesto hoy.

Era una camisa a cuadros con una falda de volantes e iba calzada con botas blancas de borreguito.

—Pablo... la verdad.

Él se rio pues lo tenía perfectamente calado.

—Pareces sacada de «Granjero busca esposa», pero te queda bien; tú siempre estás guapa.

Gabriela sacó su cuaderno de diseño con algunas muestras de tela.

—¡Guau! No me esperaba esta faceta tuya «Jingle Bells». Te gustan mucho los cuadros y el color rojo. Me acabas de dar una idea... Espera, voy a hacer una llamada y vuelvo enseguida.

Pablo se puso en contacto con Garrido y concertó una reunión con su equipo a primera hora. —Vamos a hacer unos pequeños cambios.

Estaba deseando volver al trabajo. Gabriela era su mayor inspiración; al fin había encontrado ese modelo que conjugaba a la perfección dulzura y sensualidad. Volvió al despacho de Gabriela.

—«Jingle Bells», ¿puedo tomar prestado tu cuaderno? Te prometo que mañana lo tienes de vuelta.

Gabriela se lo entregó con una condición:

—Si le pasa algo a mis bocetos... te dejo eunuco.

Pablo se llevó las manos a la entrepierna, protegiendo así su hombría.

Saliendo de la consulta de Gabriela, pasó por el colegio a recoger a Martina. Elvira se había puesto en contacto con el centro para que le dieran permiso de salir un poco antes, y así poder visitarlos a ella y al recién nacido. Pasaron por una floristería a comprar un centro floral para Elvira y un peluche para su hermanito. Cuando subieron a la habitación, no había nadie. La enfermera les informó que Elvira había subido a ver al bebé y les indicó el camino a la sala de neonatos. Se asomaron al cristal y allí estaba Elvira, sentada en un sillón, dando de mamar al pequeño recién nacido.

—Tío, es mi hermanito —dijo Martina entusiasmada.

Elvira, al verlos, los saludó con lágrimas en los ojos. Ismael, que permanecía a su lado, tomó al bebé una vez hubo saciado su hambre, y lo acercó al cristal para que Martina y Pablo lo conocieran.

—Es muy guapo —dijo Martina.

—Sí lo es —afirmó Pablo con tristeza pues, de haber sido las cosas de otro modo, él también sería su sobrino.

—¡Hola Sebastián! Soy tu hermana; me llamo Martina y te he traído un regalo —se lo mostró a través del cristal—. ¿Te gusta?

Ismael les indicó que bajaran a la habitación pues unos minutos lo harían ellos; el bebé se quedaba allí, todavía tendría que pasar unos días en cuidados intensivos, hasta que ganara peso. Dejaron el centro floral en la puerta de la habitación. Había otro centro más, seguramente regalo de Ismael.

—¿Aquí es donde duerme mi mamá? —preguntó Martina.

—Sí, eso parece.

—Pues es una habitación muy fea.

En esos momentos entró Elvira por la puerta; iba en una silla de ruedas que empujaba Ismael.

—¡¡Mamiii!!

Martina se quedó parada al verla en esa silla. —¿Qué te pasa?

—Tienes que tener cuidado con mami —dijo Ismael—. Tiene una herida en la barriga y no puede recibir ningún golpe.

—¿Porque le han sacado al bebé y le ha hecho mucho daño?

—Sí —dijo Elvira con voz apagada—. Dame un beso, hija mía.

Martina besó a su madre y le dio un abrazo con mucho cuidado.

—Te he echado tanto de menos... ¿Has visto a tu hermanito? Necesitaré que me ayudes a cuidarlo.

—¡Sí! Le he traído un osito para jugar con él. —¡Hola Pablo!

Elvira e Ismael lo saludaron. Después Ismael se llevó a la niña para que Pablo y ella pudieran hablar a solas.

—¿Me ayudas a tumbarme? Llevo mucho rato sentada y estoy ya muy incómoda; esto duele.

Elvira todavía llevaba puesto el drenaje así que Pablo le ayudó a tumbarse en la cama, con mucha delicadeza.

—¡Enhorabuena!

—Gracias, Pablo.

Elvira lo miró intensamente y luego suspiró. —Me recuerdas tanto a Sebastián que duele...

—No pienses ahora en él; has iniciado otra etapa de tu vida.

—Siempre pensé que tendría un hijo con él. —Fue mi hermano quien acabó con esa ilusión. Elvira lo miró sorprendida.

—¿Lo sabes?

—Sí, y lo siento mucho, Elvira. Durante todo este tiempo no he sido justo contigo; perdóname.

—Creo que yo tampoco lo fui; debí contarte la verdad desde el principio. Al menos Sebastián siempre fue honesto conmigo.

—Pero no conmigo.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? Que esa zorra no os quería a ninguno de los dos.

Pablo se rio; Elvira no entendía qué había dicho que le resultara tan gracioso.

—¿Por qué te ríes?

—Porque le habían llamado de todo, pero lo de zorra es nuevo; y le va que ni pintado.

—Me alegro de que ahora estés con Gabriela. Mi hija la quiere mucho, así que debe ser buena. —Lo es.

—Pablo, te pido por favor que no le guardes rencor a tu hermano. Yo ya lo perdoné; haz tú lo mismo. Desde lo más profundo de mi corazón, sé que de haber vivido hubiera recapacitado. Sebastián era buena persona, un buen padre y durante muchos años, un buen esposo. Estoy segura que la historia hubiera sido muy distinta sí...

Elvira finalmente rompió a llorar.

—No pienses en eso —dijo Pablo tomándole de la mano—. Tienes una nueva familia; Ismael es un buen tío, Martina una niña sana y feliz, y acabas de ser madre. Tienes la historia que te mereces y espero que mi familia y yo, sigamos formando parte de vuestras vidas.

—Eso siempre; eres el tío de mi hija —dijo con una sonrisa—. Gracias por apoyarme.

—Gracias a ti por permitir que el niño lleve el nombre de mi hermano.

Pablo despertó entusiasmado, tenía muchas ganas de volver al trabajo y tomar las riendas, no solo las del proyecto, también las de su vida. Se duchó, se vistió con uno de sus trajes de diseño y pasó por la cafetería de Anne a por unos deliciosos cruasanes.

—Anne, pónmelos para llevar; hoy regreso al trabajo.

Anne sonrió; veía a Pablo feliz y eso le gustaba. —Que tengas buen día.

¡Ah! Y dile a tu novia que hace días que no le veo, que se pase a saludarme.

—Esta tarde, sin falta, la tienes aquí.

Le dio un beso a Anne y se despidió.

Carla se le había adelantado y ya estaba en su mesa organizando los currículums de las modelos. —Buenos días, jefe. Me gustabas más cuando no parecía que una vaca te hubiera lamido el pelo.

Pablo se llevó la mano a la cabeza y notó su cabello endurecido; igual se había pasado un poco con la gomina.

—Y ya que estamos, también te diré que con ese traje pareces un abogado penalista; eres creativo, tienes la licencia de vestir desenfadadamente, como te venga en gana.

Gabriela también se metía mucho con sus trajes; aún recordaba cuando lo llamaba estreñido. —Te acepto el consejo si tú me aceptas otro: habla con Garrido.

—No va a ser posible porque ayer lo mandé a la mierda y ya debe estar llegando.

—Toma —le entregó los cruasanes—. A ver si así te endulzas el día porque te has levantado guerrera —dijo Pablo con una sonrisa.

Después entró en su despacho y lo preparó todo para la reunión que empezaría en pocos minutos. Aprovechó también para escribir a Gabriela.

«¿Comemos juntos?».

Lo acompañó de emoticonos besucones como hacía ella.

«Tengo que ir al hospital».

«Te acompaño».

«¡Vale! Estoy muy feliz porque mañana Candela vuelve a casa».

«Me alegro mucho. Eso hay que celebrarlo».

Cuando oyó a Carla gritar «imbécil», supo que Garrido ya había llegado. Los dos entraron en su despacho malhumorados.

—Aquí tienes las modelos seleccionadas, jefe —dijo Carla dejando un montón de archivos sobre la mesa—. Voy a preparar los cafés.

—Yo quiero un capuchino, por favor.

—Y para mí un cortado corto de leche, por...

Carla dio un portazo, ignorando la petición de Garrido.

—Aquí se respira mucho amor —bromeó Pablo. —Quién me mandaría a mí enamorarme de una mujer tan insufrible.

Pablo se sorprendió mucho con la confesión de Garrido; había dicho abiertamente que amaba a Carla. ¿Qué le pasaba a esa mujer que no reaccionaba? Estaba claro que ella también lo quería, pues ya se sabe que del amor al odio hay solo un paso, y ella ese límite lo infringía todas las navidades. Pablo pensó que debía hacer algo al respecto.

—Paciencia, Garrido, no es tan fiera como parece. Pongámonos a la faena.

El eslogan de la campaña era «Donde tus sueños te lleven». Las modelos sobrevolarían con un globo en la mano, las cinco ciudades elegidas: Roma, París, Londres, New York y Estambul. Pablo se había inspirado en los globos mensajeros de Martina. Carla entró de nuevo en el despacho, con los cafés. También traía para Garrido, pero le sirvió lo que a ella le vino en gana.

—Gracias, preciosa —le dijo Garrido enfureciéndola aún más.

—Lleva cianuro; tú mismo.

Pablo se rio; su secretaria era increíble e intuía que estaba enamorada hasta las trancas.

—He traído algo que quiero que veáis.

Les enseñó los diseños de Gabriela.

—¡Me encantan! —enfaticó Carla—. ¿De dónde los has sacado, jefe?

—Son de Gabriela.

—¡Guau! Pues son una pasada.

—Elegid los que más os gusten para cada uno de los escenarios escogidos.

—¿Y las modelos? Tenemos que seleccionarlas ya, pues pasado mañana empiezan las sesiones fotográficas —informó Garrido.

—Yo hice una selección previa —añadió Carla—. Ahí tienes las modelos que más se ajustan a lo que buscamos.

—Olvidadlo, ya tengo a la modelo perfecta. Vamos a centrarnos en las fotos panorámicas, ya que la sesión fotográfica es sin fondo; posteriormente se realizará el montaje.

Sonó el teléfono de Pablo y salió del despacho para atender la llamada.

Le había pedido a Gabriela que le hiciera una llamada perdida para poder así salir y dejar a solas a esos dos cabezotas. Después cerró la puerta con llave y pasó una nota por debajo de la puerta. «Necesitáis hablar; vuelvo en dos horas». Observó cómo se movía la manivela, seguido de unos golpes en la puerta.

—Jefe, jefe, no me hagas esto. ¡Abre, por favor! Como no abras te juro que pongo cianuro en tu café.

—Todavía no entiendo cómo pude enamorarme de una mujer «tan dulce» —se escuchó a Garrido tras la puerta.

Pablo sonrió. Después se marchó dejándoles a solas para que resolvieran su situación o complicándola aún más. Pasó a recoger a Gabriela pues habían quedado en que la acercaría al hospital. Nada más subir al coche, le entregó un pequeño regalo.

—¿Y esto? —preguntó Gabriela sorprendida. —Mensaje del día de hoy: «Esta Navidad brilla con luz propia».

Gabriela abrió el regalo. Eran unos leds con forma de estrella.

—Me gusta mucho —dijo con una sonrisa—. Ahora dime, ¿me estás sobornando por algo?

—Pues ya que lo dices... te quería pedir un pequeño favor.

—¡Lo sabía! Si se trata de una nueva mentira, la respuesta es no.

—No más mentiras, Gabriela. Te prometo que cuando acabe el plazo que te pedí, se sabrá toda la verdad.

Ella supo que hablaba en serio porque le había llamado por su nombre.

—¿Qué quieres que haga esta vez?

—Quiero que seas mi modelo. Bueno, aparte de que vamos a necesitar tus diseños. Firmarías un contrato, evidentemente.

—¿Yo modelo? —Gabriela se rio.

Su conversación se vio interrumpida por una llamada; era de Carla. Pablo conectó el manos libres pues iba conduciendo.

—Sobre tu mesa tienes una factura de más de cien euros; es del cerrajero —dijo muy enfadada—, y da gracias de que no han tenido que venir los de homicidios.

—¿Ya os habéis reconciliado?

—Nunca lo sabrás —Carla colgó.

—¿Qué se supone que le has hecho? —preguntó Gabriela intrigada.

—Encerrarlos a ella y a Garrido en mi despacho. Esos dos cabezotas se quieren y son incapaces de reconocerlo y mucho menos de hablar de ello.

—A veces el amor es complicado —dijo Gabriela con tristeza—. Solemos decir que no encontramos las palabras para expresar nuestros sentimientos, pero eso no es verdad; lo que no encontramos es el valor.

Pablo la miró intensamente y se le hizo un nudo en la garganta, con esas mismas palabras que no se atrevía a decir:

—Gabriela yo...

—El semáforo ya está en verde.

Ella también tenía miedo a escucharlas, así pues, los astros se alinearon a su favor y esas palabras no llegaron a pronunciarse. Siguieron así con su farsa y falta de sinceridad, hasta que llegaron al hospital. Gabriela presentó a Pablo pues su cuñado todavía no lo conocía.

—¿Cómo estás, Candela? —le preguntó Pablo. —Bien —contestó ella con una sonrisa—, me voy a casa.

—Me alegro mucho; Julia se pondrá muy contenta.

—Es una sorpresa, por favor, no le digas nada —le pidió Juan—, no queremos que se entere de la enfermedad de su madre.

Gabriela le entregó un paquete a su hermana, dentro del cual iba una peluca rubia. Candela se la probó y luego se miró en un espejo de mano.

—¡Me gusta! —sonrió a su reflejo—. Gracias Gabriela por donar tu pelo, porque gracias a personas como tú, yo puedo seguir viéndome guapa.

—Cande, tú estás guapa de cualquier manera. —La melenita te queda muy bien —dijo su esposo—, pareces más joven.

—A ver si ahora me voy a buscar a otro —bromeó Candela guiñándole un ojo.

—No encontrarás mejor partido que yo.

Juan le dio un beso a su mujer y ella le respondió con un «te quiero». Pablo sintió envidia pues, pese a las circunstancias, esa pareja era afortunada.

—Vamos a tomar un café —propuso Juan— y dejemos que las mujeres hablen de sus cosas. Juan le contó a Pablo que estaban organizando una fiesta

de bienvenida para Candela.

—Bueno, aunque en realidad es para los dos —le aclaró a Pablo—, ya que se supone que regresamos de un largo viaje. Hemos comprado por internet unos suvenires de distintos países; son nuestros recuerdos del viaje, regalos para Julia.

—Lo tenéis todo muy bien ideado; pero en lo poco que conozco a Julia, debo decir que es una niña muy inteligente. Mi consejo es que le vayáis dosificando la verdad, antes de que la descubra por su propia cuenta.

—Tienes razón, Pablo.

Recogieron a las niñas, cada una de sus respectivos colegios y quedaron a merendar en la cafetería de Anne.

—Tenemos una sorpresa —les dijo Gabriela; las niñas la miraban expectantes—. Vamos a hacer una fiesta pijama.

Julia y Martina se pusieron a dar saltos de alegría por toda la cafetería.

—Yo tengo que regresar a la oficina —dijo Pablo despidiéndose.

Habían quedado que la señora Concha acudiría a merendar con ellas y les llevaría la ropa de Martina. Como ya habían terminado el colegio y empezaban las vacaciones de Navidad, se pusieron los pijamas, prepararon unos bocadillos, palomitas y se tumbaron en el sofá para ver «Frozen». Gabriela estaba preocupada porque Pablo ni llamaba ni aparecía. No obstante, le guardó un poco de cena por si decidía unirse a ellas.

«Solo un acto de amor verdadero puede descongelar un corazón helado», decía el troll en la película a Ana y Cristoff.

—Se refiere a un beso —les aclaró Gabriela a las niñas, aun sabiendo cómo terminaba la película—. Si Cristoff besa a Ana, la salvará.

—¡Qué dices! —protestó Julia.

—Un beso de amor te lo pueden dar muchas personas, solo es necesario que te quieran de verdad —añadió Martina.

—Es Elsa la única que la puede salvar porque es su hermana y la quiere mucho; ya lo verás.

En esos momentos tocaron a la puerta; por fin llegaba Pablo. La alfombra musical le dio la bienvenida.

—¿Problemas en el trabajo?

—Mi secretaria me amenaza constantemente con ponerme cianuro en el café; aparte de eso, todo normal.

—¡Silencio! —protestó Julia—. No escuchamos la peli.

—Vaya recibimiento me han dado...

Ellos dos se fueron a la cocina para que Pablo cenara y las niñas siguieron con su película. No llegaron a ver el gran final porque no tardaron en caer rendidas. Pablo ayudó a Gabriela a llevarlas hasta la habitación; iban a compartir la cama de Julia.

—¿Y yo dónde voy a dormir? —preguntó Pablo pícaramente.

—En el sofá —contestó Gabriela con una sonrisa.

—«Jingle Bells», eres muy injusta conmigo, pero te vas a arrepentir porque, no podré dormir a tu lado, pero vas a estar toda la noche soñando conmigo.

Como si de un maleficio se tratara, así fue; Gabriela no pudo sacarse a Pablo de la cabeza y tuvo un sueño extraño en el que ambos se besaban a los pies de la torre Eiffel.

Pablo había pasado una noche horrible en aquel viejo sofá. Fue el primero en despertarse, así que preparó los desayunos. Las estanterías de Gabriela, en comparación a las suyas, eran la tierra prometida: tenían de todo. Dejó los desayunos sobre la mesa y, al pasar por la chimenea falsa, se quedó observando el dibujo que había apoyado en ella.

—Buenos días, tito Pablo —dijo Julia con voz somnolienta.

—Bonito dibujo, ¿lo has hecho tú?

—Sí —bostezó—, es para Papá Noel.

—Seguro que le gustará.

Pablo no comentó nada más; resultaba evidente que eran él y Gabriela. Los deseos de la niña estaban muy claros.

—Julia —le reprendió Gabriela entrando en la sala—. ¿Por qué vas descalza?

—Le he dejado mis zapatillas a Martina.

En esos momentos hizo su aparición la niña e iba perfectamente calzada con sus propias zapatillas. —Serás mentirosa... que sepas que los Reyes te traerán carbón a este paso —le advirtió Gabriela.

Julia escondió la cara tras sus manos; la habían pillado. Después de desayunar, Pablo se llevó a Martina a casa de sus padres y Gabriela a su sobrina a la clínica, pues tenía un paciente a primera hora.

—Jeni —le preguntó Julia—, ¿podrías llamar a mi mamá?

—Esto... Julia, no tengo su teléfono.

—¡Pero yo sí! —Julia le entregó un papel—. Si me dejas, yo sé marcar.

Jeni se vio en un apuro pues sabía perfectamente en dónde estaba Candela, ¿y si metía la pata? Julia no le dio tiempo a reaccionar porque cogió el teléfono y marcó.

—Julia, seguramente no tengan cobertura —dijo Jeni intentando que colgara.

Para su sorpresa, Candela respondió a la llamada. —¡Hola mi amor!

—¡¡Mamiiii!! Te echo mucho de menos, ¿cuándo vas a venir?

—Pues... tenemos una sorpresa para ti. Acabamos de subir al avión; papá y yo volvemos a casa.

Julia gritó de alegría y hasta soltó alguna que otra lágrima. Gabriela, de inmediato, salió del despacho asustada.

—¿Pasa algo?

—Tía, mis papás vuelven a casa.

Julia se abrazó a su tía y lloró; pero eran lágrimas de alegría. Gabriela había quedado con Pablo en la oficina de éste, para hablar de los términos de su contrato.

—¡Caray! —bromeó Gabriela—. Cobro más siendo tu modelo que tu loquera.

—Vamos a pagarte también por los diseños —añadió Pablo con una sonrisa.

Gabriela firmó el contrato en presencia de Pablo y Garrido.

—¡Ya está! —dijo devolviéndole el bolígrafo a Pablo. —¡Bienvenida a nuestro equipo!

Garrido le tendió la mano y Gabriela sonrió. —Llevas una mancha en el cuello de la camisa.

Era carmín de labios; Pablo también reparó en ella y se rio a mandíbula batiente. En esos instantes entró Carla con los cafés.

—No sé qué os hace tanta gracia.

—Me gusta el color de tu labial —bromeó Pablo. —¡Me las vas a pagar todas juntas! —bramó Carla. —El amor está en el aire... —musitó Gabriela.

—¡Vale ya, Carla! —intervino Garrido—. Creo que tu enfado es injusto. Deberíamos estarle agradecidos porque de no ser por él, no estaríamos saliendo.

—¿Y quién te ha dicho a ti que lo estamos? Garrido contrajo la cara en un rictus agrio.

—Carla —intervino Gabriela—, ven conmigo; enséñame los bocetos que habéis seleccionado.

Gabriela sacó a Carla del despacho para hablar con ella tranquilamente. La secretaria le mostró los bocetos a los cuales se refería.

—Yo en París me decantaría por una boina roja y capa del mismo color. Debajo un vestido blanco para que contraste —propuso Gabriela—. ¿Qué te parece?

—Mucho mejor; tú eres la experta.

—Carla, ¿por qué tratas así a Garrido? Es evidente lo mucho que te ama.

—Porque no quiero que me tenga como algo seguro, ¿vale? No soy de su propiedad.

—Él no es culpable de tu pasado; no lo ames con condiciones.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, por tu actitud, deduzco que tuviste algún novio posesivo que te trataba muy mal; por eso te has creado una coraza que no da paso al amor. ¿Sabes qué consigues con eso? Que alejas lo malo, pero también lo bueno.

—Me maltrataba... y no solo psicológicamente —reconoció Carla con dolor.

—Garrido no es esa persona. Permítete conocerlo, quererlo libremente; el amor se basa en la confianza y en la sinceridad. Cuando amamos a alguien, no lo ofendemos.

—Gracias, Gabriela.

Se quedó pensando en sus propias palabras... ¿En dónde estaba su sinceridad? Engañaba a Pablo y lo peor de todo: se engañaba a sí misma. Ambas regresaron al despacho tiempo después, con los bocetos

seleccionados.

—Bueno —dijo Gabriela—, con esto ya está todo. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana —informó Pablo.

—Y me voy a perder el sorteo del Gordo; con lo que me gusta.

—Créeme; no te arrepentirás.

—Garrido —dijo Carla—, tengo que hablar contigo... Y contigo también, jefe. Te pido perdón por si he sido borde en algún momento.

—En algún momento dice...

—Reconoce que no estuvo bien encerrarnos en el despacho, aunque por otro lado agradezco que lo hicieras.

—¿En qué quedamos? —protestó Pablo.

Pero Carla ya estaba besando a Garrido, dejándolo sin respiración.

—Ya no me acuerdo lo que te iba a decir —le susurró sin aliento a su amado.

—Mejor no digas nada —le pidió Garrido—. Bésame que así nos entendemos mejor.

Pablo y Gabriela salieron discretamente del despacho, dejando a solas a los tortolitos.

Julia llevaba un buen rato inflando globos con el hinchador y luego su abuelo los ataba. Habían pensado hacer la fiesta de bienvenida en casa de los padres de Gabriela. Hicieron un cartel grande con cartulinas de colores y Julia las adornó con mucha purpurina; le encantaba ese polvito brillante. Gloria había preparado una tarta de chocolate y Gabriela se encargó de la decoración de la mesa.

—Mamá, has hecho tanta comida que tendremos sobras hasta Nochebuena —bromeó Gabriela. —¿Ya vienen? —preguntó Julia por enésima vez.

—Han dicho que a las siete —repitió Julián una vez más—; todavía faltan quince minutos.

Julia estaba muy nerviosa. Desde que supo que sus padres regresaban, ese había sido el día más largo de toda su vida. En eso que llamaron a la puerta y Julia fue corriendo a contestar.

—¡Son ellos!

Salió a recibirlos y en cuanto se abrieron las puertas del ascensor, se lanzó a los brazos de sus padres. Candela lloraba emocionada y Juan se abrazó a las dos.

—¡Ya estáis aquí!

—Y te hemos traído muchos regalos —le dijo su padre.

—Mami, ¿te has cortado el pelo?

—Sí, ¿te gusta?

—¡Estás requeteguapa! Pero te veo muy blanquita; no has tomado mucho el sol, ¿eh?

—Hemos estado por tierras irlandesas —le aclaró Juan—, hacía mucho frío.

—Yo también tengo un regalito para vosotros.

Julia les enseñó una caja de cartón en la que había puesto sus trabajos del colegio y las notas del primer trimestre.

—¿Os gusta?

—Tú eres el mejor regalo de todos —dijo Candela con lágrimas en los ojos.

Mientras, en otra parte de la ciudad, se daba lugar otro reencuentro; Elvira volvía a casa, pero este fue un poco más triste porque el bebé se quedaba en cuidados intensivos.

—¿Y mi hermanito? —preguntó Martina tristemente. —Se tiene que quedar en el hospital hasta que engorde un poquito; entonces podremos traerlo a casa —le explicó su madre.

—¿Puedo ir a verlo?

—¡Claro! Iremos todos los días.

—Mami, voy a llevarle un dibujo y así cuando lo vea, se acordará de nosotros.

—Me parece una gran idea, hija.

Pablo regresó a su casa, en donde le esperaba su única compañía: Scooby. Después de haber convivido con las chicas, su piso le parecía más feo y solitario que nunca. Debía darle la razón a Gabriela: su piso carecía de personalidad pues no tenía vida. Abrió el calendario de adviento, aunque un

poco tarde, y después de comerse la chocolatina, leyó:

«En Navidad todos los caminos llevan a casa» Acababa de descubrir que su hogar estaba junto a Gabriela.

«El mayor premio es compartirlo»

A Pablo le entró un ataque de risa nada más levantarse; Gabriela había utilizado para el calendario de adviento, uno de los eslogans más famosos.

«Te van a denunciar por plagio los de la lotería nacional».

«Espero que en el sorteo de hoy tengas mucha salud y amor; el dinero es opcional. Nos vemos en una hora».

La sesión fotográfica empezaría a las nueve y media. Gabriela ya había cerrado la consulta por festividades navideñas y Jeni, como modista suya, la acompañó a las oficinas de Art Invictus. Gabriela se entregó a las manos de Rubén, el estilista, para que la peinara y maquillara.

—No le cardes el pelo —dijo Jeni—, va a parecer un nido de pájaros.

Gabriela se miraba en el espejo y la verdad es que tampoco le gustaba demasiado el resultado. —¿Perdona? —protestó Rubén ofendido—. ¿Quién eres tú para meterte en mi trabajo?

—Soy su representante.

Gabriela iba a protestar, pero Jeni apoyó la mano en su hombro y con un simple gesto la mandó callar.

—Aquí el artista soy yo, así que, por favor, te pido que te mantengas al margen; gracias.

Rubén era de complexión delgada, con cierto aire afeminado. Llevaba montura de pasta (aunque las gafas no tenían graduación) y su pelo era difícil de definir, pues cambiaba de look cada semana. Rubén maquilló a Gabriela ante la atenta mirada de Jeni, que estaba degustando una de sus barritas de cereales.

—Te has pasado con el maquillaje; parece la prima lejana de Michael Jackson —comentó Jeni.

Rubén la asesinó con la mirada.

—¿Quieres dejar de meterte en mi trabajo?

—Estoy velando por los intereses de mi representada —dijo Jeni teatralmente, imitando una frase de película.

—¡Pablo! —vociferó el estilista—. ¿Puedes venir un momento?

El publicista acudió al llamado de Rubén y torció el gesto al ver la cara de Gabriela.

—¿Qué pasa?

—¿Le puedes decir a «esta señorita» que se vaya a incordiar a otra parte?

—¿Por qué le has puesto tanto maquillaje? Quiero que parezca dulce y sensual; no una vedette de revista.

Rubén resopló ofendido.

—Lo que yo decía —concluyó Jeni triunfante—, la prima lejana de Michael.

Al ver la cara del estilista, Pablo se vio en la obligación de intervenir.

—Jeni, acompáñame; tengo una duda sobre el vestuario.

—Te voy a estar vigilando —le advirtió Jeni al estilista antes de alejarse de allí.

Iban a comenzar por París. El fondo era blanco para posteriormente realizar el montaje. Gabriela tenía que saltar en una cama elástica para que el objetivo pudiera captarla volando.

—Me voy a matar con los tacones.

Se había puesto los zapatos de Dorothy, como los llamaba ella.

—Tranquila, no voy a dejar que te caigas —le sonrió Pablo.

Rubén se acercó a darle los últimos retoques. —¡Me encanta el vestido! Las costuras están muy bien hechas.

—¡Graaaciaaaaas! —dijo Jeni a sus espaldas. —¡Piérdete! —bramó el estilista.

—Lo ha cosido ella —le aclaró Gabriela.

Rubén torció el gesto.

—¿No se supone que es tu representante?

—Y mi modista; los diseños son míos, pero cose ella.

—Además de guapa, con talento —sonrió el estilista. —¿Lo dices por mí o por Jeni? —bromeó Gabriela. —Olvídate —le aclaró Carla—, es la novia del jefe.

—Vaya, vaya... Y yo que pensaba que eras gay. ¡Menos mal! Porque

hubiera sido un desperdicio — comentó Jeni haciéndole ojitos al estilista.

Rubén se asustó y se fue murmurando:

—¡Qué mujer más insufrible!

Comenzó la sesión fotográfica. Al principio a Gabriela le costaba mantener el equilibrio y no lograba sonreír, pues le podía el miedo a caerse. Nadie la esperaba, pero Covadonga apareció ante la sorpresa de todos. Venía acompañada por el señor Miralles.

—Vengo a ver cómo va todo —dijo Covadonga a modo de saludo.

—Pablo, me encanta la modelo escogida.

—Gracias, señor Miralles.

Gabriela, desde que llegara Covadonga, estaba muy nerviosa y no prestaba atención a las indicaciones del fotógrafo; con tan mala suerte que pisó mal y cayó. Pablo fue de inmediato a levantarla.

—¿Estás bien?

—Sí; ha sido por culpa de los zapatos.

—¡Está bien! Descálzate; ya lo arreglaremos después.

Solo Jeni se dio cuenta que Covadonga sonreía maliciosamente ante la caída de Gabriela. Repitieron las fotos, esta vez descalza, y salieron mucho mejor. Poco a poco, Gabriela se fue relajando. Jeni recibió un mensaje de su madre en el que le informaba del número que había salido premiado con el Gordo, en el sorteo de Navidad. La chica casi se cae redonda de la impresión al ver las cinco cifras.

—¡Gabrielaaaaa, nos ha tocado el Gordo!!!

Su grito se escuchó por todo el estudio. Gabriela pegó un salto de alegría y realmente dio la sensación de que volaba. Momento que captó el fotógrafo entusiasmado.

—¡Tenemos la foto perfecta! —afirmó Pablo que no cabía en sí de gozo.

Dejaron una hora de descanso para almorzar. Habían preparado, en una sala aparte, cafés, bollería, bocadillos y bebida para todo el equipo.

—¿Podemos hablar? —detuvo Covadonga a Pablo tomándolo del brazo.

Él se lo pensó, pero estando presente su jefe, fue mejor resolver la situación sin altercados. Gabriela los miró preocupada, pero siguió a Jeni que, por increíble que pareciera, estaba muerta de hambre.

—¿Qué quieres, Covadonga? —preguntó Pablo cuando se quedaron a solas.

—Pedirte perdón.

—Un poco tarde, ¿no?

—No estoy acostumbrada a suplicar, así que no lo voy a hacer. Suficiente castigo es saber que os perdí a ambos.

—Es lo que tiene jugar con los sentimientos de las personas.

—Te agradezco que te hayas hecho cargo de la campaña publicitaria.

—Es mi trabajo.

—Dejémoslo; ha sido inútil hablar contigo.

Covadonga dio media vuelta, aleteando las fosas nasales, furiosa por la fría respuesta de Pablo.

—Espera... —Pablo lo pensó mejor; quería cerrar este capítulo de su vida—. Te perdono; pero no me pidas nada más. De ahora en adelante solo seré tu publicista.

Covadonga aceptó su derrota. De todos modos, ya había puesto los ojos en otro objetivo. Ella valía mucho para atar su vida a un simple publicista; iría directamente a por el empresario pues, el señor Miralles, a sus cuarenta y ocho años, no estaba nada mal...

Pablo se incorporó al almuerzo junto al resto del equipo.

—¿Todo bien? —le preguntó Gabriela.

—Sí —respondió con una sonrisa.

—Por cierto, ¡enhorabuena! Eres una nueva rica.

—Ni en mis mejores sueños; Jeni se equivocó de número.

Pablo se rio; esa chica era única y menos mal porque el mundo no podría soportar dos como ella. Que se lo dijeran sino a su estilista.

—Creo que no nos han presentado debidamente; soy Jeni.

Ella le tendió la mano, pero él la ignoró.

—No puedo decir que sea un placer conocerte; eres como una espinilla.

Rubén se fue huyendo de Jeni y ésta, tomando un donut, se fue en busca de Gabriela y Pablo. —¿Sabéis qué os digo? A «ese», estas navidades lo tengo comiendo en la palma de mi mano.

Pablo se rio y Gabriela aprovechó para quitarle el donut a su amiga.

—Los tienes prohibidos.

En otro momento hubiera protestado, pero de pronto Jeni tenía una misión en esta vida: conquistar al estilista.

Gabriela cayó rendida en el sofá. Le dolía todo el cuerpo, después de estar dando saltos en la cama elástica. Había pasado por casa de su hermana para ver cómo seguía. Ya no le quedaban fuerzas para nada más. No se hizo ni la cena, pues le apetecía más una taza de chocolate caliente. Encendió el televisor y disfrutó como una niña, viendo lo ilusionada que estaban las personas que habían sido afortunadas en el sorteo. Después de comprobar sus décimos, solo tenía tres devoluciones, pero eso no le entristeció pues había aprendido que en la vida había cosas mucho más importantes que el dinero; ya lo decía el dicho. Recibió un whatsapp de Pablo con una foto suya que había hecho desde su móvil, en la sesión fotográfica. La foto era muy divertida porque Gabriela estaba volando por los aires.

«Me ha gustado compartir tu suerte; nunca antes me había sentido tan afortunado».

Gabriela se quedó sin palabras, no sabía ni qué contestar.

«No nos ha tocado ni una simple devolución». Pablo le respondió con la misma frase que ella había incluido en su calendario de adviento.

«El mejor premio es compartirlo».

Y lo que ellos compartían, tenía un valor incalculable.

Pablo madrugó un poco más de lo normal, pues quería sorprender a Gabriela. Pasó por la cafetería de Anne a recoger su pedido y fue a buscar a Gabriela. Ella no esperaba encontrarlo en la puerta de su casa.

—«Bonjour mademoiselle, son déjeuner».

Gabriela sonrió y casi se muere de amor al ver la cajita en la que transportaba los «coulants».

—¿A qué viene todo esto?

—Eres nuestra estrella; te tengo que consentir.

Gabriela ya había desayunado, pero no iba a decir que no a esos fantásticos «coulants». Preparó café para Pablo.

—¿Sabes que me ha llamado tu madre? Quiere que cene con vosotros

esta noche.

—No es necesario que vengas, se lo voy a contar todo; ya estoy preparado.

—Me alegro —sonrió Gabriela—, pero no me voy a perder una cena de tu madre por nada del mundo.

Pablo tomó su mano y la besó con dulzura. —Gracias, «Jingle Bells».

Jeni ya los estaba esperando a las puertas de Art Invictus.

—Llegáis tarde —protestó.

—La artista nunca llega tarde —bromeó Gabriela.

Subieron en el ascensor que a esas horas iba lleno hasta los topes.

—Jeni, ¿no crees que te has pasado un poco con el maquillaje?

—No lo creo —declaró con satisfacción—, voy a la caza de un estilista.

Pablo y Gabriela se rieron; a saber qué estaría tramando esa cabecita loca. Había tenido tiempo de investigar en las redes sociales, tarea muy fácil pues Rubén, imprudentemente, tenía casi todos los perfiles públicos. Sabía que practicaba taichí, que era apasionado de los musicales y tenía un «rottweiler» negro. Su cantante favorita era Adele; punto a su favor porque ambas eran mujeres grandes en cuerpo y alma. Todo el equipo los estaba esperando en el estudio, pues fueron los últimos en llegar. Gabriela se entregó a las manos de Rubén para que hiciera su trabajo.

—Buenos días, bombón —lo saludó Jeni quitándose la chaqueta lentamente, como si estuviera haciendo un striptease.

Gabriela no podía contener la risa. Jeni se había puesto un vestido color burdeos, ceñido y con mucho escote; nada apropiado para la ocasión. Si pretendía llamar la atención del estilista, desde luego que lo estaba consiguiendo.

—¿Es de la colección de Prieto Di Luca? —preguntó sorprendido.

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Es mi diseñador favorito.

Rubén empezó a mirar con otros ojos a Jeni; tenía un gusto impecable en cuanto a moda se refería. Lo que ella jamás confesaría, era que fue a comprarse ese vestido a última hora de la tarde, dejándose la mitad de la paga extra de Navidad, y todo porque entre sus pesquisas, descubrió que Rubén era

fan del diseñador.

Lo último que quedaba por grabar, era el escenario londinense. Gabriela utilizó uno de sus vestidos a cuadros (del clan de los McDonald, como le gustaba bromar a Pablo), con sus calcetines blancos de pompones. Según Rubén le daba un estilo muy chic. Habían conseguido unos globos de esos que se iluminaban por dentro y, después de tanta práctica en la cama elástica, lograron tomar las fotografías en un tiempo récord.

—Bien, chicos —informó Pablo—, hemos terminado por hoy. Gracias a todos.

—Vaya —se quejó Jeni—, no me ha dado tiempo a desplegar todos mis encantos. Tendré que pasar al plan B.

—¿Qué vas a hacer Jeni, que nos conocemos? — preguntó Gabriela temerosa de lo que pudiera hacer su loca amiga.

—Iré directamente al grano.

Jeni se acercó a Rubén, caminando lentamente mientras contoneaba las caderas de forma exagerada.

—¡Hola, bombón!

—¡Ay, Dios! —se lamentó éste al verla.

—Me preguntaba si querrías salir conmigo el sábado por la noche.

—Me viene fatal —contestó excusándose.

Jeni no se dio por vencida pues contaba con su negativa. Sacó dos entradas del musical de «El guardaespaldas» y se las plantó delante de las narices.

—¿Te gustaría venir conmigo al musical?

Rubén pegó un pequeño gritito y le arrebató las entradas para comprobar que eran reales. —«That's impossible!» Están agotadas desde hace meses.

—Una que tiene sus contactos —sonrió triunfante.

—¡Por supuesto que voy! Mejor empezamos desde el principio —le tendió la mano—. Soy Rubén; encantado de conocerte.

—¡Yo soy Jeni!

Ella sonrió abiertamente; tenía claro que antes de que acabaran las navidades, ese bomboncito caería rendido a sus encantos.

Pablo no había tenido tiempo de abrir el penúltimo día de su calendario

de adviento. Una vez estuvo listo para ir a la cena en casa de sus padres, se detuvo unos momentos a descubrir el mensaje que contenía la bolita número veintitrés.

«Esta Navidad te llevaré en mi corazón»

Como una lucecita se encendió en su interior y tuvo una fantástica idea, que llevó a cabo de inmediato. Antes de ir a casa de sus padres; pasó por el centro comercial.



213



Su madre ya estaba en la cocina; desde bien pequeño la recordaba así: entre fogones pues era su lugar favorito.

—¡Hola, hijo! ¿No ha venido Gabriela contigo? ¿Por qué te has traído al perro? —Concha formulaba todas aquellas preguntas mientras le daba un beso a su hijo.

—¿No te da pena? No lo iba a dejar solo en casa... —No lo quiero dando vueltas por mi cocina.

Pablo sacó a Scooby al pasillo y le dio una galleta para que se entretuviera.

—Ahora viene Gabriela; pero antes necesito hablar contigo —dijo en un tono más serio—. Te mentí, mamá; Gabriela es mi psicóloga.

Concha lo observaba atónito. Era la misma escena que tantas veces se repetía en su infancia; cuando ella sabía que le estaba mintiendo, pero aun así esperaba pacientemente a que su hijo confesara la verdad.

—¿Entonces, no es diseñadora de ropa?

—Sí, bueno, eso es verdad. Gabriela no es mi novia. Concha se rio.

—¿No te molesta que te haya mentido?

—Cariño —dijo acariciándole el rostro—, jamás lograrás engañar a tu madre; ni con cuarenta años. El problema es que intentas engañarte a ti mismo; ¿qué haces que todavía no le has dicho a esa chica que la quieres?

Pablo sonrió; su madre lo conocía perfectamente. Hablaría con Gabriela, pero cuando ella estuviera preparada y no tuviera más excusas que darle. Llamaron a la puerta y el primero dispuesto a abrir fue el perro; aunque tuvo que ser Pablo finalmente quien lo hizo. Martina nada más entrar cogió en brazos a Scooby.

—Tenía muchas ganas de verte. ¡Qué guapo estás!

—Ya veo lo mucho que te alegras de ver a tu tío. Tenía una cosa para ti, pero igual se la doy a otra niña.

Entonces, la interesada se lanzó a los brazos de su tío.

—¿Qué es? ¿Un regalito de Navidad?

—Ves a saludar a tus abuelos y luego te lo enseño. Pablo recibió a Elvira y su esposo Ismael.

—Gracias por venir.

—A ti por invitarnos —dijo éste—. Aunque es una situación un tanto extraña.

—Lo único que importa es la felicidad de Martina — afirmó Pablo con una sonrisa.

Martina volvió en busca de su tío; mejor dicho, de su regalo. Éste se lo

entregó pues lo llevaba guardado en una de los bolsillos del pantalón; era una caja pequeña.

—Tan pequeño, ¿qué puede ser? —preguntó la niña intrigada.

—Ábrelo y verás.

Martina destrozó el papel, ansiosa. Era una cajita rosa que contenía una cadenita de la que colgaba un corazón plateado.

—Es muy bonito; parecido al de la princesa Sofía. Se refería a un personaje de dibujos animados. —¿También es mágico?

—Sí.

Pablo abrió el corazón y dentro había una foto de Sebastián.

—Así él siempre estará en tu corazón.

Martina lloró y se abrazó a su tío.

—Gracias; es el regalo más bonito que me han hecho nunca. Te quiero tío Pablo.

Aunque trató de disimularlo, Pablo también lloró. Qué estúpido fue al renunciar a su sobrina tan fácilmente. Jamás nada ni nadie volvería a separarlos. Volvieron a llamar a la puerta, pero esta vez Martina fue más rápida que el perro.

—¡Es la tía Gabriela!

Elvira se coló en la cocina para saludar a Concha y hablar con ella, de ser posible, a solas.

—Gracias por invitarnos también a mí y a mi esposo.

—Quiero lo mejor para mi nieta.

—Pero no deja de ser una situación peculiar.

—Elvira —dijo Concha tomándola de las manos—, quiero que sepas que no te culpo de nada. Es normal que rehagas tu vida. No fue la muerte quien destruyó tu familia; fue mi propio hijo.

Concha retuvo una lágrima.

—¿Lo sabes? Pablo te...

—No; lo supe todo desde el principio. Yo misma los vi besándose. Lo siento Elvira; fuimos muy injustos contigo.

Concha se abrazó a ella.

—Solo te pido que no le guardes rencor a mi hijo.

—Concha, perdóné a Sebastián hace tiempo; él siempre será el padre de mi hija y mi primer amor. Me quedo solo con lo bueno.

—Gracias.

Martina entró corriendo en la cocina.

—Mamá, mira lo que me ha regalado el tío Pablo.

Elvira miró el corazón y al ver la foto que contenía, se le secó la boca y se le humedecieron los ojos.

—Es un regalo precioso.

—Ahora papá estará siempre en mi corazón. Gabriela asomó por la puerta.

—¡Hola! ¿Os ayudo en algo?

—¡Gabriela! —Le saludó Concha alegremente—. Estás preciosa, como siempre.

Llevaba un body negro de manga larga y una falda de vuelo con un estampado muy original, de bolas navideñas.

—Me tuvo más de dos horas haciendo el disfraz de Julia, hasta me quemé los dedos y total, le podía haber dejado esa falda; parece un árbol de Navidad —bromeó Pablo que entraba en esos momentos en la cocina.

Gabriela le sacó la lengua y añadió:

—Por lo que me paga tu empresa por mis diseños, puedes seguir metiéndote con mi vestuario todo lo que quieras.

—Tú —ordenó Concha a su hijo—, a poner la mesa y deja de incordiar a tu novia. Martina, ves a ayudar a tu tío que es un auténtico desastre.

Salieron de la cocina dejando a las tres mujeres a solas.

—¡Hola Gabriela! No sé si te acuerdas de mí —le saludó Elvira.

—Sí, claro —se dieron dos besos—. ¿Cómo está el bebé? Por cierto, ¡enhorabuena!

—Gracias. Parece que va cogiendo peso. Esperamos que en una semana le den el alta.

—¡Me alegro!

La cena transcurrió de forma agradable. El señor Álvaro, siempre tan reservado, hasta se permitió contarle un par de chistes a su nieta. Martina, Elvira y su marido se retiraron pronto pues temprano iban al hospital a visitar

al pequeño Sebastián.

—Gracias por todo —Elvira se despidió de Concha.

—Os esperamos el domingo por la tarde —dijo Concha guiñándole un ojo a su nieta—, estoy segura de que Papá Noel pasará por aquí.

Martina abrió los ojos entusiasmada y dio saltitos de alegría:

—¡¡Sí!!

Luego abrazó a su abuela y ésta no cabía en sí de dicha.

—Yo tampoco tardaré en irme —dijo Gabriela—; me duelen las caderas de tantos saltitos en la cama elástica.

—A quién se le ocurre... —dijo Concha.

—¡A tu hijo! —Sonrió Gabriela.

Durante la cena, les había relatado cómo había ido la sesión fotográfica y les habló del contrato con Art Invictus.

—Y desde luego que habrá más contratos —afirmó Pablo—; tus diseños triunfarán.

—Gracias; aunque te burles de ellos constantemente, sé que en el fondo sabes que soy buena —le guiñó un ojo a Pablo.

—¿Has aparcado lejos?

—Un poco.

—Entonces te acompaño.

Gabriela y Pablo salieron de casa de los padres de éste, momentos después que Elvira y su familia. Había empezado a nevar.

—Hace mucho frío —se quejó Gabriela.

—Eso significa que Papá Noel está llegando —dijo Pablo con una sonrisa.

Llegaron hasta el coche de Gabriela. Ella abrió la puerta mientras se despedía de Pablo. Huía una vez más.

—¡Espera! —Le dijo él—. He hablado con mi madre y ya lo sabía todo.

—No se puede engañar a una madre —bromeó Gabriela—. ¿Sabe también que te vas a Nueva York?

—¿Por qué insistes en lo mismo?

—El señor Miralles te ofreció el ascenso, ¿verdad? Ese puesto en la oficina de Nueva York es tuyo; porque te lo mereces.

—Gracias; pero para tu información, no me voy a ninguna parte: renuncié al ascenso.

Pablo tomó el rostro de Gabriela entre sus manos. —Mírame Gabriela; solo quiero estar donde tú estés.

Para demostrárselo, la besó como nunca antes la había besado; completamente seguro de que la adoraba y de que haría lo que fuera para que esa testaruda mujer lo aceptara.

Gabriela llevaba toda la mañana tarareando la misma canción. «All I want for Christmas is you»; y era verdad, todo lo que quería esa Navidad era él. Desde que le dijera que no se iba a ninguna parte, que solo quería estar a su lado, vivía subida en una nube de felicidad. Había vuelto a tener ese sueño en el que se veía besando a Pablo, a los pies de la torre Eiffel. Era tan real que más que un sueño se le antojaba una visión de algo que todavía estaba por suceder. Gabriela aprovechó la mañana para empaquetar regalos. Los tenía todos escondidos bajo la cama, ya que antes no había podido hacer nada pues tenía a Julia en su casa y corría el riesgo de que los descubriera. Recibió un whatsApp de Pablo y el corazón empezó a latirle más deprisa. Después de que le hiciera aquella declaración de amor, ella no supo más que contestar: «Hablamos mañana». Otra vez dándole largas...

«¡Feliz Navidad "Jingle Bells"! Espero haber sido el primero en felicitarte».

«Pues lo cierto es que se te han adelantado, ya me han felicitado en tres grupos diferentes. ¡Feliz Navidad para ti también!».

«Tú sí has sido la primera en felicitarme». «¿Abriste ya el calendario de adviento?».

En cierto modo ahí acababa todo. Se habían dado un plazo y a partir de ese momento, ¿quién sabe lo que sucedería después?

Último mensaje:

« "Si no sabes qué regalar, regala amor"» «Pues yo ya tengo tu regalo».

Escribió Gabriela acompañándolo de un emoticono con guiño.

«Esta tarde iré a casa de tus padres. Nos vemos allí».

Después se despidió con un montón de emoticonos besucones. Pablo también tenía preparado el regalo de Gabriela; llevaba días planeándolo y

solo esperaba que ella dijera que sí.

Gabriela había optado por meter todos los regalos en una maleta, así le resultaría más fácil transportarlos hasta casa de sus padres, que es en donde celebrarían la Nochebuena. Antes se pasó por casa de Concha y Álvaro, pues tenía unos detalles también para ellos. Pablo la estaba esperando tal y como habían quedado. Por primera vez vestía de forma informal; tan solo llevaba un jersey de lana, vaqueros y no se había engominado el pelo. Todo lo contrario a ella, que se había vestido muy elegante con un vestido rojo de tafetán.

—¿Dónde vas tan guapa «Jingle Bells»? —preguntó Pablo robándole un beso.

Entonces Gabriela reparó en que en aquella casa no había signos de celebración alguna.

—¡Feliz Navidad! —felicitó a los padres de Pablo. —Estás guapísima, cariño —dijo Concha—. ¿Dónde vas a celebrar la Nochebuena?

—En casa de mis padres. ¿Y vosotros?

—¡Oh! No tenemos ánimo para muchas celebraciones; solos los tres...

—Y el perro —puntualizó Pablo intentando que su madre cambiara de tema.

—En un día así se siente más que nunca la falta de... —Concha se emocionó y las lágrimas no le dejaron seguir hablando.

Gabriela se entristeció; pensaba que después de la agradable velada que habían compartido junto a Martina y su familia, las nubes negras se habrían disipado; pero seguían ahí, tan presentes como el recuerdo de Sebastián.

—Os he traído unos regalos; son solo un detalle. —Cariño —se emocionó Concha—, no tenías por qué.

Concha abrió su regalo emocionada; era un libro de recetas de cocina para cumplimentar.

—Es para que anotes todas tus recetas. Realmente es un regalo un poco egoísta —bromeó Gabriela—, soy muy mala cocinera y lo que quiero es copiármelas.

—Gracias, cariño; ¡me encanta!

El señor Álvaro también abrió su regalo. Era una linterna frontal de

LEDS. El padre de Pablo no entendía muy bien para qué le iba a servir eso y Gabriela se lo explicó.

—Te lo pones así en la frente. Es para que veas mejor cuando estés pintando; observé que tenías poca luz y forzabas un poco la vista.

Álvaro sonrió y, ante la sorpresa de todos, le dio un beso y un abrazo a Gabriela; algo extraordinario para una persona tan introvertida como era él.

—Muy bonito «Jingle Bells», ahora ya no me atrevo a darles mis regalos; yo no puedo equipararme a tu nivel.

En el fondo Pablo se sentía muy orgulloso de su pequeña pelirroja; le gustaba la forma en que trataba a sus padres y eso hacía que la amara mucho más.

—No te quejes —dijo Concha—, que me ha contado un pajarito que esta vez no enviaste a tu secretaria a comprar nuestros regalos; así que sea lo que sea, me encantará.

Para demostrárselo, obsequió a su hijo con un beso.

—Bueno, me voy a despedir ya porque estaréis a punto de cenar y a mí me esperan en casa de mis padres.

—Tranquila, todavía no he preparado nada; no tengo ganas de cocinar. Calentaré unos codillos en el microondas.

Si Concha no tenía ganas de cocinar, con lo que a ella le gustaba, era que la cosa pintaba grave.

—Hijo, ¿por qué no te vas con tu novia? Nosotros nos acostaremos pronto; me duele un poco la cabeza.

No era del todo cierto, pero no quería que su hijo pasara una Nochebuena deprimente junto a ellos. Se sentarían en el sofá a ver la gala de Raphael, como todos los años; y después se acostarían.

—No quiero dejaros solos esta noche, precisamente. —¡Ya somos mayorcitos! Pablo, te ordeno que te vayas con Gabriela.

Pablo se vio en un compromiso pues por otro lado Gabriela tampoco reaccionaba.

—Mamá, es que no he sido invitado.

—Puede que al final de la noche estés terriblemente arrepentido —dijo Gabriela con una sonrisa—, ¿pero te gustaría pasar la Nochebuena con los

Velasco?

Pablo le devolvió la sonrisa.

—Si eso implica estar contigo, te aseguro que no me arrepentiré.

Gabriela y Pablo se besaron. Eran felices pues, como bien decía Julia, su mentira se había convertido en una realidad. Dejaron a Scooby con los padres de Pablo y fueron en el coche de Gabriela hasta la casa de los padres de ella. Cuando Concha, tras la ventana, los vio subirse en el coche, le confesó a su marido con una sonrisa:

—Sabía que al final acabarían juntos.

—¿Qué dices mujer?

El señor Álvaro no entendía nada pues los muchachos ya eran novios.

—Cosas mías... Nada, Álvaro, que Gabriela será la madre de mis nietos y eso me hace terriblemente feliz. Dios da igual que quita.

Pero Álvaro estaba más atento al televisor que a las palabras de su mujer, pues en breve emitirían el discurso del rey y él era muy patriótico.

Pablo estaba nervioso; no lo había pensado del todo bien, ni siquiera conocía a su suegro y se iba a sentar a cenar con toda la familia de Gabriela, el mismo día de Nochebuena.

—¿Estás segura de que no les importará tener un comensal más?

—Estoy completamente segura de que harás inmensamente feliz a Julia.

—¿Solo a Julia?

Gabriela sonrió y después se centró en lo que estaba haciendo; aparcar el coche.

—Ya hemos llegado.

—Gabriela, espera... —le dijo Pablo una vez apagó el motor—. Antes de que entremos en tu casa, quiero saber en calidad de qué lo hago. Ya no soy tu paciente y te dije que hoy se acababan todas las mentiras.

—En mi familia todos saben la verdad.

—¿Qué verdad de todas? ¿La de que te quiero? ¿La de que tú me quieres a mí, aunque te cueste reconocerlo? Gabriela Velasco —dijo besando su mano—, quiero que seas mi novia... de verdad.

Gabriela se aproximó a sus labios y le susurró bajito:

—Todo es posible en Navidad.

Él se los cerró con un beso.

Julia estaba impaciente esperando a su tía. Se había puesto su vestido de Mamá Noel pues esa noche iba a ser su ayudante especial; decía ella. Lo que Julia no esperaba, es que Pablo acompañara a su tía.

—¡Tito Pabloooo!

Nada más verlo se lanzó en sus brazos.

—¿Vienes a mi fiesta de Navidad? Soy la ayudante de Papá Noel.

—¡Hala! Ese es un cargo muy importante —dijo Pablo—. Tu tía me ha invitado. ¿Te parece bien que cene con vosotros?

—¡Síííí! Pero, tienes que contestarme a unas preguntas.

Sacó una libretita que llevaba en el bolsillo y anotó. —¿Vas a cantar?

—No lo creo —respondió Pablo poniendo caras raras.

Julia tachó en su libreta.

—¿Vas a bailar?

—Soy bastante torpe; mejor que no.

Julia volvió a tachar en su libreta. Anotó un número y después le entregó un papelito a Pablo.

—Ese es el número de tu asiento; puedes pasar. Luego repitió la misma operación con su tía. —Tía, ¿vas a cantar?

—¡Sí!

—¿Vas a bailar?

—¡Por supuesto!

Lo anotó en su libreta y luego le entregó su número. Gabriela fue en busca de su padre para que le dejara las llaves del garaje; iban a esconder ahí los regalos provisionalmente. Pablo le ayudó a cumplir con su misión. Después aparecieron en el comedor en donde todos los esperaban para cenar.

—Familia, esta noche tenemos un invitado más. Bueno, todos conocéis a Pablo, menos tú, papá. Gabriela los presentó. Después tomó a Pablo de la mano y todos los observaron atentamente.

—Eres bienvenido a nuestra casa y a nuestra mesa —dijo Gloria feliz, sabiendo que estaban a punto de contarles algo más.

—Gracias —respondió Pablo tímidamente—. ¡Feliz Navidad para todos!

—También quiero que sepáis —siguió diciendo Gabriela—, que Pablo y yo... bueno que...

—¡Que sois novios! —concluyó Julia—. ¡Jooo, tía! Sí que te ha costado decirlo.

Todos se rieron; principalmente los implicados, un poco avergonzados de que la niña hubiera expresado en palabras lo que a ellos tanto les costaba.

—Ahora eres mi tito de verdad verdadera. Papá Noel ya ha venido, y le ha encantado mi dibujo, porque mi deseo se ha cumplido.

Julia le dio un abrazo a Pablo y éste aprovechó para susurrarle al oído:

—Y el mío también, Julia.

Luego le dio un beso en la mejilla y se dispuso a recibir las felicitaciones del resto de la familia. —Muchacho, bienvenido a la familia Velasco —le estrechó Julián la mano—. ¿Tú también vas a bailar?

—No lo creo.

—¡No, abuelitooo! —le reprendió Julia—. Si todo el mundo baila, nos quedaremos sin público. —Toda la razón Julia —le dijo su tía—, nosotras somos las estrellas; los demás que aplaudan.

Tía y sobrina chocaron las manos. Después todos tomaron asiento, cada uno en el número que previamente la niña les había asignado. Estaban sentados un poco de forma arbitraria; Candela junto a su padre, Gloria junto a Pablo y Gabriela al lado de Juan. Se reorganizaron las parejas pese a las protestas de la gran organizadora de eventos. La cena transcurrió de forma agradable. Candela, aunque un poco cansada por la medicación, tenía mejor color de cara y se reía constantemente; sobre todo cuando a Julia le daba por contar uno de sus chistes. Retiraron la mesa para servir los postres y el cava, y Julia secuestró a su tía para que fueran a preparar su gran actuación.

—Ahora no, Julia, tengo que ayudar a quitar la mesa.

—Yo lo haré —se ofreció Pablo—; ve con la niña.

Pablo retiró los platos y se los fue acercando a Gloria que los iba colocando en el lavavajillas. Julián y Juan también les echaron una mano.

—¿Sabes una cosa, Pablo? —le dijo su suegra—. ¡Me gustas! Yo también le había pedido al gordito ese vestido de rojo, que vuestra mentira acabara siendo verdad. Gabriela no ha tenido mucha suerte en el amor; pero

sé que contigo será diferente. —Gracias Gloria; por tu sinceridad y confianza.

—Bueno, y ahora déjame que yo ya acabo sola; tú mejor ve a tomar asiento porque en breve comienza el gran espectáculo —bromeó Gloria.

De pronto se apagaron las luces del salón y se escuchó la estridente voz de Julia desde el pasillo. —¡Atención! Sentaos todos porque va a comenzar el baile.

Todos obedecieron a la maestra de ceremonias. Juan, que había sido nombrado DJ oficial, puso el tema escogido en su móvil. Se encendieron las luces con los primeros compases de la canción de Maria Carey. Julia, seguida de Gabriela, entraron bailando ataviadas con sus gorritos de Papá Noel. Daban saltitos, vueltas y movían las caderas en un contoneo muy gracioso. Julia no dejaba de rectificar a Gabriela que no se había aprendido correctamente la coreografía. «All I want for Christmas is you». Acabó la canción y Julia se sentó en las piernas de su madre dando por finalizada su coreografía, con una gran ovación de su público.

—Me ha dicho la tía que significa que: «todo lo que quiero por Navidad eres tú». Sé que estás malita, pero con mis besos te curaré.

Candela no pudo evitar llorar de la emoción, pero Julia besó sus lágrimas; pues no existe pócima más poderosa que el amor. Llamaron a la puerta y Julián fue a abrir.

—¡Hola amigo mío! ¿Pero qué nos traes? —se oía decir a Julián desde la puerta.

Julia se asustó; solo de imaginarse que Papá Noel había llegado, le entró el pánico. La imaginación de un niño es increíblemente poderosa y no sabemos qué pasaría por su cabecita pues empezó a llorar.

—¡Mamiiii! ¡Que no entreeee!

—Pero si trae muchos regalos —dijo Julián arrastrando el saco con los paquetes.

—¡Nooo! ¡Que se vayaaaa!

Julia se abrazaba a su madre asustada.

—¡Mira, Julia! —dijo Pablo señalando por la ventana—. Lo acabo de ver volar con su trineo; tranquila que ya se ha ido.

Pasado el susto; Julia se acercó a observar el saco rojo, cargado de

regalos.

—¡Halaaaaa! ¡Hay un montón de regalos!

—¿Para quién serán? —preguntó Gabriela intrigada.

—Yo los reparto que soy la ayudante de Papá Noel —decretó Julia.

Casualmente, su regalo fue el primero en aparecer. —¡Es para mí!

Lo abrió impaciente; era el maletín médico de la doctora juguetes.

—¡Me encanta! Mami, así te podré curar.

Candela sonrió; su hija tenía un corazón enorme, sabía que por lo menos había hecho una cosa bien en la vida.

Sacó otro paquete que era para Pablo.

—¡Toma tito! Pesa mucho...

Pablo abrió su regalo pacientemente. Dentro había varias fotografías ya con su marco. Una era del día de la feria con sus sobrinas, otra del día en que adoptaron a Scooby y otra de él y Gabriela. Lo acompañaba una nota que leyó solo para él. «Tu casa no es fría e impersonal. Está llena de recuerdos, de momentos felices: no los escondas. Con estas fotografías los tendrás siempre presentes; ahora ya puedes llamarla hogar».

—Me pregunto —dijo Julia intrigada—. ¿Cuándo haría Papá Noel todas esas fotos?

—Es que Papá Noel es muy listo —le aclaró Gabriela.

Pablo aprovechó que la niña sacaba otro paquete para darle un beso a Gabriela y agradecerle el regalo.

—Y éste es para la abuelita.

Gloria abrió su regalo; era un perfume, el mismo que le regalaron también a Candela y a Gabriela. Digamos que Julián no era muy bueno comprando regalos.

—Creo que Papá Noel ya está un poco viejito. A ver, ¿quién pidió colonia en su carta?

Gloria levantó la mano.

—Pues se ha equivocado y os ha traído a todas lo mismo. ¡Seguimos!

Julia sacó un regalo más; esta vez para su tía. —Espero que no sea otro perfume —bromeó Juan.

De inmediato Gabriela supo que ese regalo era de Pablo. Dentro de una

caja había una fotografía suya. Perteneecía a la campaña publicitaria; en concreto la foto ya montada de París. En ella se veía a Gabriela, con su capa y gorro rojos, sobrevolando la torre Eiffel, con la ayuda de un globo luminoso. En letras bien grandes pudo leer: «TE ESPERO EN PARÍS». Gabriela miró a Pablo pues no entendía nada.

—¡Qué regalo más raro! —se extrañó Julia. —Busca en el fondo — Pablo tuvo que echarle un cable—, a lo mejor encuentras más cosas.

Gabriela rebuscó entre los papeles de colores que adornaban la caja, y al fondo encontró dos billetes de avión. Estaba tan sorprendida que apenas pudo reaccionar. Sin ser consciente de ello, una lágrima rondó por su mejilla.

—Tía, ¿qué es que te ha hecho llorar?

—Un viaje a París.

—¡Vas a ver a Micky Mouse! ¿Me puedo ir contigo?

Candela tomó a su hija de la mano y la sentó junto a ella.

—Ven, Julia, creo que la tía ya tiene acompañante; pero te prometo que cuando esté bien, los tres iremos a Disney.

—¿Para mi cumpleaños?

—¡Sí! ¿Te gustaría como regalo?

—¡Síííí! ¡Me voy a ir a Disney!

Gabriela se levantó discretamente y tomando a Pablo de la mano, se retiraron a un rincón del salón, junto al árbol de Navidad; a través de la ventana se veía la nieve caer.

—Gracias por cumplir mis propósitos de Año Nuevo. —Gracias a ti «Jingle Bells», por hacer que esta Navidad sea inolvidable.

—Me llamo Gabriela.

—Pero siempre serás mi pequeño «cascabel», alegre e inquieta; que me hace reaccionar ante la vida, para que no me pierda las pequeñas cosas que me hacen feliz. Te quiero, mi pequeña pelirroja.

Pablo y Gabriela se besaron y ese fue el mejor regalo de todos: un gran amor.

Gabriela abrió primero un ojo. La luz que entraba por la ventana le estaba deslumbrando. Luego abrió el otro y parpadeo varias veces, para cerciorarse de que, efectivamente, a través de la

ventana se veía la torre Eiffel; estaba en París. Notó a su lado la respiración lenta y acompasada de Pablo. Lo observó cómo dormía plácidamente mientras que un mechón oscuro le caía sobre el ojo. Le gustaba más cuando no se engominaba el pelo. Su expresión era relajada; casi diría que estaba sonriendo. Gabriela se preguntó qué estaría soñando. Sintió en ese momento que no se podía ser más feliz. Pablo musitó y abrió lentamente los ojos.

—¿Me observabas mientras dormía?

Gabriela sonrió pues la había pillado.

—«Bonjour mon coeur, bonne nouvelle année». Pablo se rio de su pésima pronunciación.

—¿Desde cuándo hablas francés?

—Desde que existe el traductor de «San google».

—¡Feliz año nuevo, mi amor! —Gabriela repitió su saludo de buenos días, esta vez en castellano, dándole un beso apasionado.

—¿Qué quieres que hagamos el primer día del nuevo año?

—¡Disfrutemos de París!

El pequeño Sebastián dio su primer paseo desde el hospital hasta su nuevo hogar. Martina estaba emocionada; por fin podría jugar con él, cantarle y ver los dibujos. Lo que no se esperaba ella, es que Sebas pasara tantas horas durmiendo.

—¿Seguro que está bien? —le preguntó una vez más a su madre.

—Sí, Martina. Es un bebé; lo único que hacen es dormir, mamar y de vez en cuando alguna caquita, como ahora.

—¡Aaarggh! Sí porque huele.

Martina ayudó a su madre a cambiarle el pañal. —¿Lo quieres coger?

Se lo pensó pues estaba asustada; era una responsabilidad muy grande, pero a la vez le hacía mucha ilusión. Se sentó en el sillón y su madre lo dejó entre sus brazos delicadamente.

—Puedes cantarle para que se vuelva a dormir. Martina se acordó de la canción que le había enseñado Julia.

—«Te invito a ser feliz, te hace falta Navidad. ¡Feliz Navidad para todos!».

Sebas no tardó en quedarse dormido. Martina sonrió; era una sensación

muy gratificante cuidar de su hermanito, eso también le gustaba y podía ser muy divertido. Sin duda, Sebastián era su mejor regalo.

Concha lo había pensado seriamente: debía renovar su armario. El negro era un color muy feo y no le favorecía nada. Ya había guardado luto por mucho tiempo; tenía que empezar a sonreír de nuevo y disfrutar un poco más de la vida, pues seguir llorando sus penas no le devolvería a su hijo. Fue a visitar a su amiga Anne; hacía mucho tiempo que no almorzaba con ella y debía retomar las viejas costumbres.

—Quiero que un día de estos nos vayamos de compras —le propuso a su amiga.

—¡Me encanta la idea! Solo faltan cuatro días para las rebajas.

—¿Qué te parece si renovamos vestuario? —sugirió Concha.

—No me tientes, mujer —bromeó Anne.

—Voy a llevar toda mi ropa de cucaracha a la casa de beneficencia. No sé por qué presiento, que pronto habrá una boda y quiero estar guapa para la ocasión.

—Entonces también tenemos una cita en el salón de belleza —añadió Anne.

—¡Hecho!

De pronto Concha se sintió como una adolescente; empezaba una nueva etapa de su vida. Nadie llenaría el vacío de Sebastián, pero todavía le quedaban sueños por cumplir, y esa Navidad se iba a regalar a ella misma la oportunidad de poderlos cumplir.

Pablo le había dejado a cargo de Scooby durante su viaje. Al principio Álvaro pensó que era un engorro eso de tener que sacar al perro todos los días a pasear, pero poco a poco le fue cogiendo gusto, y cada día daban caminatas más largas. Le encantaba hablar con Scooby aunque el perro no le entendiera. Con él había liberado su maltrecho corazón, como no había logrado hacerlo con nadie.

—¿Sabes que ya tuve un perro que se llamaba Scooby? Se lo regalé a mis hijos, pero al final siempre me tocaba a mí sacarlo a pasear, igual que a ti. Les encantaba jugar con él, pero luego se olvidaban de sus obligaciones, como llevarlo a hacer sus necesidades, darle de comer o bañarlo. Y para una

vez que lo sacaron a pasear, lo perdieron. Lo encontré ahogado en el estanque. Jamás les conté su triste final; para qué hacerlos sufrir más. Fue una pérdida dolorosa; nada comparado a las pérdidas que me tenía deparadas la vida.

Scooby miraba al señor Álvaro y levantaba las orejas como si realmente lo estuviera escuchando. —Amigo, creo que tú y yo nos vamos a llevar bien.

Scooby ladró en respuesta; había elegido a su nuevo dueño. Álvaro pensó que su hijo era una persona muy ocupada y que junto a Gabriela iniciarían nuevos proyectos; mejor que el perro se quedara a vivir con ellos. A él le sobraba tiempo y podría sacarlo todos los días a pasear. Scooby era el regalo perfecto: un amigo de verdad.

Garrido invitó a Carla a una cena romántica en el mejor restaurante de la ciudad. Había reservado con dos semanas de antelación, pues nunca tenían mesa y menos en aquellas fechas. Aprovechó que su novia fue al aseo, para meter el anillo de compromiso dentro de su copa; quería sorprenderla y vaya si lo logró. Cuando Carla le dio el primer sorbo, casi se atraganta. Escupió sobre el mantel. Carla estaba asustada; luego reparó en el anillo que había sobre la mesa, en medio de una mancha de vino.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Garrido preocupado.

—Definitivamente ¡eres idiota! ¿Cómo se te ocurre poner el anillo en mi copa?

—¡Vale! Reconozco que no fue una gran idea; pero ¿te quieres casar conmigo?

—Puede que algún día me arrepienta... pero sí, por alguna extraña razón, te quiero.

Tomó el anillo y ella misma se lo puso en el dedo. —Bésame, idiota, antes de que me arrepienta —le dijo con una sonrisa.

Garrido, como siempre, obedeció. No sería la mujer más dulce y cariñosa que podía haber encontrado, pero la quería con locura. Pronto sería su esposa y ese era el mejor regalo de todos.

Julia había sentado a todas sus muñecas sobre la cama. Se le ocurrió una gran idea que no tardaría en llevar a cabo. Se puso su babero de peluquera y, con sus tijeras de manualidades en mano, se dispuso a cortarles el pelo a

todas sus muñecas.

—Elsa, tú serás la primera.

No le quedó todo lo bien que esperaba; pero con la siguiente saldría mejor, seguro.

—Es tu turno, Vaiana.

Se dio buena mano y en un momento ya les había cambiado el look a cinco de sus muñecas.

—Julia —se oyó a Candela por el pasillo—, ¿qué haces que estás tan callada?

—Nada, mamá.

Candela supo de inmediato que algo tramaba y fue a descubrir de qué se trataba. Gritó al ver todo el suelo de la habitación, lleno de pelo de muñecas.

—¡¿Qué has hecho?! —se llevó las manos a la cara sorprendida.

—Ahora están más guapas —sonrió Julia—; como tú.

Candela se sorprendió muchísimo. Su hija lo sabía; tenía que haberla visto en algún momento. —Julia, siéntate aquí conmigo.

Candela se sentó sobre la cama y Julia lo hizo a su lado.

—¿Sabes que mamá lleva una peluca?

—Te vi en el baño; pero estás muy guapa, mamá, con o sin peluca.

A Candela se le saltaron las lágrimas.

—Mi pelo crecerá, Julia; pero el de las muñecas no. Julia entristeció; no había pensado en eso.

—Quería donarlo, mamá; como hizo la tía Gabriela. Así podrán hacer más pelucas.

—Cariño, eres un amor —le dio un beso en la frente—; pero el pelo de las muñecas no sirve para hacer pelucas.

—¡Jooo! —Julia se desilusionó bastante.

—Lo que cuenta es la intención; hija, tienes un gran corazón y la vida te recompensará por ello.

Julia seguía pensando en cómo podía ayudar y de pronto se le iluminó el rostro con otra de sus grandes ideas.

—¿Puedo donar mi pelo?

Candela pensó que era una locura; Julia tenía un pelo precioso... Luego

pensó en esos otros niños y se le heló el corazón. Borró esa imagen de su mente; pasaría mil veces por lo que estaba pasando antes de que le tocara vivir algo así a su pequeña.

—Me parece una idea fantástica, Julia. Además, creo que con una melenita estarás preciosa. Hija... ¡eres maravillosa!

Candela estaba agradecida con la vida porque, no importaba lo que le deparara el futuro, la vida ya le había hecho el mayor de los regalos: su hija.

Rubén invitó a Jeni al cine. Habían hablado regularmente desde que fueran a ver el musical. Él quería devolverle la invitación y por eso fueron a ver «El gran showman»; otro musical llevado a la gran pantalla. Jeni estaba emocionada; la actitud de Rubén hacia ella era diferente, más receptiva y galante.

—¿Te ha gustado la película?

Obviamente a Jeni le había gustado, pues en más de una ocasión se le saltaron las lágrimas.

—¡Me encanta! Estoy deseando volver a verla. —¿Vamos a tomar algo? —propuso Rubén. —Sí, pero esta vez invito yo.

—Ni hablar; hoy eres mi invitada —insistió Rubén.

—Gracias —sonrió Jeni—. ¿Sabes lo que más me ha gustado de la película? Su mensaje. «Una exaltación de la humanidad», decía el crítico literario. Las personas podemos ser muy diferentes y hermosas del mismo modo. Como dice la canción: «no tengo miedo de ser quien soy, no me disculparé, esta soy yo».

Jeni lo dijo porque desde bien pequeña había tenido problemas por culpa de su sobrepeso.

—En el mundo en el que yo me muevo todo es superficial. La mayoría de las modelos con las que trabajo, son hermosas por fuera, pero están vacías por dentro.

—¡Caray! No sabía que pensaras así —dijo Jeni admirada.

—Prefiero mujeres como tú: hermosas por dentro y espectaculares por fuera.

Jeni le dio un beso fugaz, emocionada por las palabras de su estilista.

—Sabía que no me equivocaba contigo —añadió ella.

Rubén la atrajo de nuevo a sus labios y la saboreó lentamente; había deseado hacerlo desde que la viera enfundada en aquel precioso vestido de Pietro Di Luca. Solo las mejores cosas venían de la mano de una buena firma de ropa; y su chica era el regalo mejor envuelto de todos.

Pablo y Gabriela pasaron su último día en París, pues llegaba el día de Reyes y querían celebrarlo junto a sus sobrinas. Fueron una vez más a pasear por las inmediaciones de la torre Eiffel.

—Es la última vez que voy a verla —se lamentó Gabriela.

Se quedó admirando la imponente mole de metal que a tantos poetas y escritores había inspirado. Era exactamente igual que en sus sueños. —La última en este viaje —le rectificó Pablo—; te prometo que volveremos todos los años, en nuestro aniversario.

—¿Todos los años? ¿Tanto tiempo vas a soportarme? —Bromeó ella.

—El tiempo es algo efímero cuando estoy a tu lado. Se besaron y Gabriela derramó una lágrima, emocionada.

—¿Qué te pasa, «Jingle Bells»?

—Pellízcame.

Pablo la obedeció, aunque no comprendiera nada.

—Había soñado con este momento varias veces... Pero no me refiero a sueños en el sentido figurativo. Pablo, este momento yo ya lo he vivido varias veces mientras dormía.

Él se rio pues no creía mucho en ese tipo de cosas; pero quiso saber más, la curiosidad le podía. La atrajo de nuevo a sus brazos y muy cerca de sus labios, susurró:

—Y dime, «Jingle Bells», ¿beso mejor en tus sueños o en la realidad?

—Tendré que averiguarlo —dijo con una sonrisa.

Sus labios se encontraron, entregándose a ese beso que había traspasado las barreras de la irrealidad. Gabriela finalmente supo que no todos los sueños se cumplen, pero jamás hay que dejar de creer en ellos, porque un día abres los ojos y descubres que la realidad los ha superado.

-AGRADECIMIENTOS

Escribí esta novela las Navidades pasadas porque me encanta sentarme un domingo en el sofá, con mi taza de chocolate, a ver una maratón de películas navideñas. Te hacen creer que todavía hay esperanza, que los sueños se cumplen mientras sigas creyendo en ellos. Así de este modo, quise compartir con todos mis lectores, un MENSAJE DE ESPERANZA. Pues esta novela no es otra cosa que eso. Muchas veces, cuando tengo un día nefasto, canto bajito: «¿Qué te pasa que estás triste? Te hace falta Navidad. Te invito a ser feliz, te hace falta Navidad». Y conforme la canto, empiezo a sentirme mejor porque sé que los sueños se cumplen mientras sigas creyendo en ellos. Irónicamente, no fueron las mejores Navidades de mi vida. Perdí a un ser querido, a la primera persona que creyó en mí. Me encomendó que escribiera sus memorias, que plasmara en papel esas historias que no dejaba de contar una y otra vez cuando empezó a fallarle la memoria. Curioso cómo olvidamos ciertas cosas y perduran en nuestros corazones otras. Siempre decía que era una gran escritora; lo de grande no lo sé, escritora sí llegué a ser. Y por eso esta novela en parte va dedicada a ti, tío Eusebio, porque tu mayor ilusión era que la familia se reuniera para festejar. Desde estas líneas, amigos lectores, solo os doy un consejo: no desaprovechéis la Navidad; siempre faltará alguien, siempre habrá alguna cosa que no marche bien, nada es perfecto, pero, no olvidemos que TODOS ES POSIBLE EN NAVIDAD.

Gracias también a mi princesa Iris por darle vida al personaje de Julia. Muchas escenas del libro son extraídas de su realidad. Mi mayor deseo es que nunca cambies pues brillas con luz propia y esa luz es muy bonita. También debo agradecer a las Musas Literarias, de las que formo parte, por seguir apoyando mis proyectos y porque juntas estamos haciendo algo muy bonito por el mundo de la literatura. Y ya que hablamos de nuestra labor, dar las gracias de todo corazón a Emilio Navarro por abrirnos las puertas al mejor programa despertador de la radio YA ESTAMOS TODOS. Una experiencia que a mí me ha cambiado la vida y me ha dado la oportunidad de formar parte de un gran equipo de compañeros entre los que se encuentra mi amiga Ana Muñoz.

Por no extenderme en los agradecimientos, gracias de corazón a mis

amigos simplemente por serlos, a mi familia por estar ahí en todos mis sueños y a mi familia Emociones por seguir a mi lado viviendo momentos emocionantes. Especialmente a Miguel Ángel Baltanás, creador de mis maravillosas portadas; si no fuera por su empujón yo no hubiera abierto mis alas.

Y por supuesto a ti, mi lector-amigo por abrir las hojas de este libro y espero que también las puertas de tu corazón. Solo deseo haberte contagiado un poquito de esperanza y de mi magia literaria.

NOTA: La canción «Todo es posible en Navidad» de Chayanne, pertenece a un anuncio televisivo. La tomé prestada para la novela, modificando la letra de la misma.

-COLABORA

Si estás leyendo esto es porque al acabar la novela has pensado: «Yo también voy a donar mi pelo». Hace poco, la falla Santiago Rusiñol, comisión fallera a la que pertenezco, organizó una campaña solidaria de recogida de pelo y mallas de fallera, a favor de MECHONES SOLIDARIOS, bajo el lema: «Ponte guapa y regala sonrisas». Esta preciosa iniciativa fue promovida por la asociación MOÑOS ROSAS que creó la comisión de falla Mont de Pietat (Xirivella). Guardo un maravilloso recuerdo de cada momento vivido, especialmente de ese día en el que niñas y mayores se cortaron el pelo, en una gran fiesta en la que además hubo donaciones monetarias. La asociación MECHONES SOLIDARIOS se encarga de la confección de pelucas oncológicas que son donadas a menores de edad o personas de bajos recursos económicos y subvencionadas para todas aquellas personas que las soliciten (en función de su renta anual). Si estás pensando en colaborar, sigue a MECHONES SOLIDARIOS en su web y tendrás un listado de peluquerías colaboradoras y toda la información que necesites al respecto. www.mechonessolidarios.com

-BIOGRAFÍA





Vanessa González Villar nació un 20 de agosto de 1979 en Tavernes Blanques (Valencia). Su afición por la lectura se la debe a su madre que desde bien pequeña no hacía más que regalarle cuentos. Lo que más le gusta es leer, escribir, cantar y bailar. Amante de las fallas, dedica la mayor parte de su tiempo a trabajar por su comisión y a disfrutar de esta fiesta. Uno de sus mayores sueños se vio cumplido en el 2013 cuando fue fallera mayor de la Falla Santiago Rusiñol. Le gusta escribir desde que tenía aproximadamente diez años. Primero se centró en la poesía y aunque participó en varios concursos de relatos e intentó dar a conocer su trabajo, pasó a otra etapa de su vida dedicada a la música y el teatro. Sus primeros guiones fueron obras teatrales que representaba en el grupo de teatro familiar TEATRE ISLAVA. Estudió solfeo y clarinete siendo miembro de la Agrupación Artístico musical de Tavernes Blanques más de diez años. Fue cantante de orquesta durante una larga temporada haciendo de su hobby una profesión. Aprendió diferentes tipos de baile e hizo distintos cursos de interpretación. Centrada en sus estudios de Técnico administrativo estuvo siete años dedicándose a ello.

Siendo voluntaria dentro del programa infancia hospitalaria durante cinco años, descubrió que su carrera profesional iba en otra dirección. Obtuvo el grado superior en Educación infantil que es a lo que se dedica desde hace más de doce años. Tras escribir y codirigir el grupo de teatro infantil de la falla Santiago Rusiñol, decidió dedicarse de pleno a su mayor afición: la escritura. En el verano del 2017, junto a tres escritoras y amigas, formó la asociación sociocultural MUSAS LITERARIAS, dedicada a fomentar la literatura y dar apoyo a los escritores. Y desde enero del 2018, cada miércoles a las 10h., colabora junto al resto de las musas, en el programa despertador "Ya estamos todos" de Radio sport Valencia 91.4 fm, dentro del espacio "¿Qué leemos?".

NOVELAS PUBLICADAS:

- ³⁵₁₇ EN ALGÚN LUGAR (drama) 2014
³⁵₁₇ COSAS QUE SÓLO ME PUEDEN PASAR A MÍ
(comedia romántica) Leibros editorial 2016 ³⁵₁₇ EL LUTO DE LA NOVIA (histórica romántica)
Multiverso editorial 2016 Premiada en el 2º
concurso de novela Multiverso.
³⁵₁₇ EL AMOR ES UNA... (comedia romántica) autopublicada junio 2017
³⁵₁₇ DE CUPIDO NADIE SE ENAMORA (comedia
romántica) Multiverso editorial julio 2017 ³⁵₁₇ ADIÓS MIREIA (drama juvenil) auto-publicada
julio 2017
³⁵₁₇ VIVIR CON UNA SOLA ESPERANZA (drama) autopublicada agosto 2017
³⁵₁₇ ¿COSA DE NIÑOS? (pedagógica juvenil) Musas
literarias enero 2018

OBRAS TEATRALES:

- ³⁵₁₇ LISSETTE (obra infantil) estreno teatral 2012 ³⁵₁₇ DANCING QUEEN (obra infantil) estreno teatral
2014
³⁵₁₇ A ON ESTÀS AURORA? (obra infantil) estreno
teatral 2016

RELATOS PUBLICADOS: ³⁵₁₇ MI FIERECILLA INDOMABLE (relato romántica) "3º CONCURSO RELATOS
EN PAPEL RAMÓN CERDÀ" El fantasma de los sueños 2016

³⁵₁₇ NUESTROS DESEOS (microrrelato fallero) "I CONCURSO MICRORRELATOS FALLEROS" Levante-EMV
2012

³⁵₁₇ EL ESPEJO (microrrelato terror) "MICROTERRORES II" Diversidad literaria 2015

³⁵₁₇ LA CREMÀ (microrrelato fallero) "V CONCURSO MICRORRELATOS FALLEROS" Levante-EMV 2016

³⁵₁₇ MUJER VALIENTE (microrrelato drama) "ELLAS" Diversidad literaria 2016

³⁵₁₇ AMANECER A TU LADO (microrrelato romántico) "ESCRITORES AL ALBA" Diversidad literaria 2016

³⁵₁₇ LA MEXICANA (relato romántica) 3º PREMIO en el I CONCURSO DE RELATOS DESCUBRIENDO
HISTORIAS - DESCUBRIENDO TALENTOS 2017

³⁵₁₇ EL ÚLTIMO CASO (relato policíaco) II CONCURSO RELATOS POLICÍACOS GRANADA NOIR colección
NUBE NEGRA Editorial Palabaristas 2017

³⁵₁₇ LA BODA (microrrelato comedia) "BREVES CARCAJADAS" Diversidad literaria 2017

³⁵₁₇ EN LA OSCURIDAD (microrrelato terror) "MICROTERRORES III" Diversidad literaria 2017

³⁵₁₇ EL HILO DEL DESTINO (relato romántica) ANTOLOGÍA SONRISAS DE CUPIDO 2017

³⁵₁₇ DIARIO DE ABORDO (relato romántica) II CONCURSO FORMATO LIBRE "ESCRITORES VIAJEROS"
Ojos verdes ediciones 2017

³⁵₁₇ SEÑALES (microrrelato romántico) I CONCURSO MICRORRELATOS LETRA MINÚSCULA noviembre
2017

³⁵₁₇ EN EL MAR DE TUS OJOS (relato romántica) autopublicado mayo 2017

³⁵₁₇ EL NIÑO JESÚS DE LA ERMITA (relato paranormal) incluido en: EL CAMINO DE LAS ÁNIMAS de la
autora Mireia Giménez Higón, editorial LEIBROS abril 2018

³⁵₁₇ LA DONCELLA DEL CORCEL NEGRO (relato fantasía) auto-publicado junio 2018

RELATOS SOLIDARIOS: ³⁵₁₇ UN NUEVO DESTINO (relato romántico) "ISLA ALEJANDRÍA" Asociación
Sturge Weber España 2015

³⁵₁₇ LA TORRE (cuento infantil) "DÉJAME QUE TE CUENTE UN CUENTO" Asociación Sturge Weber España
2015

³⁵₁₇ LOS AMORES DE CARLOTA (relato romántico) "PISADAS QUE DEJAN HUELLA" 2016

³⁵₁₇ EL COLOR DE TUS ALAS (relato romántico) "MI PRINCESA RETT" Leibros editorial 2016

³⁵₁₇ MIS ZAPATOS MÁGICOS (relato infantil) "LA MAGIA DE LOS CUENTOS" Asociación Sturge Weber
España 2016

³⁵₁₇ NO SE LO DIGAS A NADIE (relato drama) "LIBÉRATE, ROMPE LA CADENA". Leibros editorial 2017

³⁵₁₇ LA TAROTISTA (relato romántico) "ROMANCE EN TINTA" octubre 2017 México

³⁵₁₇ MI VIDA, ¿QUÉ VIDA? (relato dramático) "DOCE VOCES FRENTE A LA VIOLENCIA CONTRA LA
MUJER" Asociación cultural mujeres de Marchalenes octubre 2017

³⁵₁₇ CASI BRUJA (relato dramático) "SUEÑA... LUCHA... VIVE..." Leibros editorial 2018

PREMIOS LITERARIOS:

³⁵/₁₇ EL LUTO DE LA NOVIA

(novela histórica romántica) GANADORA del 2º concurso de novela Multiverso editorial 2016 ³⁵/₁₇ LA MEXICANA

(relato romántica) 3º PREMIO en el I concurso de relatos descubriendo historias-descubriendo talentos 2017

Puedes conocer más acerca de la autora en su blog y páginas oficiales de facebook:

vanessagonzalezvillar.blogspot.com.es

Vanessa González Villar - escritora

Musas Literarias



